

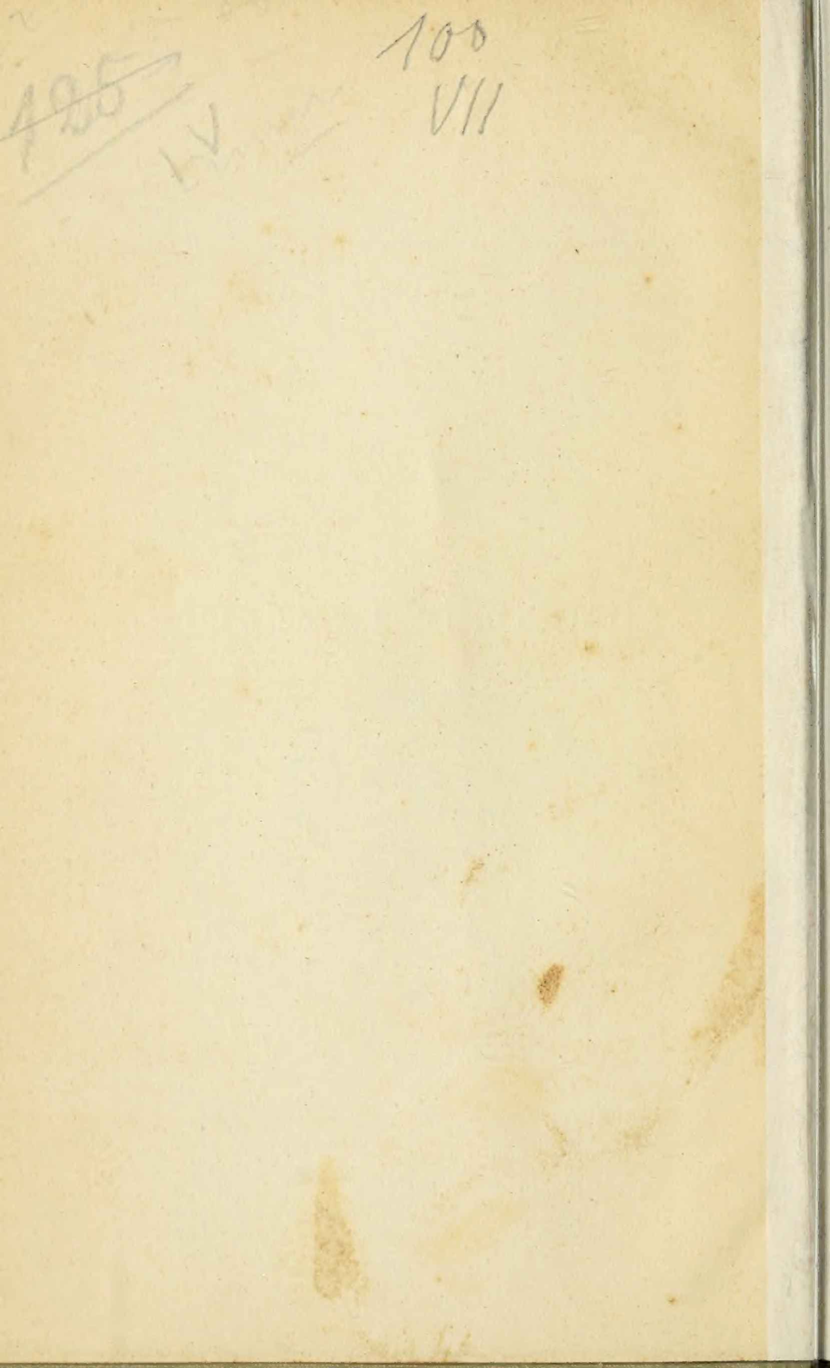
Cuadros de la Ciudad



Fray Mocho






100
VII

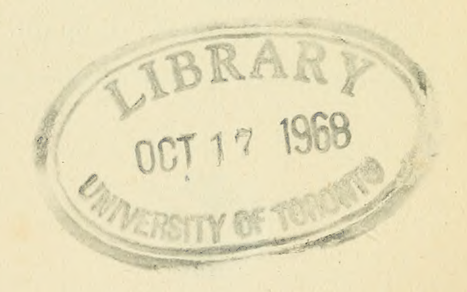
FRAY MOCHO
J. S. ALVAREZ

CUADROS DE LA CIUDAD

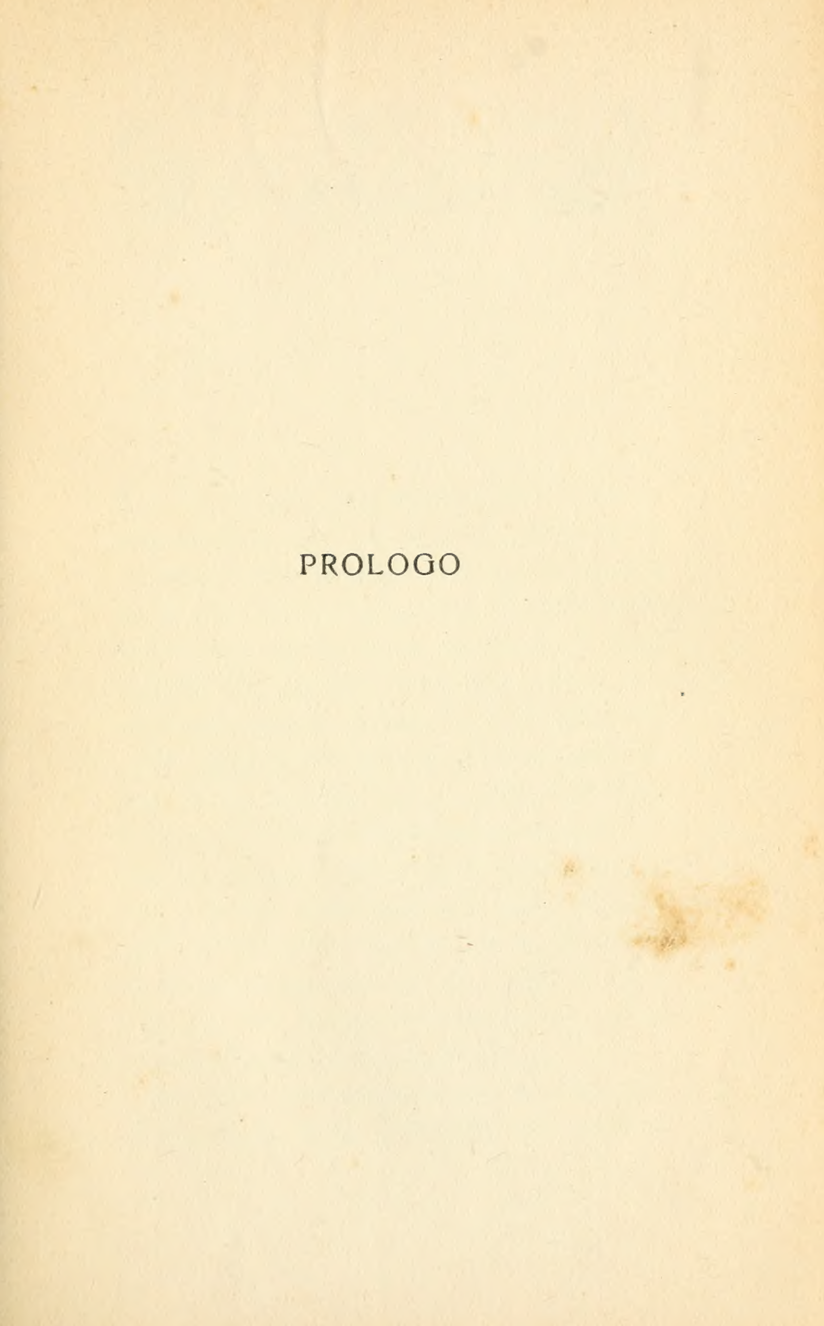
Prólogo de Miguel Cané. ▫ Ilustraciones de Giménez, Cro y otros. Cubierta de Olegario Junyent.



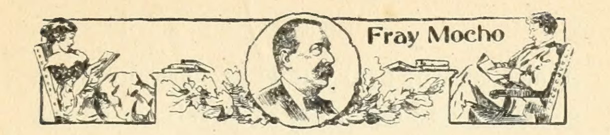
Unión Editorial Hispano-Americana
Buenos Aires: DUPONT, ROS Y Cª-Bernardo de Irigoyen, 913
Barcelona: AUBER Y PLA - Calles Bilbao, 207 y Pelayo, 18



Establecimiento tipolitográfico AUBER Y PLA - Barcelona



PROLOGO



Un día, en París, hace algunos años, recibí un pequeño libro malamente impreso y firmado con un pseudónimo que había visto algunas veces al pie de artículos que, en general, no había leído. Era el *Viaje al Pais de los Matreros,* mal título también, que ocultaba una de las pinturas más deliciosas y exactas que existen de un pedazo de suelo argentino, precisamente del más característico: tal vez, de aquel formado y sin cesar modificado, por el aluvión formidable del padre de los ríos nacionales. Comuniqué mi impresión a su autor en una carta entusiasta, cuyo borrador siento no poseer en estos momentos, para darla de nuevo a la luz, como el más cumplido homenaje al talento literario del hombre que nuestro mundo intelectual acaba de perder.

Más tarde, *Fray Mocho* publicó su *Viaje Austral* que, como fuerza descriptiva, vale quizás su

primer ensayo, pero que le es superior en sus elementos de drama. Esa dura vida del lobero, en la intrincada red de canales entre los que va disolviéndose la más austral de las tierras habitadas, está pintada con una verdad y una intensidad tales, que parece increíble haya podido dibujarse el cuadro y darle color, sin haber visitado minuciosamente el teatro de la acción. Y, sin embargo, según tengo entendido, Alvarez nunca visitó el Estrecho.

Más tarde, Alvarez cayó en la huella normal de su espíritu y abordó el género para el que le habían preparado no sólo las condiciones peculiares de su inteligencia viva, sagaz, observadora, de una sensibilidad de placa para retener la impresión de los ridículos más fugaces, sino también su vida azarosa, difícil, un tanto bohemia, en la que había tomado contacto material con todos los bajos fondos sociales y contacto moral con todos los dolores y amarguras de la miseria. No pocos de sus cuentos, o más bien dicho, de sus escenas, porque se preocupaba muy poco de confabular, si bien mucho de pintar, ocultan, tras la forma retozona e irresistible que le es habitual, un fondo de profunda simpatía por el desheredado, cuya ignorancia o mala suerte le sirve de tema. Poco antes de embarcarse para el Paraguay, tuve ocasión de

verle y escribirle. Le hice ver que había llegado para él la hora de pedir a su espíritu lo que nos había prometido y le conjuré para que, a su regreso, se entregara al trabajo con método y plan.

No soy un entusiasta delirante por el «criollismo» en nuestra literatura. La razón fundamental es que, siempre, o casi siempre, las producciones «criollas» no son, a mis ojos, sino reproducción de viejos temas, viejas pasiones, viejas intrigas, sin ubicación necesaria, pero revestidos de un lenguaje vulgar, trivial y de una repetición de símiles, lugares comunes y otros recursos, realmente agobiadora. Brieux, si hubiera visto una pieza criolla, que se está dando con éxito, habría podido hacer de ella «Blanchette», con sólo cambiar el sexo del protagonista.

Alvarez no entendía así el «criollismo»; mejor dicho, no se preocupaba de ninguna manera de entenderlo o comentarlo. Como todos los artistas verdaderos, se ocupaba sólo en producir y esto de la única manera que podía hacerlo, mirando y pintando. Sus personajes no sólo hablaban como estamos habituados a oir hablar en nuestros campos, calles y casas, sino que sentían y concebían las cosas, como las sienten y las conciben necesariamente, por educación, por herencia y por la influencia del medio, los diversos tipos sociales

de nuestro país. Yo le decía a *Fray Mocho*: «Usted está destinado a escribir la primera comedia «criolla» de nuestro futuro teatro. Deje al pobre gaucho tan esquilmado, al compadrito que sólo debe ser un personaje episódico, y plante su escena, como sólo usted sabe hacerlo, en una casa modesta, de barrio lejano. Traiga usted allí a la mamá y a las niñas, al papá, nacido allá por 1840, al pariente, a las vecinas y haga usted hablar a toda esa gente. No se preocupe usted de la acción; hágale usted hablar, sentir y pensar como usted sabe que en ese mundo hablan, sienten y piensan, y le auguro a usted un éxito de primer orden». Alvarez sonreía, pero allá en el fondo acariciaba la idea con la conciencia de poder realizarla de incomparable manera.

Brutalmente, la muerte se lo llevó cuando la vida empezaba a serle menos rigurosa. El reposa, pero va a faltarnos, en esta monotonía seria y en esta expectativa casi angustiosa en que vivimos, la alegre nota semanal de *Fray Mocho*, en la que poniendo de relieve uno de los aspectos de *nuestro* ridículo, nos hacía gozar por la admirable penetración del artista, y por la verdad del tipo estudiado.

Todos estos bocetos van a ser reunidos en volúmenes. Allí deberán ir a estudiar todos los que

quieran interpretar nuestro microcosmos social como en las horas largas y tristes, allí se deberá buscar el reactivo contra las sombras del espíritu.

Hemos perdido un verdadero temperamento artístico y el día de ayer, que fué el último de un hombre que tomó muy poco a lo serio la vida y el arte, ha sido un día de duelo para las letras argentinas.

MIGUEL CANÉ

Agosto, 24 de 1906





ALVAREZ ÍNTIMO



José S. Alvarez *El Mocho* — como le decíamos familiarmente todos los que le amábamos, abreviando el pseudónimo del festivo psicólogo popular—se lo debía todo a su propio esfuerzo. Había peleado bravamente la vida, había sufrido ocultando las lacerantes heridas con aquella risa juguetona que sólo la muerte pudo arrancar de sus labios y había vencido destacando su personalidad de escritor nacional con perfiles netos, inconfundibles. Sólo luchando para vivir y atesorando al mismo tiempo esa experiencia que, como un misterioso sedimento van dejando los años en los cerebros que piensan, desde aquel día ya lejano en que semejante al *Poquita cosa* de Daudet, abandonó la aldea natal en busca de nuevos horizontes, y pisó las calles de Buenos Aires, pobre y desconocido, y donde llegó a ser lo que era, a valer lo que valía: ¡cuántas amarguras, cuántas

«perrerías», como solía repetir, no habían hecho sangrar ese corazón abierto siempre a las más nobles expansiones, al culto inalterable de los afectos!

Y todo lo sufrió con una rara altivez, con ese pudor viril de las almas bien templadas que jamás dejan escapar los murmullos dolorosos de las penas hondas, respondiendo a los embates de la mala suerte con alguno de sus sabrosos cuentos criollos en que derrochaba la sal de su fina ironía.

— Yo soy duro, Martín, como los ñandubayses de nuestra tierra; no me entra el hacha, así no más!—me dijo alguna vez en sus horas de tristeza fugaz. Y en seguida borrada la nube que entenebreció por un momento aquella frente amplia donde había tanto talento, le veía ponerse animoso a la tarea y las cuartillas de letra menuda, casi sin enmiendas, iban llenándose sin apuro ni desaliento, porque *Fray Mocho* era de los que procrean sin dolor hasta terminar el cuento, la tradición o el libro empezado.

Así nació ese delicioso *Viaje al País de los Matreros,* cuyo génesis fué una inmensa pena, la herida abierta por una negra ingratitud; y así brotaron en seguida los croquis coloridos del *Mar Austral,* con que respondió a los críticos que sólo

habían encontrado un escritor colorista en el primero, negándole imaginación.

El viaje y las aventuras imaginarias relatadas en *Mar Austral* son obras de pura imaginación, porque el travieso autor nunca vió un lobero, ni esas roquerías abruptas, ni sintió en el rostro las caricias de la brisa salobre; pero el libro fué saludado por la crítica, que le concedió de buen grado lo que antes le negara, y hasta sé de un escritor que daba fe en mi presencia de haberlo visto por aquellas soledades...

¡Cómo se reía socarronamente *Fray Mocho* de todas estas cosas que le daban tema para bordar alguno de esos admirables cuentos verbales en que era una especialidad!

Causeur de buena cepa, con un arsenal inacabable de anecdótica criolla, sabía pintar con un rasgo, con una frase feliz, un carácter, una época, una acción generosa o una ruindad; manteniendo suspenso al auditorio de su palabra pintoresca, irisada de chispas de talento, de gracia fluente, expansiva, saturada de esa velada malicia retozona que le inundaba el pecho y hacía brillar sus ojos pardos y traviesos que la muerte ha helado para siempre.

Y aquel sér que parecía tan feliz, tan alegre como las burlonas calandrias del amado terruño

al que volvíamos siempre con el pensamiento en nuestras animadas charlas, sufría; había dolores físicos que labraban su organismo enfermizo, que lo hacían palidecer de repente interrumpiendo el relato con un acceso de tos, pero en seguida renacía la alegría para terminar la picante historia con una de esas agudas observaciones en que volcaba su ingenio a manos llenas.

Saturadas de ese espíritu observador y sagaz que sabía deslizar la fina ironía poniendo la frase en la llaga, satirizando hueras vanidades o ridiculeces de la tierra, aplastando alguna mentida reputación con un chiste que clavaba como una flecha en medio del blanco, está su obra dispersa en seis años de ruda labor en las páginas de *Caras y Caretas*, a la que había consagrado toda las energías de su inteligencia poderosa, la sal de su ingenio peregrino que burbujeaba en los puntos de la pluma, hasta imponer la revista al público que la buscaba como una necesidad imprescindible, por más que el lenguaje empleado no satisfaciera a ciertos paladares exquisitos, enfrascados de elegancia, que no veían la finísima intención del escritor popular pero que olvidados del estiramiento convencional, caen a la huella para solazarse con los graciosos idiotismos del lenguaje callejero que *Fray Mocho* explotó con tanto éxito

en sus intensos cuadritos de costumbres bonaerenses.

Dentro de ese ambiente popular del conventillo y el suburbio, hay muchas observaciones de mordiente psicología que saltan del estrecho marco en que él aparentemente las ubicó y se expanden en generalización, que a todos nos alcanza... El día en que se reúnan en libro las más selectas páginas del talentoso escritor, se admirará el inmenso caudal de ingeniosa observación, el derroche de gracia intencionada y picaresca que contienen esas notas de crítica social, las pinturas admirables de sus bocetos llenos de viviente colorido...

¡Y todo eso ha muerto! Todo eso se ha ido sin exteriorizarse en la obra que todos presentíamos, cuando ya libre de afanes, con los caminos y los horizontes abiertos, iba a entregarse a la tarea rebosante de esperanzas y ensueños; y he aquí que la muerte nos lo arrebata apagando la vida de sus ojos risueños, cegando la sana alegría que tenía en el fondo de su gran corazón.

Ha muerto y aún nos parece sentir sus risas aun nos parece oir el timbre de su voz cariñosa, aún nos parece ver el brillo de su mirada picaresca, relampagueante de inteligencia y apartamos la vista de la blanca cuartilla para mirarlo

sentado en el sillón que ocupó tantas veces... para reanudar las charlas de nuestros recuerdos, comenzados allá en el aula del Colegio del Uruguay y mantenidos con el afecto que no empañó una sola nube en treinta años de inalterada amistad.

Ha muerto, pero su recuerdo no morirá en los corazones de los que le amaron y le admiraron, en los que le llevamos con el alma angustiada hasta la muda tumba y regresamos tristes y silenciosos para volver a la vida de la gran ciudad que él tanto amó, cuyos tipos populares pintó en páginas coloridas que no morirán, con su lenguaje sabroso y pintoresco en que puso su sello de escritor costumbrista y original.

Esos tipos callejeros, el mayoral, el vigilante, la planchadora, el carrero, el cuarteador, el compadrito, el habitante suburbano, el viejo gaucho que *Fray Mocho* dibujó con tanto amor, quedarán como un documento característico de una época, como esos grabados a que los pintores y escritores del futuro recurrirán para saturarse en esa obra de verdad, buscando el perfil de las razas que se pierden, el rasgo característico de las costumbres que se extinguen o pervierten, pero que resucitarán en las páginas del escritor caído en plena juventud.

Sobre su ataud, que cubrió de flores y de lágrimas la amistad, puede repetirse el pensamiento de Taine hablando de Alfredo de Musset: «Ha sufrido, pero ha inventado; ha desfallecido, pero ha producido...»

MARTINIANO LEGUIZAMÓN




ENTRE EL RECADO
Y LA SILLA





i con ustedes, che, no se puede!... Son refractarios á todo progreso y viven casi como los indios. Vos, por ejemplo, que sos uno de los menos atrasadones, de criador no tenés más que las vacas y las ovejas en el campo; pero se t'importa tanto de la calidá ni las condiciones del ganao como á mí del primer cigarrillo que pité... Pa qué ocuparse de mejorar los pastos, ni de hacer aguadas sanas, ni de refinar las crías, si todo eso no es más que charla é los gringos?... Y mirá, convencéte, hoy el que quiera vender bien tiene que producir bueno y... no hay vuelta!... Vos te cres qu'en Uropa andan preguntando los compradores de qu'es-

tancia es el producto que compran y si el dueño es criollo viejo ó si es picao de viruelas?... No, m'hijito! Se compra lo mejor y nada más!

—Vea, no?... Qué novedá!... Ves? Esto es lo que me revient'a mí... Un criollo como vos, inorante como cualquiera é nosotros, pero medio chiflao, que oye cantar el gallo y ya comienza á creerse de la familia!... Te distes una vueltita por París, hablando por señas como los mudos, y te volvistes aburrido aunque vestido é francés y ya te cres un sabio, un'especie d'estanciero fenómeno que no cre que sean criadores sino los que tienen importaos de tres mil pesos y chalés y molino p'al agua!... No m'embromés, che, con tus inovaciones... Demasiao sé lo qu'es un'estancia de los progresistas de tu laya!

—No ve?... El maldito espíritu aldiano los mata á ustedes y la envidia no los deja ni rascarse... Bien me decía Curcuá, el célebre bateriólogo.

—Envidia?... Y de qué, che, querés decirme?... Mirá! Yo soy un estanciero á l'antigua; ¿sabés?, de los que recorren su campito á

caballo y conocen sus pastitos mata por mata y sus animalitos y que no necesitan capataces



de polaina ni tenedores de libro con saquito é seda, pero que tienen novillitos gordos todo el año y una lana que no la esquila la sarna...

—Claro!... Y serás de los que cuentan por tarja en la vaina del cuchillo y duermen sobr'el recao, comiendo en la cocina con los piones...

—Justamente!... Pero no soy de los que tienen pionada que se levanta con el sol alto, ni de los que le hacen telegramas al mayordomo, diciéndoles "mañana voy, esperemé en la estación", dando la señal pa que el jardinero salga con l'azada á medio carpir apurao, alrededor de las casas y cada cuisque le comience á sacudir á su tarea pa que la estancia no parezca tapera y vaya á notar el patrón que los pesebres de los finos de tres mil pesos no se lavan sino cuando él viene, ó que los tales finos han estado durmiendo á la intemperie como cualquier mortal y á veces ataos al palo veinticuatro horas, sin comer ni beber y eso cuando no les han sacao la frisa en la vecindá...

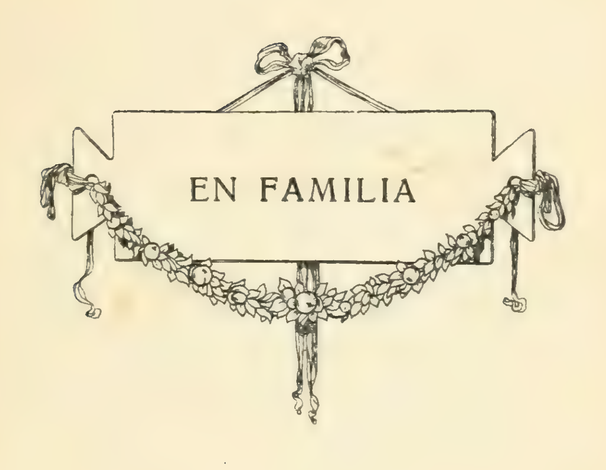
—Che, che... qu'imaginación!... La gran perra!... cualquiera creería qu'esos palos son pa casa!

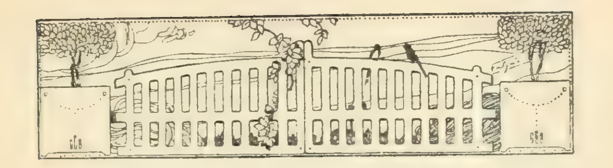
—No!... Si han de ser pa la del papa!

—Eso sería antes, che! Aura va todas las semanas Enrique m'hijo...

—Otra!... Y te cres que tu hijo v'a ver nada, ó te has olvidao en Francia de qu'en el campo no v'el que quiere sino el que sabe?... Mirá qué tigre el que le vas á echar... Tu hijo hará como todos los hijos de los estancieros de tu laya... Llegará al chalé medio ahogao por la poca tierra del camino y renegando porque no es adoquinao de madera como l'Avenida, oirá el crujido de los herrajes del molino p'al agua y después agarrará el campo con los amigos que lo han acompañao, á desocar mancarrones, á gastar balas en tirarles á los terneros pa probar la puntería ó á refistoliar las muchachas de los puestos... Atendéme, che, y creme, los estancieros de tu laya no sirven sino pa daño... y p'andar sonsiando en coche... ¿sabés?... porque p'andar á caballo son demasiado jai lai y pa jai lai no les da el cuero!...




EN FAMILIA



PERO, Eleuterio, ya con Susanita, va á ser la quinta de tus hijas que casas y todavía andás con cosquillas!... Bendito sea Dios!... Y cuidado que á terco y á disconforme no te va á ganar cualquiera!... Habías de estar en lugar de García, que no ha podido salir de ninguna de las muchachas y veríamos... ¿Qué más querés todavía?

—¿Cómo qué más querés, Ramona, por Dios?... y cres que yo, más criollo que la Concepción, vi'astar conforme conque las muchachas se m'estén casando así?... Caramba!... Ya mi casa, che, no es casa... más parece coche é tranguai ó pasadizo de hotel... Mirá!... Por esta cruz, ¿ves?... yo cada vez que tengo que

hablar con alguno é mis yernos, le juego señas no más y pura arrugada é cara, pa que vean que no estoy enojao... pero no les entiendo ni un pito... No, che... ¡convencete! lo pior que le puede pasar á una familia es lo que nos pasa á nosotros... La primera que comenzó fué Julia con su alemancito, y de ahí siguieron no más como lienzo de alambrao, Petrona con su italiano, Antonia con su portugués, Eulogia con su inglesito y aura se nos viene Susana con un francés!... No, che, no... á no embromar vamos!... No faltaba más!

—Tené entendido para tu gobierno, que la otra tarde, en lo de Martinita, que aura recibe los jueves porque María le ha tomado los miércoles por causa de las lecciones de la Chona, estuvieron ponderando la suerte de Susanita y diciendo que el francesito era una gran cosa y de lo más educado.

—¡Qué gran cosa ni qué demonios!... Un chuchumeco é media pulgada de alto, con el pelo echadito para adelante y una carita de asustao o de hombre que buscase algo que hubiera perdido!... Y con un modito é dar la mano que parese sacao del codo!... Che, mirá,

el hombre será todo lo que quieran pero á mí no m'entra!... Amigo, con la Susanita, que había sido lerda!... Mire que dejarlo escapar



al Chicho, el hijo de Juanita, un muchacho que da gusto por lo juicioso y aprovechadito!...

—Salí, Eleuterio... no seás infeliz!... ¿Qué no sabés que el Chicho es un pajuate... un

verdadero hijo é vieja?... Así me decía Susanita una vez que hablábamos d'eso: "Mire, mi tía, el Chicho sabe demasiado catecismo para poder ser mi novio!..."

—Y ponerte á hacerle caso vos á semejante macaniadora!... Si ha de ser mejor el francesito este con su paradita de chingolo maniao... Mirá, Ramona, te juro que si y'ubiese siquiera sospechao lo que m'iba á pasar en la familia, no soy yo el que crío las muchachas aquí... No, che, me las dejo en la estancia no más y cuando mucho, allá pa semana santa ó el veinticinco é mayo, las hacía dar una vueltita por el Pergamino y después á casa!... Se mi hubiesen casao con algunos muchachos del pago, ya que son tan buscaditas, y yo, siquiera, che... caramba!... podría saber las fiestas de la familia y no como aura que un derrepente me mandan llamar de lo de Eulogia, voy... y ¡zás! fiesta... santo é la reina Victoria!... Una noche me cuelo á lo de Antonia, así, de sopetón, y me encuentro la casa llena é portugueses bailando... festejaban no sé qué cosa de Portugal... Si ya casi ni hermanas son mis hijas, che... si todo es un titeo.

—Pero mire que sos, Eleuterio... ¡Bendito sea Dios!... Y yo, fijate... mi gloria hubiese sido que mis dos hijas, las pobrecitas, se hubieran casado con extranjeros, che... Gente tan fina, tan correcta!... Y después ¡ya ves!... hasta cuando se mueren los yernos es mejor, se sufre menos... A mí, cuando se murió Gómez, que era criollo y que, como sabés, fué un cachafaz, lo lloré que era una barbaridá, sin pensar ni en lo que la había hecho sufrir á m'hijita, y cuando se murió Tonelli, que había sido tan bueno con Ernestina y me la había hecho tan dichosa, apenas lo sentí, che... Tal vez, como el pobre era extranjero, me dolía menos...

—¡Bueno!... Yo... ¡eso sí!... no tengo de qué quejarme; los hombres son buenos, trabajadores y me tienen las muchachas en palmas de mano... pero, ¿qué querés?, me revienta la mescolanza y el titeo é la familia, y lo que es más, no poderles entender su media lengua, che, y ni siquiera óirme llamar derecho viejo! .. Figurate que al italiano todavía no le puedo hacer agarrar el paso... Me dice don Cementerio, y se queda muy suelto é cuerpo!


A LA HORA
DEL TÉ





o me digás, che!... Estos de ahora ya no son mozos... Los muchachos parece que nacieran viejos y de las muchachas no te digo nada!... Vos las ves reunidas y es un cotorreo y una charla y unas risas, que cres por lo menos está desfilando todo Buenos Aires ridículo por delante del grupo y te ponés á escuchar... Hijita!... Qué insulsez!... Todo ese barullo es para hablar de baratillos y de pichincheo con las costureras ó ponderaciones de lo tiradas que eran en París, según les contó fulanita, las puntillas que aquí cuestan un sentido... Parece que fueran dependientes de tienda... Mirá, cuando nosotras!... ¿Te acordás?... El día nos

era corto para nuestras cosas y nuestros tijereteos... ¡Ibamos á perder el tiempo en discutir centavitos!... ¡cómo no!

—Qué me vas á decir, Feliciana, si esa es mi guerra todos los días? Vos las ves á mis hijas que gastan un platal todos los días. Vos las ves á mis hijas que gastan un platal en monadas y en adornos y eso que no puedo acusarlas de que sean ahorradas... ¿Y para qué?... Para irse á Palermo en el coche como estatuas!... Te cres que siquiera se dicen algo de la gente que ven?... Pues, no, che... No faltaba más! Van como si estuviesen en misa, porque no hay importancia sin formalidá!

—Pero si no se usa hablar, che... á lo menos en castilla... Parece que es muy ordinario, muy guarango!...

—Vez pasada me dijo á mí una amiga que acababa de venir de Europa y que me vió en Palermo con Federico, charlando á más y mejor, que en París, che, cuando se veía en un paseo una señora y un caballero que iban conversando y riendosé, se podía asegurar que no eran casados!... Figurate!

—A propósito de los que vienen de París

hijita, te voy a contar lo que me sucedió el otro día en lo de Mariquita, mi sobrina, que como sabrás, recién ha venido... Voy á visitarla y si vieras qué comedia!... Llego á la casa y lo primero con que me topo, es un francés todo afeitado y vestido de fraque que no en-



tendía ni jota; de balde le decía, desgañitandomé "Vaya, dígale que está su tía Feliciana..." Nada!... Al fin busco en la cartera y le doy una tarjeta, pero en vez de darle una mía, con el apuro y la agitación, hijita, le doy una de Pepita Aguirre, que tenía guardada y lo oigo que gritaba desde la puerta

cancel á otro sirviente que estaba en el descanso de la escalera... Madame Vassilicós!... y oigo que el otro repetía la cosa y que el grito seguía!... Entonces, me subo ligerita para decirles á aquellos condenaos mi equivocación y tomo para el lado del comedor, donde siempre acostumbraba recibirme Mariquita; pero me ataja el sirviente y me mete á la sala, que á las tres de la tarde estaba ya con luz encendida y con todas las ventanas cerradas... Crerás?... Tuve miedo del cú de charol, che, y estaba pensando en escaparme de algún modo cuando se aparece Mariquita en una de las puertas, de gran cola y me hace una cortesía á uso de minué... Claro!... Corrí á abrazarla diciéndole: "si, soy yo, m'hijita", pero ella con una sonrisa seria en que solamente me mostraba el colmillo de un lado, me estiró la mano en silencio y con una frialdad que me heló, che, á pesar del calor... Nos sentamos y naturalmente le pregunté por su esposo, por González, que era, como sabrás, antes de sacarse la lotería que se sacó, uno de los escribientes del ministerio, que nombró tatita... Apenas me dijo que estaba bien preguntan-

domé de paso por Mamerto... Si vieras la cara que puso cuando le dije que todavía seguía con sus pobres pies y que lo atendía Federico, tu marido!... Y después de esto, se estiró bien en el sofá y no me habló una palabra más...

—Así es la moda de ahora, Felicianita de mi alma... ¿Qué no ves los bailes que se usan?... Acaso son como aquellos de nuestro tiempo, en que las muchachas y los mozos podían bailar y conversar?... Ahora para bailar se necesita ser casi un ingeniero para estar contando los pasitos y golpecitos con el pie...

—Mira, m'hijita, ¿sabés una cosa?... Yo no creo que en París la gente sea como esta que va y vuelve... ¿Qué querés?... A mí me parece que estos toman por franceses á los manequís de alguna tienda... Mirá!... En esto ha de estar sucediendo alguna gran barbaridá!




CENTENARIOS DE
HOJALATA




o te aflijás por los años, che... ni porqu'esté puertiando otro siglo... afligite más bien por los pobres güesos que, amojosaos y todo, no se quieren despedir.

—¿Yo?... No, che!... Yo no me aflijo ni por los años ni por los güesos, que al fin de cuentas y bien mirao, les he sacao más jugo del que tenían, sabiendo qu'eran prestaos... ¿Sabés l'único que á mí me'mbroma?... No lo crerás!... Es verlo al tigre sin dientes y mirando la carniada! Eso de que veo pasar junto á nosotros el tropel de la vida y escucho el taloneo de los que bailan y me llega á la nariz el olorcito'el churrasco... ya se m'empieza á'cer agua la boca, che, y me dentra como

á modo de una rabia grandísima y aborrezco la humanidá... ¡Ah, tiempos los de nosotros, hermanito... no?

—¡Ah! Ah!... Conque sos viejo angurriento?... Juna perra!... Te has comido tu ración y querés seguir picando?...

—No embromés, che, con tus ascos!... Y vos?... Mirá: yo he visto, ¿sabés?, los primeros vapores que trajieron y ví hacer el ferrocarril y el telégrafo y el alumbrao á kerosén y el tránguai y el gas y las aguas corrientes y las cloacas y el teléfono y todo lo he disfrutao y estoy contento... Pero eso'é la bicicleta, que te hace volar como alma que lleva el diablo y te dej'acercarte á cualesquiera, sin que te sienta ni el aire y que no puedo gozar... me revienta, che!... Adivino, ¿sabés?... y se me ñublan los ojos!... Hay dos cosas que yo quisiera ser antes de morirme.., por Dios, ¿ves?, te lo juro... biciclista y guerrero'é la independencia!

—Biciclista?... Pero si eso es una corrución, che, que ya va ganando hasta los negros... Yo ya no me muero sin ver un moreno en bicicleta, pero pagaría cualesquier cosa por verte á vos, que has sabido ser tan de á caballo, ¿te

acordás?... sin bigote, montao sobre un fierrito y pataliando en el aire!...

—¿Y la otra cosa é negro, tampoco te gusta?



—¿Ser guerrero?... Ve?... Eso siquiera vale la pena por la pensión y pa que te paseen en coche los veinticinco. ¿Ahí no lo tenés á mi primo Tomás, que nunca pelió sino con la

suegra y con la mujer y de'ande va y le da aquel ataque é perlesía que lo atrasó y tiene la suerte'é que tropiecen con él dos historiadores y comiencen á decir que había sido trompa é San Martín, porque tenía un labio hinchao... y ya lo tenés con fortuna al hombre... y parao!

—Mirá, hermano... Bueno!... Sabés? Ya que no podemos hacernos biciclistas hagamosnós guerreros... Fijáte que bolada la entrada'el siglo! En cuanto apunte ya lo recibimos con una tosesita sospechosa y en el primer invierno castigamos hasta los noventa y nos plantamos haciendonós los sonsos... ¿sabés?... Pa que no nos pillen, tenemos que perder el óido y la memoria y mezclar de todo en la conversación, agarrando de un lao para otro como gringo que anda en pelos... Mirá, hermano, ya se me hace que la cosa cuaja y dudo hasta de que haiga viejos!... La gran perra!... Si me apurás no le creo ni al almanaque!

—Y te cres que yo pito d'esa marca, che?... No embromés... los qu'hemos castigao hasta est'altura no rodamos and'equiera.

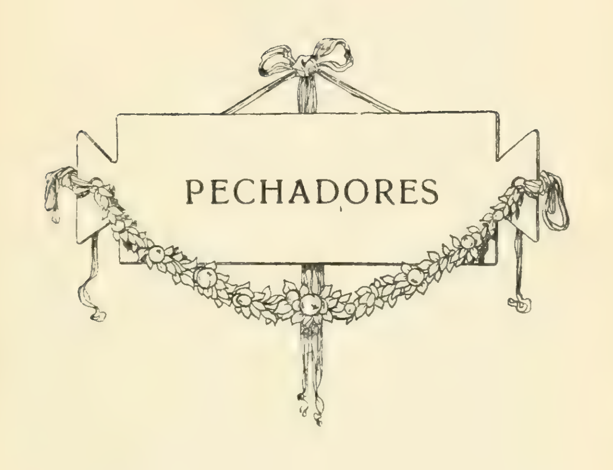
—Esperate, hermano... qu'el tiro no es

pa'sustar... Si hoy cualesquier muchacho va rayando en los setenta y conforme vean el juego, nos van á cair como avispas... Mirá... atendeme y tené formalidá, ¿sabés?... No creás en los viejos sino en las mañas y conforme veás alguno que se te viene atracando... ladiatelé y mandale recuerdos á la familia...

—Pero decime, Fausto, y si nos pillan... ¿qué dirán?

—Y que van á decir, che?... Dirán que somos de viejitos mentirosos!... ¿Y de'ái?... ¡Gran cosa!... ¡Lo raro sería que no mintiéramos, siendo criollos d'esta tierra!




PECHADORES



ENSARTADA



— Oiga, niño... y perdone!... Soy un soldado viejo, ¿sabe?... de los que han defendido la patria y aquí me ve más arrastrao que la basura... No tiene ni a'nque sea un váinte pa'l pobre milico?... Hagaló por su novia... si la tiene!

—Si yo también soy... ¿sabés?... de los que tiran al pecho y acabo de salir de casa...

—No diga?... Quién lo había'e pensar al verlo?... Lo qu'es jugar por apariencias, no?

—Ahí tenés!...

—Bueno, hijo!... Perdone, no?... Y yo que cuando lo ví que venía, cráia que'era lo menos el hijo é Roca... P'cha... qu'es sonso el hombre, ¿no?... Y como lo engatusa la parada?... Esto sí qu'es ensartarse!

CAPATAZ MUERTO DE HAMBRE

—Vea, señor... y perdone el atrevimiento!... Yo soy un mozo bueno que acabo de llegar de Tucumán, nombrao de capataz para la Aduana... Hay que trabajar, señor, para vivir y no hay que hacerle! Es la ley!... Bueno... y ¿quiere creerme lo que le voy á decir?... Aquí me tiene en Buenos Aires, de capataz y sin un centavo!... Parece cosa del diablo pero es así!... Estoy seguro que ninguno de mis parientes se ha visto nunca como yo... porque soy de los Bastos.



—Mal palo, che!... Se va á embromar... Si fuera copa se le apuntaría cualquiera... pero así... se va á quedar de capataz y muerto de hambre...

—Le parece?... Entonces, me cambio de nombre...

—Es lo mejor!... Ah!... Y cambiá de cuento también, porque el que usás tiene canas!

BORRACHO EL HOMBRE... PERO BUEN PADRE

—¿Dígame, señor... usted no es hermano del finado Antonio González, que supo tener un bar en la Boca?



—Un bar en la Boca?... Mire, amigo... usted está delirando con la bebida, así, como quien dice por mayor y me confunde.

—Bueno; es lo mismo. Vea... Quiere hacerle un servicio á un hombre, que es borracho y canalla y degradado, ¿sabe?... Todo lo que usted quiera es el hombre ahora... pero ha sido educado y persona de fortuna en otro tiempo!... Quiere no juzgarlo mal al

hombre, aunque lo vea en el suelo, hecho un andrajo y pensar que es un padre de familia cargado de hijos y que los pobrecitos no tienen la culpa de que el hombre sea lo que es?...

—Oiga, che!...

—Ya sé lo que me va a decir... No importa... Cualquier cosa, lo que pueda, el hombre no se abochorna y agradece la voluntad... Vea!... El hombre es borracho y sinvergüenza, ¿sabe?... pero es padre de familia...

—Esto mismo, che... te lo vengo oyendo hace un año...

—Claro!... Eso le prueba que el hombre será canalla y borracho y padre de familia y todo lo que usted quiera... pero que no sabe mentir!

LA CARIDAD... QUE EMPIEZA POR CASA

—Señor, usted disculpará... pero el Colegio del Niño Descuartizado, que sostenemos Las Hermanas del Sombrero de la Virgen, está pasando por momentos terribles y las sostenedoras hemos resuelto levantar una subscripción solamente entre la gente bien y de fortuna, para la cual cien pesos son como una sonrisa...



—Escuchemé...

—A mí me dijo Dolorcitas Garramuño, que es la tesorera, una morochita de cerca de su casa, "mire, misiá Clorinda, vayasé al escritorio del señor Martínez y vealó á él, estoy segura que no sale desairada"...

—Dolorcita Garramuño?... No conozco...

—Pero ella lo conoce á usted y ya ve, su simpatía es la que me ha hecho venir á verlo... Si no fuera eso, no me hubiese atrevido jamás.

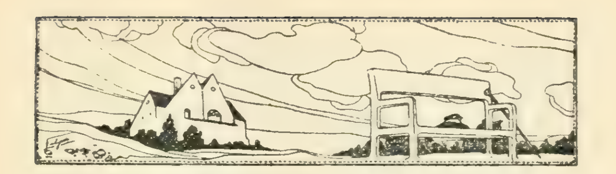
—Bueno, señora!... Yo no puedo hacer nada por el Niño Descuartizado... casi lo soy también...

—Pero algo... hará!... Dolorcitas no puede...

—Bien, bien!... Mire! Llévese esos veinte centavos, pero no me hable de mujeres, ¿quiere?... Estoy hasta aquí de niños! Dígale así á Dolorcitas... y que se cuide!

—Bien, señor... Si puedo traer á Dolorcitas un día de estos, tendré el placer... La pobrecita quizás sea más suertuda, como que es tan joven!


DEL MISMO
PELO





es?... Eso es lo que á mí me revienta y así se lo dije á Julio el otro día: si no quieren que este país se lo llev'el diablo, eviten las mescolanzas, che...

—A qué Julio?

—Cómo á qué Julio?... A Roca... á nuestro Presidente... Si hemos llegado al extremo, che, de que ya no se respeta nada aquí! Ya ni hay antecedentes, ni nombre, ni posición que no sirva d'estropajo á los advenedizos y hasta la misma crónica social de los diarios se ve invadida por el canallismo más depravado... Todo está hecho un revoltijo... Derrepente te ponen de concurrente á una fiesta ó al tiatro —en pleno mes de Abril!—y te colocan en-

tre unos apellidos que'stán oliendo á cebolla ó á liencillo, cuando no te dan como presente en unos casamientos ó funerales vergonzosos.

—Qué me vas á decir d'eso, che!... Figurate que aquí donde me ves, h'estado anoche, según los diarios, nada menos qu'en el casamiento de una hija de cierto inglés que nos compró la estancia l'año pasado... Un verdadero cualquiera que casi ni sé como se llama! Imaginate qu'es hombre de andar en tranvay!...

—Qué me decís?... Esta jugada es como para juntarla con la que le hicieron á mi tía... Querés crer que la metieron entre los concurrentes al Politeama... Figurate el madrugón!

—Y vos todavía no te has hecho ver en el tiatro?...

—Yo?... No faltaba más!... Para mí las veladas comienzan con la Opera, che, y soy fiel á la tradición... Yo no tranzo... y ya saben todos que si no se me ve allí, es porque no'stoy...

—A mí me pasa igual... ¿Sabés qu'este año va'seguir la moda del pasado, tan cómoda y tan chic?... No será elegante entrar al tiatro sino en los entreactos...

—Es natural. La sala es para los músicos y la gente para la cual el espectáculo es una novedá... Yo, che, te lo digo con franqueza, no pienso abonarme!... Buscaré algún amigo con quien turnarnos para la entrada, ¿sabés?, y con mostrarse uno un poco y después estar para la salida... se hace la noche... Quién se aguanta tres horas de función!



—Es una barbaridá!... Yo también ando buscando con quien hacer patota, y conforme'ncuentre me ligo y con una soncera hago mi noche...

—Esa es otra, che!... Esta gente nos está desollando con los precios!

—Qué bárbaros, no!... Y decir que á uno

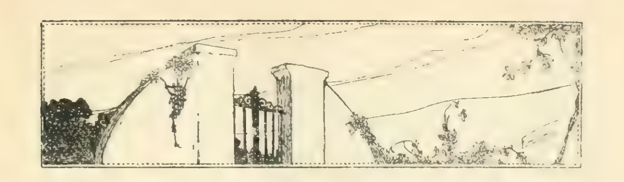
en su misma patria, como quien dice en su casa, lo están esquimando!... Ves? Eso le debías decir á Roca... ya que sos tan amigo!...

—Si se lo he dicho mil veces, che!... Pero parece qu'el hombre viviese'n las nubes... Vos te cres que hace caso de consejos?... Preguntale á cualquiera é los ministros y verás!... Y?... Che?... Nos asociamos p'al jueguito'é las entradas?

—Y sinó?... Pa'qué somos de los que nos cortamos, aunque nos acollaren con un pelo!




QUÉ SUERTE PA LAS
DE MIGUENS!...





o, mi tía... no juzgue así las cosas del corazón, ni califique de capricho pasajero el sentimiento que me domina... Mire qu'es cosa seria...

—No me hagás réir, Pituco... que tengo el labio partido!.. ¿Vos con cosas serias?... Pero sabés lo qu'estás diciendo?

—Haga el favor de atender, mi tía, y dejemé que la hable al alma, ¿quiere?... Nunca le han hablao al alma á usted?

—¡No, che!... Tu tío no habló jamás sino en criollo y esta lengua parece que no se presta...

—¿Qué no?... Vea... Ust'está diciendo á gritos que hast'ha óido hablar los mudos...

Si aura mismo y con ser que soy su sobrino, l'estoy tomand'un olorcito que casi casi no es de tía sino de moza garrida.

—Sabés que sos adulón, Pituco, y que m'están dando ganas de crer que te se't'está quemando algo?... Mirá si fuese verdá!... ¡Qué suerte pa las de Miguens!

—¿Cómo pa las de Miguens, tan luego?... ¿Y por qué?...

—¡Es un refrán, hijito!... No hagás caso... ni creás qu'es por lavarte la cara!... Es un refrán de familia, sabés?

—¡Bueno!... ¡Vea!... Yo sé que le ha llegao el run-run y no tengo porque ocultarle qu'es cierto... Me tienen mal, mi tía, y es por eso que busco el calorcito'e la familia...

—¡Se conoce!... ¿Será por eso que has volado de tu casa?...

—¡Atienda!... Yo sé que me v'á dar la razón... Sabe por qué me separ'é la familia y me salí á vivir solo, armando el bochinch'el siglo?... ¡Bueno!... Todo fué por esta cosa que me tiene trastornao. En casa me augaba, estando tan lejos d'ella... Piens'en lo qu'es la distancia, mi tía, y tengamé lástima y no me

pegue de hacha... Me parecía que hast'el aire me faltaba en aquel barrio tan triste... como son todos los barrios que no son el barrio d'ella... y aquí me tiene buscando acercarmelé...



—Pero esas son muchachadas, Pituco... Eso no es amor!...

—Y cre que yo sé lo qu'es, ni m'he puesto a'veriguar?... Yo lo que sé, mi tía, es que no vivo tranquilo cuando no la estoy mirando y

que d'el lao qu'ella vive, hast'hallo más lindo el cielo y me parece qu'el aire que ha pasao por su casa tiene un cierto no sé qué... que no tienen otros aires... Usted no ha querido nunca, mi tía?

—Mirá, Pituco... No seas atrevido...

—No me diga Pituco, quiere?... Llamemé por mi nombre... Mire qu'estamos hablando de cosas serias!... No se olvide!...

—De cosas serias?... Qué suerte pa las de Miguens!

—Pa las de Miguens?... Y por qué?...

—Ya t'he dicho que no hagás caso... Es un refrán de mi tiempo, ¿sabés?... como aquel del mate de las Morales que nunca llegó á cebarse... No sabés quiénes eran las de Miguens?... Cuando lo sepás, te v'a gustar el cuentito... ya que te gusta hasta el aire que te viene desde ella... Las de Miguens, eran las tías del tesoro conque soñás... unas muchachas que tenían talón de fierro y llegaron á ser famosas por su afán de divertirse. Ya se sabía en Buenos Aires, che, que no había velorio, casamiento, bautizo, comida, entierro, misa ni el diablo... en que no estuvieran las

de Miguens... Era una cosa bárbara! Había un enfermo en una casa?... Las de Miguens iban de visita á indagar como se hallaba. ¿Había una misa en el Sur y otra en el Norte y un baile en el Oeste y una comida en el puerto, á bordo de algún barco y un bautismo en Flores?... Pues, hijito... las de Miguens se hallaban en todas partes, alegres, contentas, comiendo bombones y sandwiches á dos carrillos, tomando chocolate y comiendo naranjas ó sandías ó tomando leche... Jamás ni nunca se supo que á ellas les hiciese daño nada, ni les doliera alguna cosa, ni discutieran un menú, ni tuviesen una pena y derrepente nació entre la gente, así, de sopetón, como te ha nacido á vos ese amor por la sobrina, el refrancito embromador... Qué suerte pa las de Miguens, quería decir qué motivos para jaleo, qué ocasión para salir á la calle, para jarana ó para lloriqueo ó para almuerzo ó para baile ó para rezo... Y corrió tanto, que una tarde estaba yo en la mercería alemana y derrepente se le cay'una pieza de puntilla á la dependienta y el dueño, al ver que l'abarajaba antes de tocar el suelo, dijo con su media len-

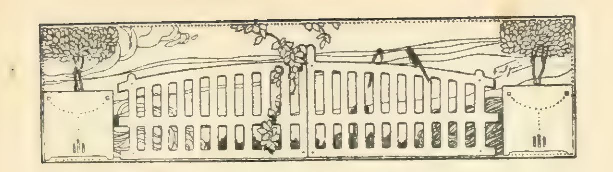
gua, "qué suerte pa las de Miguens" significando qu'el hecho podía ser motivo para que vinieran a la tienda... y quien te dice, hijito, qu'en eso las veo entrar á Panchita y Celestina —qu'eran las mayores—con aquel aire de inocencia que tenían?...

—Bueno!... El cuentito es lindo, mi tía, como todo lo de usted... pero yo no he venido'á visitarla para que m'enseñe historia — para eso hubiese ido á lo de don Bartolo ó á lo de don Vicente López—sino pa pedirle que me ayude'n esta empresa en que se juega mi vida... Invítelas á comer cualquier día d'estos...

—A quién?... A las de Miguens?... Pues no faltaba más! Mirá si lo sabe tu mama!... Cómo te imaginás, Pituco, que yo pueda contribuir á qu'entrés en el refrán, vos... el hijo, nada menos que de mi hermana, que—¡Dios me perdone si m'equivoco!—hasta creo que fué la inventora del refrán?...

—Y qué tiene?... Yo, que soy el hijo y usted qu'es mi tía, le agregaremos la cola y la cosa quedará en familia... La vieja podrá decir con justísima razón: "Qué suerte pa las de Miguens... y para m'hijo Pituco!"


SIEMPRE AMIGO



Haz á otros lo que desees que los otros hagan contigo.



Nos conocimos en Ranchos, antes de que este pueblo se modernizara cambiando su nombre, lo que equivale á decir que, por lo menos, una decena de años nos separa del tiempo aquel en que yo, que solía visitar á unos parientes avecindados frente á la plaza, y él, modesto perro del cura, simpatizamos cambiando nuestro primer saludo.

Era la casa de mis parientes, un viejo edificio, de dos departamentos que se abrían á un patio común. El de la derecha lo ocupaban éstos, y el de la izquierda, un viejo sastre con su esposa.

—¿Por qué tienen cerrada la puerta de calle, comadre? Esto huele á convento...

—Es por unos días no más, comadre... Los vecinos tienen una perrita que adoran, como que es monísima y muy fina, y temen que se les vaya á la plaza de enfrente á *mataperriar* con el perro del cura, que es de lo más bandido que hay en el pueblo...

—Ave María Purísima, mujer... Y por eso...

—Qué querés, che!... Son tan buenos los vecinos, que con placer les hacemos el gusto, aunque nos importe un sacrificio!

Y la bondadosa de mi comadre, que era tronco de una numerosísima familia, se fué á sus quehaceres y yo quedéme holgando en el ancho patio, hasta que las sombras de la noche me llamaron al descanso. La primera claridad del día hallóme ya despierto; como todos dormían aún, me encaminé á la puerta de calle para recrearme con el espectáculo curioso del despertar de una población, que es agradable contemplar cuando uno no tiene otra cosa conque matar el tiempo.

Las calles comenzaron á animarse. Allá, á lo lejos, cruzaba algún carrito de chacarero

que con el chirrido de sus ruedas desengrasadas despertaba los ecos, ó la jardinera del panadero, deslustrada por las lluvias y de repente, como emergiendo de la llanura verde



en que á no mucha distancia de mí se perdía la calle, ví aparecer un perro de lindo porte y buena talla, que con la cola en alto y trotando ágil aunque reposado, se dirigía hacia mí.

— Ese ha de ser el perro del cura que tanto los preocupa á mis parientes y á sus veci-

nos, pensé; y seguí mirando, distraído, su aire de calavera, que contrastaba singularmente con el que debía tener si era él quien yo creía.

El perro continuaba avanzando y veía ya las manchas de su cuero, el brillo de sus ojos que me miraban maliciosos y hasta me pareció escucharle los comentarios que rezongaba: Qué hará ese, nada menos que en casa de mi novia?... Ah!... Es gente nueva!...

Me fué simpático. Cuando llegó á unos veinte pasos se bajó prudentemente de la vereda, como para evitar una sorpresa de parte de sus enemigos ó de mí, á quien lógicamente me suponía un aliado de ellos por lo menos, y tomando el medio de la calle con disimulada serenidad siguió su camino, mirándome de soslayo.

—Pichicho!... Pichicho!...

Le pareció una burla y se hizo el desentendido, aun cuando yo le había sorprendido una tiernísima mirada hacia el interior de la casa en el momento de enfrentar á ella.

—Seguramente!... Este es el perro del cura... el famoso perro del cura... esa miradita lo traiciona... Pichicho!

Se detuvo asombrado como diciendo:

—¿Pichicho á mí? ¿De la casa de mi novia?... ¡Hum!... ¿Se tratará de un loco, de alguna alma compasiva ó de un traidor?

—Pichicho!... Pichicho!

Me miró á la cara y comprendió con su finísimo instinto que yo, aunque era de la familia de mis parientes y vecino de los viejitos, patrones de su novia, era un hombre honrado, que no me metía á contrariar los amores de nadie.

—Pichicho!... Pichicho!

Lamió mis manos con zalamería, me golpeó las piernas con la cola y metiendo el hocico por la rendija de la puerta aspiró con fruición el aire que le llegaba del interior de la casa y le traía quizás el aliento de su amada.

Conmovido por su ternura, abrí la hoja de la puerta, invitándole á entrar. No podía creer en dicha semejante y me miraba como preguntándome si aquello no era un sueño ó una infame traición. Me acarició, me observó bien y cuando se cercioró de mis buenas intenciones á su respecto, se coló con presteza, lanzándome una última mirada en que leí clarito:

—Por su madre, compañero... no me vaya á reventar... Mire que la aventura es peligrosa!

No habían transcurrido dos minutos, cuando oí un tropel en el interior de la casa y al viejito que gritaba:

—El perro del cura!... Pero quién diablos le ha abierto la puerta?

Como un relámpago pasó por delante de mis ojos el galán audaz, seguido por su amada, que haciéndose la temerosa se encaminaba con él hacia el alto yuyal de la plaza:

—Corré, mi vida, que el viejito es muy bruto y nos va á pegar!... Yo, entre que me pegue él y me pegués vos... aunque sea un mordiscón que me sepa á beso... te elijo á vos!

Y en la carrera se perdieron entre el tupido pastizal, mientras el viejito y la viejita, á medio vestir, llegaron á la puerta azorados y, encarándose conmigo, exclamaron como en un sollozo:

—No vió?... El perro se llevó la perrita...

—Ah!... Sí!... Ahí en esa plaza los ví perderse!...

Y ambos miraban el alto yuyal, que en ese momento iluminaban los rayos del sol naciente y agitaba mansamente la brisa matutina, con ojos de verdadera angustia.

Solíamos después hallarnos en las calles del pueblo con el perro del cura y jamás pasaba por mi lado sin detenerse á mirarme, meneando el rabo:

—El buen amigo!... Qué dicha volverlo á ver!... Y qué tal? Cómo andan las cosas por allá... por la sastrería?

Y ayer me ha reconocido, aquí en las calles, malgrado las injurias de los años, cuando yo ya no le conocía y había hasta olvidado la galante empresa en que le ayudara, arrastrado por la clarividencia del futuro condensada en la máxima que me sirve de epígrafe.

Pobre perro agradecido!... Quizás, ni la perrita, que tanto amó, existe ya más ni en su memoria, y, sin embargo, persiste todavía el recuerdo del amigo, conocido al pasar, pero siempre querido é inolvidable!


¡EL POBRE
AMIGO!



I



OBRE Comaleras — dijo el rubio González; — muere con él la espuma de los jugadores de truco del barrio de la Concepción, y los que vamos acompañándole, podemos decir con orgullo, que llevamos a enterrar, no solamente al mejor de los comisarios jubilados de la policía antigua, sino también a un hombre que jamás le disparó á un real envido, teniendo las treinta y tres de mano!

— Hum!... No solamente era toro Comaleras — exclamó un viejito que iba acurrucado en un rincón del coche y á quien no conocíamos ni de vista ninguno de los otros tres acompañantes, que éramos, además del rubio

González, el tuerto Cabira y yo — sino un gran corazón! Gustavo S. Bordenave, servidor de ustedes, no ha concurrido, ni concurrirá jamás á otro entierro con un gusto mayor que el que experimenta en estos momentos!... Pobre Comaleras!

— Me permite, señor Bordenave... — replicó Cabira, sonriendo de la extraña manera que le permite hacerlo la parálisis facial que lo caracteriza, pero con un tono que no dejaba dudas respecto á su intención de protestar con toda formalidad.

— Ahórrese los reproches, señor... Mis palabras hacen justicia á las virtudes de nuestro amigo, aun cuando se presten tal vez á una interpretación aparentemente desfavorable.

— No!... Es que con gusto no se concurre al entierro de nadie...

— Así es, señor mío... generalmente; pero en el caso subjudice de Gustavo S. Bordenave, concurren circunstancias que lo hacen excepcional, como lo verán ustedes.

II

Aunque les parezca extraño, dados los rasgos de mi personalidad actual, yo he sido un funcionario municipal de cierta categoría á los efectos del sueldo, condición única que puede establecer diferencias entre los empleados públicos. En ese entonces, tuve la suerte de conocer á fondo á mi amigo Comaleras y la desgracia de que apareciese en mí el asma que me acompaña, ayudándome á formar la molesta entidad de Gustavo S. Bordenave de la actualidad. Los médicos ni yo la conocimos, al principio, y se creyó que era una notificación de la muerte, que me dijera con tan extraño lenguaje: "Gustavo S. Bordenave, á usted me lo llevaré tironeándole del corazón." Una tarde pasaba de mi despacho á la tesorería, cuando me topé de manos á boca con Nicanor.

— Hola!... Tú por acá?...

— Sí, mi querido amigo. Acabo de ser jubilado en la policía, y como no puedo acu-

mular dos sueldos nacionales y he menester de aumentar mis entradas porque me he quedado viudo y sin hijos y mis necesidades han crecido por consiguiente, tenderé mis líneas aquí en la municipalidad... El intendente, que



es amigo, correligionario y pariente, me quiere ayudar... No sabes de alguna vacante á producirse ó que sea fácil producir?... Con placer sería tu compañero.

— No lo serías por mucho tiempo... exclamé imprudentemente.

— ¿Por qué?

— ¿Pero, qué, no ves?... ¡Si me estoy muriendo del corazón! Los médicos ya me han sentenciado, che!

— ¿Qué me dices?... ¡Pero si parece mentira! Y tienes buen sueldo?

— ¡Cómo no!

Y le declaré todas las peculiaridades de mi empleo, confiándole hasta ciertas facilidades que tenía para aumentar mis entraditas, con sólo crear pequeñas dificultades en las tramitaciones. Pobre Nicanor!... Cuánto y cómo se contristó y hasta dónde llevó su interés por el viejo amigo que les habla en estos momentos verdaderamente solemnes! Dos días despues, el intendente se dignó llamarme á su despacho y, con esa seguridad envidiable que da la superioridad jerárquica, me dijo, casi tuteándome:

— Vea Bordenave... Me han dicho que usted está muy enfermo del corazón y deseo conocer la verdad... Tengo un amigo á quien quisiera servir y no me gustaría defraudar sus esperanzas, prometiéndole algo que no le cumpliera... Se trata de un amigo suyo... de

Nicanor Comaleras, ¿sabe?... Me ha informado de que usted es casi un cadáver y me ha pedido que en caso de quedar vacante su empleo, él desearía que se lo acordara y como el pobre es tan bueno y tan amigo, quiero servirlo... Vamos á ver, ¿qué le han dicho los médicos?

— Dicen, señor, que parece haber algo cardíaco y me han recomendado resignación...

— ¡Ah, bueno!... Entonces no hay vuelta, Bordenave! ¡Mire! Voy á decirle á Nicanor que espere el desenlace y que esté seguro... ¿no le parece?... Así conciliamos todo...

Y con esa oficiosidad que tan bien sienta en un subalterno, sea cual sea el ítem del presupuesto que llene con su modesto nombre, le pedí disculpara si obstaculizaba en cierta manera sus deseos.

Desde ese día, Nicanor concurría asiduamente á mi despacho y yo conocía en su voz y en su actitud, el interés que le inspiraba mi salud, apresurándome á informarle sobre ella, sin exagerar su gravedad como podría pensarse que pudiera hacerlo, á haber temido

que el candidato, viendo que la muerte no se apresuraba á coadyuvar á sus fines, hiciera fuerza para que su pariente y correligionario lo auxiliase por uno cualquiera de los tantos medios á su alcance.

Tuve que ser muy discreto para no hacerme sospechoso á sus ojos de amigo celoso, y recién cuando su pariente y correligionario dejó de ser mi superior, me atreví á irle informando poco á poco de mi mejoría, así como también de que los médicos habían descubierto que yo no era un cardíaco sino un asmático.

— Es igual, ahora... — me contestó con aquel tonito dulce que era una de sus peculiaridades — es igual!... El nuevo intendente que ha entrado es mi adversario.

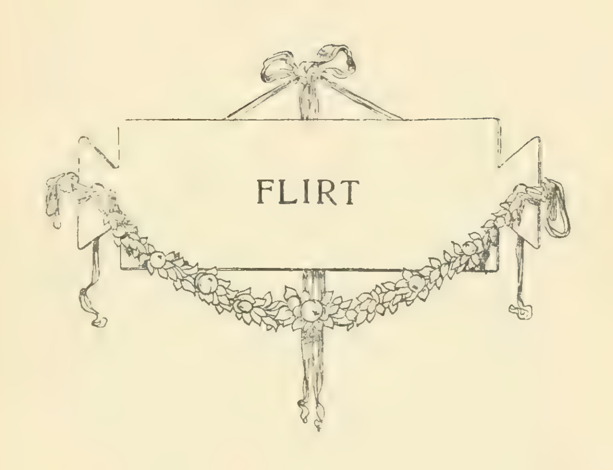
No le volví á ver sino de tarde en tarde, pues se ocupó en otra clase de asuntos y poco á poco fuimos dejando hasta de saludarnos, á medida que yo iba recuperándome...

Ha muerto el pobre, sin que yo pueda saber, á ciencia cierta, si allá, en el fondo de su espíritu, floreció alguna vez una sospecha respecto á mi sinceridad cuando le informaba

sobre mi salud y poder vindicarme á sus ojos y es por ello que he venido con gusto á su entierro, buscando la oportunidad de declarar, como declaro ante sus amigos, ya que no puedo hacerlo ante él, que Gustavo S. Bordenave fué leal y honrado en sus informaciones y que por ser cristiano y acatar la voluntad de Dios, no lamenta haber defraudado las esperanzas que él abrigara á su respecto...

— Agradecemos, señor, dijo Cabira, sus amables y espontáneas declaraciones, y yo le manifiesto, sin temor de ser desmentido, que reconocemos en el procedimiento que usted nos ha descrito, la caballerosidad y la delicadeza de aquel que ya no es más sino en recuerdo!




FLIRT





Y así no más ha sido, pues!... Te has chasqueado, prima, porque sos todavía inocente á pesar de ser tan viva... Mirá...

— No me digas, che!... Si los hombres se han puesto muy canallas en esta ciudá y ya no respetan nada... No me digás!

— No creas!... Aquí, como en todas partes, los hombres respetan lo que deben respetar y nada más... Mirá!... Las mujeres, á tu edad, pocas veces saben contener su coquetería en los justos límites de la prudencia. Descienden del trono en que son reinas, gustan arrastrar su vestido en la vereda plebeya, y cuando ésta, que no es la impecable alfom-

bra de tu sala, se los ensucia, se indignan... Esto si qu'es lindo, che!

— Te parece?...

— La pregunta!... O sos muy ingenua, prima, ó me tomás por pipiolo... á pesar de mis pesares!

— Pero si ha sido un atrevido conmigo el tal García, que parecía un hombre decente... un caballero... Figurate que salgo para casa de mamá y en cuanto doblo la esquina, se me pone al lado como si yo fuese una mucamita ó una cocinera é intenta emprender conversación... Es un indigno, un changador, un cualquiera...

— Convenido... Un cualquiera!... Ese es el término... Y para qué lo mirabas cada vez que pasabas por delante de su tienda, desperdiciando en ese insignificante la incomparable luz de tus ojos?... Es posible que halague tu vanidad de mujer linda y elegante, la babosa admiración de un tenorio de trastienda? Vaya aprendiendo, prima, vaya aprendiendo... y sufra las decepciones consiguientes y aguante que el almacenero de la esquina, el lechero, el carbonero y tutti cuanti crean que ella, la

reina de las flores, es la consentida del tendero... y de envidia por la suerte de éste, pretendan deshojarla y repartirse entre todos sus despojos!... Y no te admire que hasta el



mismo barrendero, haya soñado alguna vez, mirándote al pasar, que su escoba pudiera transformars'en abanico!

— Decí todo lo que quieras, che... pero yo te aseguro que los hombres son muy cochinos... Bien decía la otra tarde mi tía Petrona: "Querés crer, m'hijita, que hasta'mí me dicen

cosas todavía!... Al pasar una bocacalle, un pillastre me ha echado una miradita qu'era un chorro de agua caliente y me ha dicho que las flores más lindas eran las violetas... que nacían solamente en el invierno!"

— Otra que bien baila, nuestra tía!... ¿Qué me contás? ¡Con que á pesar de su medio siglo y de su tos, todavía se queda en la cancha?... Oye, prima... no seas mujer como las demás! Abrí tus ojos encantadores á esta hermosa luz de nuestra tierra, madre de mujeres tan lindas y tan... ¿cómo te diré?... tan criollamente orgullosas y tan suavemente picantes...

— Mirá, primo... estoy hecha una tigra!... Este canalla de atrevido me ha puesto nerviosa y no sé por qué me parece que me ha ofendido... Siento como una quemadura!... Me parece que me hubiesen rebajado y que fuera una de las enanas del San Martín, y tengo asco y rabia... y hasta ganas de encerrarme y no pisar más la calle... El mundo, che, se está poniendo como para dispararle!... Ya no se puede ni mirar sin que alguno se crea adorado...

— No te pasés, che, no te pasés y no dés crédito al piropo que l'echaron á tu tía... la modesta flor fragante que la escarcha esmalta en el rincón olvidado del jardín... No pensés en la tumba ni el convento, porque un tendero enamorado tendió bajo tus pasos su capa de tenorio... Písala y... adelante con los faroles y si t'he visto no me acuerdo... Abrí bien los ojos y mirá á tu alrededor y ve aprendiendo á conocer los instrumentos que suenan para ti la marcha triunfal de la vida... y no los confundas á unos con otros tomándolos á todos por bombardines plebeyos...

— Qué mi primo... este!... Decime, che... darán pronto en algún teatro el "Cirano de Bergerac?..."

— Tal vez... A mí no me interesa!...

— No?... y por qué?... Es un drama tan lindo.

— Qué me vas á decir lo qu'es Cyrano, prima?... Si casi lo he'scrito yo!


LOS TIEMPOS
DE AURA





ECIME, che, No tenés vergüenza de venir á tu casa á las diez de la mañana, después de haberte pasao la noche perdidiando, quién sabe en dónde?

— Mirá, Diolinda... tené cuidao, hijita!... Ya sabés que la lengua rompe güesos... Y aura, permitime que t'esplique en lo qu'he andao pa que veás que Juan Antonio Gutiérrez sabe lo qu'es matrimonio y respeta los mandamientos...

— Lo que sos vos no morís ahorcao si te dejan hablar... pero esta vez no me vas á venir con las mentiras de siempre... Ya me tenés hasta los ojos!

— Diolinda! Oí la voz de tu marido y dejat'e macaniar... Sabés en lo qu'he andao?... Es un secreto, ¿sabés?... Cosa é la política...

— Bueno!... ¿En qué has andao?... Vamos á ver?

— A ver?... No, che, que ver ni ver!... Apenas que te haga relumbrar de que tal vez seás mujer d'empliao cuando menos lo pensés... He pasao la noche en casa é Simón Ravena, ¿sabés?, el qu'era cochero del Presidente Pellegrini y hemos charlao de todo...

— Vos, charlando con Pellegrini?... Borracho!... Canalla!

— Mirá, Diolinda, no te olvidés de tu caráter, haceme el favor... Yo no t'he dicho que haiga pasao la noche con el dotor, sino con Ravena! Entendé!...

— Y ¿quién pagó las copas?...

— Ve?... Estas son las mujeres, caray!... Una piedra que uno lleva atada en las patas!... Y suba usté con semejante tramojo!... Mirá! No me quemés la sangre, che, y andá arreglame la cama... Es mejor!

— Que te arregle la cama?... No te la're-

glás vos con toda tu alma, perdido, embustero!...

— Bueno! Mirá! Calmate!... Te v'y á contar, pa que no se te reviente la yel con la curiosidad... Estamos formando un clú, ¿sabés?... un clú de hacha y tiza, p'agarrar empleos y p'armarnos como caiga... No te creás



que yo he dentrao, llevao como mono é gringo, ni porque tenga cara linda, sino por mis cabales... Soy del grupo diretivo, ¿sabés?, de los que van en la punta, de los que tallan, m'hijita!... Y á qué no adivinás á quién

le debo mi suerte?... Qué vas á adivinar!... Se la debo á la lengua, che, y á naide más! Figurate que dentro ayer al caf'e Manolín y conversando con un amigo me cuenta qu'en el gobierno andaban dando empleos a todo el que hablaba mal de la autoridá, porque querían prestigiarla... Claro!... Ahí no más ya l'empecé á sacudir cada chaguarazo desde Roc'abajo á todo el que caía á tiro!... Pa mí no había congreso, ni ministros, ni nada y vivíamos como entre los indios, pensando solamente en la barriga!... Habías de ver el efecto, che, fué bárbaro!

— Claro!... Te pegaron alguna patiadura!

— A mí?... Pero, che, avisá si estás durmiendo y no me tentés si querés morir de antojo... Ni bien me oyó Ravena se me acercó y le comenzó á sacudir á Pellegrini porque lo había despedido... Y ya seguimos como bicicleta, che... y de ahí ya salimos pa l'Aduana y pa los Corrales y pa todos laos... Y aquí me tenés de vuelta y con la garganta seca!

— Bueno!... ¿Pero dónde'stá el empleo?

—Pero, ¿no has entendido entonces?... Hemos formao el clú pa'blar mal del que caiga

y ya somos once juramentaos! Hay uno que dice qu'él no se calla sino lo hacen por lo menos diputao y que va'blar del general Roca hasta que l'oigan los sordos y yo... no te digo nada!...Yo v'y á ser el vengador de mi generación, che, que á causa é Roca y de sus paniaguaos se ha tenido que refugiar en las confiterías pa'cer algo, porque en el gobierno no le daban calce... Y aquí me tenés, aura, encajao en la política y dispuesto á salir de pobre!... Mirá! Yo, de cortar é cortar grande!... Si Roca quiere que nos callemos Ravena y yo, ó nos hace guardacostas ó diputaos y sino lo desprestigiamos ante la sociedá y lo hundimos... no te quepa duda, Diolinda... Hoy, como decía el pardo Ramírez, pa subir hay que hacer escalera de la lengua y nosotros no seremos los primeros, ni los inventores del sistema, pero no hemos de ser los últimos... No te me murás, Diolinda, y verás donde llegamos los que aura cres vagabundos!...

— Vas á seguir todavía?... Mirá, mejor es que te callés y te vas á dormir la mona... Sin vergüenza!

— Qué me calle? El día'el juicio... y á la tarde... Dejá correr el tiempo y verás adonde llego, che. Aquí el tiempo no es de los mudos como en Uropa, Diolinda, y al que charla lo hacen rai!...




PATRIOTISMO...
y CALDO GORDO





IRÁ, hermano... yo sé lo que te digo!... Si la historia y el patriotismo, manejaos con cierta malicia, no te pueden abrir cancha, es porqu'estás destinao á vivir de tu trabajo... Pero es bueno que tentés!... La historia...

— Como pa historia'ndo yo... que de pobre me voy quedando hasta miope.

— Pior andaba Taquito... ¿te acordás?... Bueno!... Y ya lo ves aura... Juntó platita pa casarse, se da corte hasta con Roca y es hombre que ha'segurao su pucherito y su catre!... Mirá!... P'hacer vivir á las gentes no vas a'llar protector que lo iguale á San Martín... Esa es muñeca, che!... Si aprendés á mane-

jar la vida é nuestros guerreros, reit'é todos los jueces con sus listas de remates y nombramientos de oficio... No hay caldo más sustancioso que el que toman los patriotas!

— Sí, che... pero hay que tener coraje... ¿sabés?... y cierto barniz de loco...

— Gran cosa el barniz!... Lo que hay que tener es ganas y sentir necesidá...

— La perra con el Taquito que habí'entendido la biblia... Quién ib'a crer, viendoló en la facultá, que llegase á personaje y se codiara algún día con Carranza y con Mantilla, con Biedma y Leguizamón?...

— Esos son los pichoncitos!.. Pensá en los otros más grandes!... Mirá. Cuando hizo el descubrimiento de aquella hija natural del trompa de San Martín, recién estaba estudiando y, sin embargo, se hizo de relación con López y don Bartolo, terciando en una polémica entre Groussac y Zeballos... Ya lo ves!... Qué no podrías hacer vos, que al fin sos tod'un dotor, si te metieras en una?...

— Yo, hermano, no tengo cuero pa semejantes correas...

— Porque sos sonso y te da por lo román-

tico, cosa que Taquito no tenía... Fijate!... Una mañana me lo hallo en plena calle Florida y lo convido a'lmorzar... Estaba contentísimo. Hasta llegó á interesarse por mis tra-



bajos d'estancia... Nos sentamos y, como era natural, vo'y le paso el menú... Pucha qué cambio, che!... No bien l'ech'una mirada, se paró temblando é rabia y me gritó como loco... A ver, che, vamonós d'este fondín!... Esto es un crimen!... Es un delito!... Al

gringo qu'es dueño de este tugurio, deberían secarlo en la cárcel por bandido y facineroso! Claro!... A los gritos, corrió el dueño de la casa y todos los concurrentes, y él, saltando sobre una mesa, pidió a los argentinos que s'encontrasen presentes que abandonasen la sala... No se puede comer, decía, en la casa de un canalla, que ha tenido el atrevimiento de poner entre los platos del día nada menos que bacalao á la española, siendo el aniversario del sorteo de Matucana, en que los más preclaros patriotas, pagaron con su vida su amor á la libertá!... Qué cosa bárbara, che!... Claro!... Fuimos a dar á la comisaría... Per' hubieses visto los diarios á la mañana siguiente!... Taquito fué casi un héroe y el gobierno le tuvo que dar un puesto pa medio desagraviarlo y apaciguar la opinión...

— Bueno! Perfectamente!... Yo lo comprendo todo... pero cuan'uno no puede, hermano... no puede y no hay que hacerle!

— Hay que poder no más!... Taquito es consecuente con sus locuras y es lógico en su conducta... por eso ha subido!... Hacé vos lo mismo y subirás también!... Un día lo hallo

parao en la calle, grave y serio como debe ser todo hombre que sabe qu'es importante, y lo convidé á seguir... "No puedo, hermano... Estoy esperand'un tranway... el único d'esta línea en qu'es mayoral un criollo!... No hay nada que me reviente como pagarle á un gallego para poder circular en las calles de mi patria... d'esta patria, agregó con voz de trueno, qu'es cuna de tanto prócer!" Ya ves!... Cualquiera crería que Taquito ib'a dar al manicomio y ha ido á dar al congreso y es caudillo y hombre de porvenir... Será ministro en el extranjero, senador y si me apurás mucho hasta president'é la república... Con la historia y el patriotismo, che, se lleg'a todo en esta tierra...

— Si yo soy un convencido, hermano.., pero le temo al ridículo!... Soy sonso, me dirás?... Y bueno!... Yo lo sé, pero con eso no me voy á remediar y es por lo que t'he pedido que me recomendés á tu primo... Los jueces pueden hacer mucho por los sonsos, cuando quieren!...

— Pucha que sos pavo... En fin!... No hay pior sordo qu'el que no quier'escuchar...

—Decime... Y vos sabés por qué se mudó Taquito de la casa é la suegra, produciend'un bochinche de familia?... Fué porque la señora permitió que visitas'en la casa un catamarqueñito que se llamaba Goyeneche!... No podía oir el nombre, según decía, sin recordar Vilcapujio y los versos del himno nacional: "Y cual lloran bañados en sangre, Potosí, Cochabamba y La Paz!..."

— Qué loco lindo, no?... Yo, á la verdad, me alegro de que le vaya bien y lo sigo con placer, aunque se'a la distancia... Vez pasada la fuí á ver á la hermana, con quien tengo relación, y atend'este dialoguito que lo pinta de mano máistra:

— Y Taquito?... ¿Dónde vive?... Hace mucho que no lo veo.

— Vive aquí... Ocupa la planta baja...

— Mirá... qué suerte para usted!...

— Cómo no!... Sin embargo, ahor'andamos medio mal, por causa é mi chiquilina qu'está'prendiendo el piano...

— Ah!... Lo molesta en sus estudios?...

— No! Es que la otra mañana vino el máistro y l'empezó á enseñar la introducción del

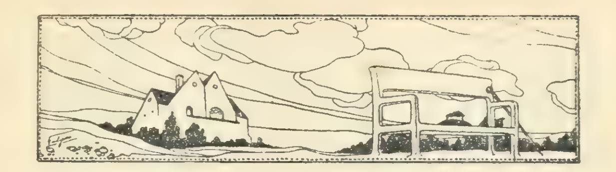
himo nacional, qu'es tan bonita... En eso estábamos, cuando de repente l'oigo que gritaba de abajo... "Che!... Querés decirle á la chiquilina que se deje d'embromar?... Vos no sabés que yo n'oigo nunca el himno aplastao en una silla? Desde hace dos horas me tiene de pie!"

— Si no es nada, che, le contesté, es la niña qu'está con el máistro! Más bien no me hubiera oído!... Vino á casa y lo puso al pobre don Domingo pior que si fuese un trapo é cocina, diciendo qu'era una indignidad andar manoseando la música de la patria y enseñando al pueblo á no tenerle respeto y que lo debían quemar por hereje y mal entretenido!

— Bueno, che... todo eso te prueba qu'es un desequilibrao!

— Y qué ganás vos ni yo con el equilibrio que tenemos?... Vamos á ver?... De qué nos sirve?... El, con sus locuras, vive y engorda, y nosotros con nuestro juicio nos morimos de hambre... Mirá, hermano... convencete! La gent'é juicio va siendo la cola'el mundo y hay que castigar pa ponerse á la cabeza, si es que se quiere andar limpio!...

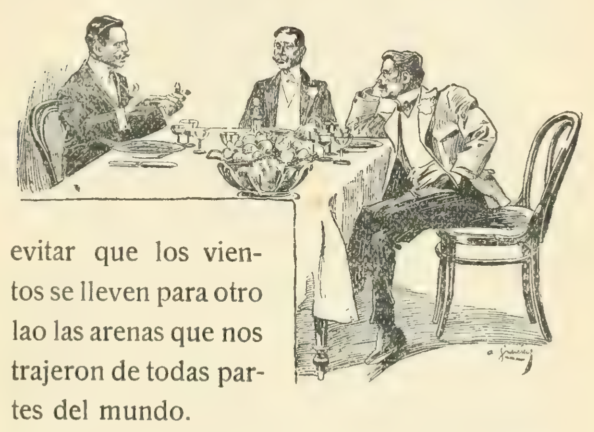

CUATRERISMO
VIVITO!



PERO si hasta parec'incréible che, que un hombre como vos, joven, rico, ilustrao, que ha viajao por toda Europa y que se tiene por miembro de l'alta vida porteña, pueda ser tan lleno é preocupaciones y de sonseras... T'estoy mirando y t'encuentro igualito á mi tía Segunda, que cuando te quiere ponderar la distinción de alguna persona, te dice, frunciendo la boca y abriendo los ojos "habl'en francés, che, como si fues'en castilla!..." Esas ideas, hijito, eran como pa tu abuelo y á vos te quedan en el tiempo de aura como te quedarían los calzones de alzapón ó la galera peluda.

— ¿Pero, qu'es lo que querés, entonces?... Que yo piense como la cocinera ó como los piones de l'estancia?... Pues no me faltaba más!... Y después, che, no te olvidés, que por algo tengo un título de abogado y que yo no puedo considerar las cuestiones, así, pedestremente, como vos las considerás... Ustedes aquí... y al decir ustedes me refiero á todos los como vos, ¿sabés?, que son un'especi'e gauchos de levita, que no respetan nada y para quienes la vida intelectual es como la pampa de antes, cuando no había alambraos, que se podí'atravesar por donde quiera, teniendo caballos y asentaderas... No tiene idea de las responsabilidades, ni se dan cuenta de lo que son las bases fundamentales de la sociedá y atropellan no más á ojos cerraos! Al pensamiento no le reconocen más límite que la fuerz'é la lengua y le pegan al razonamiento en criollo como sus antecesores le pegaban al parajero en las boleadas de avestruces... hasta reventarlo!... Vamos á ver?... Quienes son los congresales de aura pa corregirle la plana nada menos que á Vélez-Sarsfield, que cuando les dió a las mujeres los

derechos que les dió, lo hizo para que fuesen socialmente lo que son los árboles que el ingeniero Luiggi plant'aura en los médanos de Patagonia... una especie de reparo para



evitar que los vientos se lleven para otro lao las arenas que nos trajeron de todas partes del mundo.

— Mirá, hermano... dejá la sociología y vamos á lo qu'es razón... Aquí no estamos en Francia, ni en Inglaterra, ni en los Estados Unidos... ¿sabés?... sino en Buenos Aires, y entonces no tenemos pa que pensar en francés, ni en yanqui sino en criollo viejo... d'ese que al pan le llaman pan y al vino, vino!

— Qué le v'a llamar, che... si es pura falsificación y cuatrerismo vivito!... Se cuatrea

en moral, en ilustración, en finanzas, en ideas... en el diablo!... Se vive carniando ajeno y maquinando recursos pa desfigurar las marcas y poder vender los cueros! Mirá! Fijate, no más, en lo que pas'en el tiatro con las damas distinguidas del alto mundo social y te convencerás de que todo es faramalla... No van á sus localidades de la Opera cuando "Iris" sube á la escena, porque se ha dado en decir qu'es una obra zafada... pero van á la cazuela...

—Che!... Aura que hablás de tiatro... sabés lo que le ha pasao al dandy doctor Pitanga?... Hermanito!... Si es una cosa divina!... Habiendo leido á "Afrodita", que recién llegó á sus manos cuando Berutti la puso en música, le pareció distinguidísimo aquel bello Demetrios, conquistador de todas las mujeres de su tiempo, como se cre que lo es él con su fach'e tenedor para comer caracoles, y para imitarlo á conciencia llamó su barbero y se hizo dar un'afeitada de la que sólo escaparon, y eso por casualidad, la melena opulenta y el bigote aventurero... A los dos días estaba con una fiebre que volaba,

che, y han tenido que acostarlo y envolverlo en algodones...

— Claro!.. Pitanga es otro que tal, como los cuatreros del congreso y del ejército y de la política; solamente que él, inocente y petulante, lo es de la historia griega y nos llama l'atención porque rebalsa la medida y es un sonso que anda gaucho... pero ya verás de aquí á unos días, cuando se junte con los Bismarck y con los Edisson y los Spencer, como hasta vos los aplaudís y t'encrespás indignao si me sentís un chiflido!

— Bueno, che, perfectamente!... Convengo en que tengás razón, pero serás capaz de decir qu'en Europa las cosas son de otro modo?... Y qué gauchos hay allí, pa que hayan enseñao a cuatrerear á todos los habitantes?

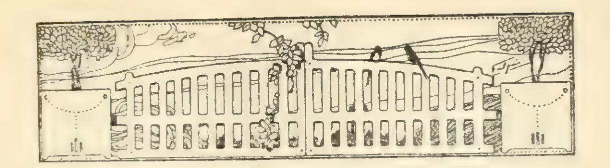
— No creás lo que te cuentan, hermano!... Las gentes allí tienen conciencia y respetan de verdad todo lo qu'es respetable... Te cres que vas á encontrar hombres de tu condición ó de tu clase social, que sean lo que sos vos... un'especie de anarquista... en ideas, porque lo qu'es con los pesos más fe le tengo al mastuerzo!...

— Esto si qu'es lindo, che!... yo creía y así se lo dije á éste, que t'iba á encontrar dispuesto pa cáirle á la Europa entera, porque llegastes á ella y ni siquiera mosquió!...

— Y vos cres que mosquió más, al verlo llegar al General Roca, ó al alegre, ex-presidente Pellegrini?... Mirá!... Allí la gente de aquí no sirve sino para dar propina y para comprar remedios y vestidos de señora... baratitos, pero que parezcan caros.




ENTRE YO
Y MI PERRO





ON la primera luz de aquella espléndida mañana de primavera y con el primer mate que me alcanzaba á la cama la vieja sirvienta calabresa, que sabía cebarlo como poquísimas criollas, teniendo la tradición de los grandes maestros en el arte tan difícil en realidad como simple en apariencia, llegó á mis oídos la noticia desagradable.

—Siñore!... Lu pochocho s'isscapó... S'antretenib'a la porta é se n'andó.

— No importa, le repliqué con fingida seguridad. Estamos en primavera, ¿sabe?... y al pobre perrito se lo habrán arrastrado sus instintos perversos, Dios sabe adonde... Ya volverá...

— Ma no te olvidés, padrono, de li asasin monichipali... Prendono i perriti á la matina, é due ore dopo ne tiresta ne la memoria!...

— No!... Ahora ha de volver...

Y á pesar de mi seguridad, una extraña desazón se apoderó de mí, obligándome á salir de la cama y llevándome hasta el balcón, ansioso de inquirir algún dato tranquilizador. Pasaban por mi mente, en confuso tropel, ideas terroríficas y cuentos de perritos desaparecidos sin remedio, máxime cuando los protagonistas, como el mío, eran deudores morosos de la municipalidad, por el impuesto de patentes, y estaban expuestos por ello á una ejecución perentoria como defraudadores del fisco. Miré á lo largo de la calle, escruté la vecindad, aparentemente tranquilo, y no encontré ni sombras de una huella. Seguramente iría ya camino del depósito de perros vagabundos ó de la grasería en que dejan su beneficio á la humanidad de su tiempo, ya en forma de manteca ó de botas, carteras ó cinturones, aquel cuya existencia me preocupaba.

De repente se abrió la puerta del conven-

tillo frontero y salió pacíficamente á la vereda el viejo perro sarnoso del remendón que me atormentaba diariamente con su incesante



martilleo y su canto destemplado. Dió algunas vueltas tosiendo, pues además de viejo y sarnoso y cascarriento, era asmático, y se

sentó gravemente con el muñón de su cola extendido sobre las piedras. Yo lo observaba comparándolo con mi foxterrier, blanco como un copo de nieve, y me decía:

— Lo que es la vida, amigo!... De cuántas aventuras peligrosas habrá escapado esta inmundicia de perro de zapatero, que ya no será charquiado por nadie?... Sin embargo... para haber llegado á tener la facha que tiene, más le valiese que lo hubieran ahorcado hace algunos años!... Qué placeres puede guardarles la vida á perros de semejante catadura?... Y como en ese momento lo mirara, ví que se ponía de pie, paraba las orejas y trataba de ver algo que sus ojos no veían, seguramente, pero que su instinto le anunciaba, y siguiendo la dirección de sus miradas, apercibí, allá á lo lejos, una cuadrilla de ocho ó diez perros de todo pelaje y alzada, que corrían jadeantes detrás de una perrilla calavera, que, haciéndose la temerosa y la esquiva, los excitaba en sus empeños.

Por la vereda venía mi perrito, apartado de la cuadrilla, pero corriendo á su lado con verdadero entusiasmo. Con su cola en alto,

su lengua fuera de la boca y el cuello y el lomo salpicados de pintas rojas, reveladoras de los combates que había librado con sus rivales, pasó por frente al balcón como una flecha, no sin lanzarme una mirada de soslayo, como diciéndome:

— Espérese!... Vuelvo!... Esto no es cosa de perder tiempo!... Usted sabe lo que son necesidades...

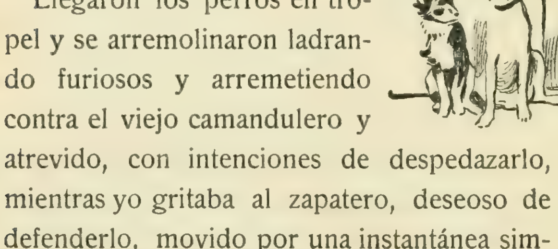
Y pasó como un torbellino la perrada jadeante, mientras el pobre viejo tosía en la vereda y se lamía los rígidos bigotes como diciendo ante aquella visión de lejanas épocas pasadas, pero queridas:

—Ah... mis tiempos!... Si no fuese esta tos del diablo, ya les enseñaría yo cuántas son cuarenta y cinco á todos esos macacos!...

De repente, la perrilla, volviendo sobre sus pasos, desembocó en la cuadra y tomando por la vereda donde se hallaba el asmático protestador, siguió su carrera desenfrenada, habiendo dejado muy atrás á la turba de sus adoradores.

Él viejo la vió venir y permaneció impasible en apariencia engañándome á mí mismo

que lo observaba, pero cuando la tuvo á su alcance se transformó: se le concluyó la tos, le brillaron los ojos entre las tupidas cejas, y sus manos tuvieron fuerzas todavía para sujetar á la incauta y empujarla hacia el zaguán de la casa, previendo la cólera irreflexiva de la juventud, que la seguía, y que ya doblaba la bocacalle prosiguiendo la persecución interrumpida.



Llegaron los perros en tropel y se arremolinaron ladrando furiosos y arremetiendo contra el viejo camandulero y atrevido, con intenciones de despedazarlo, mientras yo gritaba al zapatero, deseoso de defenderlo, movido por una instantánea simpatía:

—Che!... Zapatero!... Defienda á su perro, que es un tigre!...

Y terminado el ruidoso suceso callejero, el fugitivo volvió al hogar y nuestra vida siguió su curso de siempre, borrándose de mi memoria el incidente, hasta una mañana en que un hecho en apariencia insignificante me lo recordó, probándome con la elocuencia de

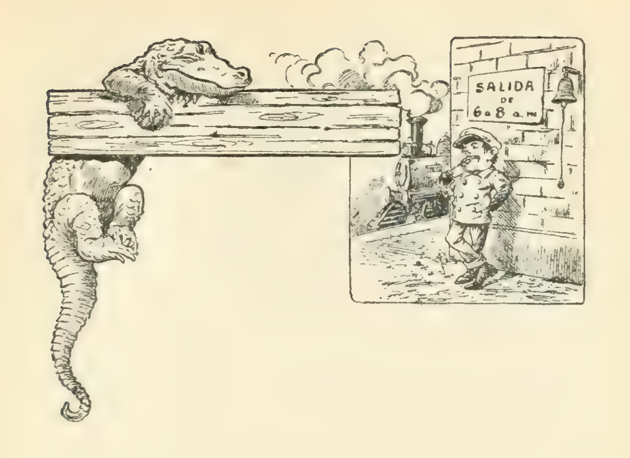
los hechos, que hasta los perros conservan memoria de los sucesos desgraciados de su vida.

Entraba el invierno y tomábamos el sol, mi perro y yo, en el balcón de la casa, cuando de repente aparece en la vereda de enfrente el viejo del remedón. Verlo mi perro, erizarse y echarse á ladrar furioso fué todo uno: quería salir del balcón y atropellarlo. El viejo vencedor lo miraba impasible é indiferente:

— Cállese, le dije yo á mi perro... Joven petulante y rencoroso!... No tiene vergüenza de querer vengarse de un pobre viejo que le enseñó á vivir?... Agradezca y aprenda para algún día... que también le ha de llegar, si no se muere... que más vale una aguja á tiempo que una máquina de coser!




DE VUELTA DEL
PARAGUAY



UNQUE los diarios no lo hayan anunciado en sus crónicas sociales, yo he regresado á Buenos Aires y, por desdicha mía, ha coincidido la vuelta con las Pascuas de Navidad y los festejos de Año Nuevo, lo cual equivale á decir que también me han ligado felicitaciones y saludos, no por mi llegada, así, sin noticias previas, sino por haber presenciado, como cualquiera, la agonía y la muerte del 1902 y el trabajoso nacimiento de su sucesor, al cual tendremos que vivirnos todavía, sabe Dios en qué forma ni de qué

manera. En fin, sea como sea, el hecho es que yo estoy de vuelta, cargado de recuerdos y de impresiones y que como corresponde al carácter de un periódico moderno, el director de éste se ha demostrado tan adelantado, que llegado el caso de veranear, lo ha hecho antes de comenzar la estación.

¡Cuán provechosos son los viajes para la juventud y cómo desarrollan la observación, el tacto social y el instinto de conservación!

Esto lo pensaba durante una tibia mañana tropical en la estación central del ferrocarril del Paraguay, mientras esperábamos con mi compañera la partida de un tren que debía conducirnos de la Asunción á San Bernardino, y que estaba anunciada de esta manera: salida de 6 á 8 a. m.

Sin embargo, como hubiesen sonado las ocho y media y no viéramos ninguno de esos signos característicos, precursores de la salida de un tren en cualquier parte del mundo, resolví iniciar una pequeña investigación antes de formular un juicio definitivo, á propósito de la exactitud, en idioma guaraní.

—Señor!...—le dije al jefe de la estación,

que quizás para dilapidar un poco la abundante riqueza del país — el sueño — se paseaba lentamente en el andén... — El tren para San Bernardino saldrá más tarde... todavía?

— Sí, señor... Ahora no más va á salir!... me contestó con el dulcísimo acento regional, y agregó bondadosamente á guisa de disculpa por el retardo... estamos esperando á mi compadre don Bautista — ese boticario gordo de la calle de Palmas, frente al mercado — que va á su quinta de Paraguarí... Es un hombre buenísimo, señor... Yo soy el padrino de óleos de la menor de sus hijitas y el me sacó de la pila al mayorcito de mis nenes...

La llegada del aludido fué punto final de la instructiva relación amistosa y pronto respiramos las frescas brisas del balneario paraguayo — la laguna Ipacarahy — cuyo manso oleaje parece adormecer á los yacarés y estimular con el colorcito de sus aguas la sed insaciable de los colonos alemanes establecidos en sus orillas, haciéndoles consumir con entusiasmo la cerveza de su propia fabricación, que, á no ser así, tendría que consumirse á sí misma.

—Vea, señor hotelero... No podemos bañarnos en esa casilla que nos ha dado...

—No?... ¿Y por qué?... me respondió el buen hombre, un poco sorprendido de que halláramos una dificultad, nada menos que en el mejor balneario de la República del Paraguay.

—Primero... porque se ha instalado un yacaré precisamente á la entrada del baño.

—Bueno!... No le hagás caso... Ese se ha criado ahí desde pichón...

—Y luego porque se nos ha metido en la casilla un hombre borracho y se quiere desnudar junto con nosotros...

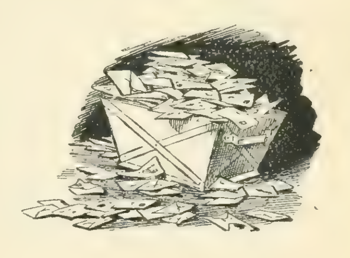
—Ah!... Bueno!... No le hagás caso tampoco!... Es el capataz de la cervecería... Ese está acostumbrado á bañarse hasta con la familia del presidente...

—Claro!... No paramos hasta Montevideo, y me parece sentir todavía sobre los labios el escozor de la brisa marina, cuando sopla del Este y en los ojos la cosquilla deliciosa que producen las uruguayas... sea cual sea el viento dominante.

Aquello si que es vida y no esto de aquí, en que uno, atosigado por los versos y las felicitaciones, no encuentra punto de reposo!

En la tierra vecina, la existencia no es una carga sino el día en que hay extracción de lotería, pues todos los habitantes, sin distinción de sexo ni de edad, ofrecen ceremoniosamente á los extranjeros el "último numerito que les queda".

Un comerciante holandés con quien departía una tarde, me informó que hasta el presidente Cuestas era billetero en sus ratos de ocio y que ya había repartido varias grandes entre el sacerdocio y la milicia, clases en las cuales tenía mayor número de amigos.

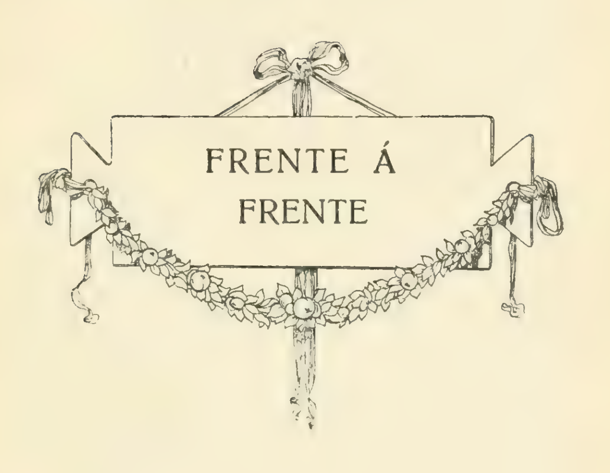


Y quién me diría ahora, al verme en mi oficina pegando sobres y escribiendo tarjetas, que soy yo aquel mismo mortal que pasó tan lindas horas haraganeando y escapó con vida de un viaje de recreo porque Dios, tal vez, no lo alcanzó á ver bien á la distancia!

¿Por qué no me sucederá algo así como lo que le sucede al candidato oficial á la presidencia uruguaya?

Tiene dos personalidades, una escrita — Mac-Eachen — y otra hablada — Maquica — y gracias á esa particularidad desorienta á los orientales más rumbeadores... aunque dudo que ni con eso fuera capaz de escapar, entre nosotros, á las asechanzas de la propina y al goce inefable de la felicitación.




FRENTE Á
FRENTE





I es con dinero, che, que buscás ser ayudado, haceme el favor de ni siquiera pensar en Enrique... Se le va á enojar deveras y ya sabés el geniecito que tiene... A mí misma me desconocería!...

— Basta, che!... Basta!... decile que no se enoje y que cuide su salud!... Su cuñado Raúl lo conoce demasiado, para ser capaz de acercarselé con propósitos hostiles... Y haga patria uno con semejante familia... Los cuñados, conforme se para uno en el zaguán, empiezan á echarle los perros y las hermanas no te digo nada...

— Vos sos injusto Raúl!... Acordate lo que

ha sido Enrique con vos y que si aura te desconfía, sus buenas razones tiene...

— Historia antigua, che!... Macanas!... A una simple calaverada de muchacho, le da una importancia y un retintín... Psch!... Decile que no embrome, che... que el jueguito es conocido.

— No te digo que no... pero la culpa la tenés vos que sos un tarambana y un ocioso!...

— Bueno!... Mirá!... Dejemonós de filosofía y vamos al grano... Escuchame con atención que la cosa es seria, Edelmira!... Lo que yo ando buscando, sabés lo que és?... Bueno... Hacerme una plataforma para ver si me caso como la gente!

—Vaya!... Y contra quién... dirigís tus tiros?

— Todavía no he apuntado, che!.. Ando con el arma cargada no más y tengo la intención de no tirar sino sobre algo seguro y que medio valga la pena... Por lo pronto, necesito darle cierto relieve á la persona, comenzando á figurar en el mundo social con visos de personaje... ¿sabés? y es para eso que lo vengo á ver á Enrique... Quiero que los amigos me obsequien con un banquete, con motivo de mi llegada de Europa.

— Cómo de tu llegada de Europa?...

— Es figurado no más, ¿sabés?... Es un pretexto para dar la noticia en todos los diarios como hacen muchos... No me voy nada, pero llego... ¿Comprendés?... Bueno!... El



banquete no tengo interés de que se realice tampoco, pero sí de que se diga que me lo dieron... Ya tengo cinco ó seis firmas de lo mejor, para iniciar el movimiento y conforme cuente conque él no se meterá á andar con rectificaciones y con sonseras... ¡Zás!... largo la noticia de que suscriben la invitación los

señores tales y tales y comienzo á festejar á la muchacha que le haya echao el ojo... Así hizo Fermincito Covarrubias y la cosa le salió como de molde. Fijate qué bolada para una muchacha que no halla quien le afile, toparse con una simpatía que es nada menos que un mozo recién llegado de Europa y á quien le dan un banquete!... Claro!... La cosa pega como con goma y se viene derechito!

— Sí!... Pero vos sabés que Enrique es enemigo de farsas y que no se va á prestar...

— Ya sé y es por eso que lo busco!... Además es necesario que figure algún pariente, por el efecto moral... Lo que es para acompañar tengo firmas de primera... Don Mariano Unzué, el doctor Pellegrini, el General Capdevila, el ministro González, el doctor Benjamín Victorica...

— ¿Y quién te ha proporcionado esas relaciones?... Cómo has hecho para tener su consentimiento?...

— Ahí verás, che... que tu hermano no es tan lerdo!... Los he ido sacando de todos los banquetes en que figuran y he descubierto que les agarran el nombre y se los ponen no

más!... ¿Qué se van á ocupar ellos en andar rectificando, si ya están acostumbrados?... Cuando más dirán, ¿quién diablos será este Raúl?... y después se olvidarán de la cosa...

— Enrique no va á querer, che!... Yo lo conozco y sé que le va á dar una rabia grandísima...

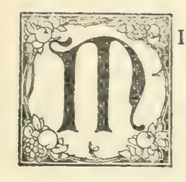
— Bueno!... Mirá... Eso á mí no me importa un pito, ¿sabés?... Lo único que yo te pido es que no lo dejés que haga rectificaciones, si llegase á ver su nombre al pie de la invitación... Decile que se haga de una vez hombre de mundo... que se temple á la moderna y se deje de todas esas ideas rancias y de esas macanas que le dan estructura de loco... Yo soy un buen muchacho, che... que lo único que necesita es campo para volar... Pedile que no me corte las alas!

— Bueno... che!... Perfetamente! Pero, y si me dice que nó...

— Lo meto en la lista no más... y me hago el sonso!... Con decirle que no he sido yo el que lo puse... ya está... Aquí hay que hacer como los políticos y no hay vuelta... che! Al que le gusta, que se ría, y al que no, que tome quina y piense que es chocolate!


ENTRE GENTES
DE CONFIANZA





Mi querida Ernestina: Te escribo apurada para hacerte saver que recién acavamos de yegar de Lomas y que estamos muy buenas de salud. Mamá á perdido completamente aquellos mareos que le daban y tuvo que achicar la bata como tres sentímetros porque con los aires del campo perdió como medio kilo. Yo no puedo salir todavía porque acabo de vagar del tren y estoy desnuda. Nos vinimos con lo puesto porque el equipaje se lo dejamos á mi tío para que él nos lo mande despacio. Si vieras como he pasado estos quince días que no nos bemos. Encontré un cimpatía que es bastante buen mozo y después te contaré. Es un mozo de ogos asules, que está muy bien

empliao en el jujao de pas y dice mi tío que es de porbenir y muy serio. No te escribo más porque el muchacho está esperando y no quiero demorarlo. Ernestina, dise mamá que te pide como un cerbisio que le digás por el teléfono á ese amigo tuyo que puso el otro día la noticia de que nos íbamos, que lla emos buelto y estamos aquí y que este año pensamos dar algunos resibos á las relaciones festegando la entrada del inbierno. No te vallas á olvidar y decile el nombre de nosotros bien, para que no ponga en la noticia que somos la familia de Mogarrita que es el apellido de papa, que es tan feo, sino de Lagos que es más conocido y es el de mama. Dice mama que le digás tanvien que hemos sido muy osequiadas por lo megor de Lomas y que nos visitaron mucho, porque mi tío es allí muy querido y que el gobierno le debía de dar algún empleo bueno, bisto lo bien que se ha portado. El corría con las luces del corso y nadies tubo nada que decir. El pobre es mui bueno y me va ayudar para que me bisite el moso de que te hable mas arriba. Se disfrazó de Juan Moreira y otra noche de Cocoliche y

nos hiso reir con las ocurrencias que nos digo. A mí me digo que desde que me había visto, le paresía que tenía un hormijero en la naris en italiano arebesao le salió muy gracioso. Yo creo que me quiere, porque se paso las tres noche con nosotros. Es afisionao á la bisicleta



y sacó á Juan Moreira y á Cocoliche montado en bisicleta por lo que todo lo aplaudían. A mí me digo un berso muy lindo. Cuando nos veamo te contare de otra cosas. En Lomas estaban las de García que dijeron los diarios que se iban á Mar del Plata. Bibian en un casita de las orilla alquilaban una piesa para

todos y decian que eran sobrinas del presidente y que no podían quedarse sino hasta el gueves después del entiero, porque tenian que ir á resibir á Marselo de Albiar. Que te parece lo que son la notisia de los diario, ya no se puede crer las notisias que dan sobre la bida social con las mentiras que disen. A mí me encontraron en la plasa y se icieron la que no me conocían pero yo me les acerqué no mas y entonces no sabían que hacer con nosotras. Nos digieron que estaban con un enfermo que creían eran tifos para que no las bisitaramos y supieramos como bibian amontonadas. Juanita trago un bestido rosa de bolado en forma y manga de farol y María Ester un sombrero muy lebantado de atras y bago de adelante.

Parese que á Juanita la festega un provinsiano y que se casa. Ay algunas que tienen suerte y saben mariar los moso así que no es estraño. Dice mama que te pide que no te olbidés de la notisia de la yegada de nosotras y que hagás costar que somo las de Lagos y no de Mogarrita como digieron. Si tenés algun ratito venite á conbersar. Ya me conta-

ron que el ofisialito aquel de los bomberos, andaba pasando siempre y que te habia escrito. Me contó Laurita en la estación Constitución cuando yegamo y ella iba para Adrogue. No le vas á contestar, acordate de lo que me paso a mi con aquel dependiente por aberle contestado, que después les mostro a todos los amigos y tata mimo lello mi carta en el cafe, ensenada por el y se la tubo que quitar y romperla dándome un reto grandísimo...

— Niña!... Si no v'acabar, v'y a espumar el puchero.. ya retirar l'olla'sta que vuelva... si acaso me v'a mandar!

— Y recién te acordás... condenado?... Vas a ver luego con mama... Ya verás la que cobrás!... Llevale esta carta a Ernestina y se te pregunta cuando llegamos, decile que recién entramos...

— Y quién espuma el puchero?... Mire que la niña vive lejos... y no v'y á venir á tiempo!...

—Andá no más... y apurate!... Mirá... Si te pregunta qu'estoy haciendo, no le digás que cocinando... decile qu'estaba en el pia-

no!... No te vayás á olvidar... eh?... Y fijate, así de paso, á ver lo qu'está haciendo ella...

— La pucha que tiene vueltas el oficio é cocinero... en estas casas de ricos!... Uno es casi com'un estuche!




DE BAQUET'A
SACATRAPO





Lo siento... caramba!... Lo siento en l'alma, pero no va'aber más remedio!... Yo v'y á tener que dejar de ler los diarios si no quiero reventar de un sofocón el día menos pensao!... Sí, señor!... Nada menos que yo, Juan Antonio González, el hombre más letor que ha'bido en Buenos Aires, v'á tener que privarse de hacer su gusto si no quiere desertar del pellejo en que lo rebotó su mama, como decía el finao Apolinario!... No!... Lo qu'es este número me lo guardo ni a'nque me queme el bolsillo y no paro hasta que no se lo muestre á medio mundo y le pueda decir qu'este señor don Ruperto Cortabarría que ha dao un baile en su casa,

al que han asistido todos los copetudos de la ciudá, es aquel mismo Ruperto qu'el infrasquito supo tener de pión en la call'e La Piedá y que se formó á su lao... Mire qu'es chancho el mundo y que pega vueltas y trompezones!... Quién le diría á la misia Rosario Llavero de Cortabarría, que aura le ponen *Ll.* de Cortabarría — pa'acer crer á los abombaos qu'es alguna Llavallol — qu'iba'ndar pisando alfombras, ella, que sabía chapaliar l'agua conque lavaba las pilas de frascos vacíos p'al anís falsificao? Y á mí?... Quién me diría cuando salía pa la



bolsa en mi coche propio, hech'un brazo é mar, ó cuando jugaba mis truquitos en el Progreso, qu'iba'llegar un día en que recostao en una pila é cajones me pasaría las ho-

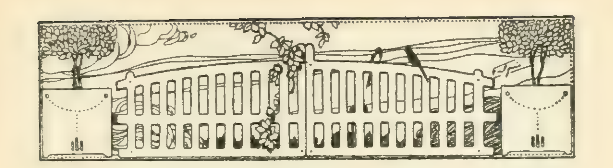
ras renegando y tomando el sol!... Bah!... Y Rosario ha'e tener hijitas lindas y diablas, porqu'ella a'nque'ra lavadora e frascos tenía unos ojitos y un gestito y un modito é caminar cuando s'empaquetaba los domingos, que hast'á mí, con ser qu'era el patrón de su marido, me sabía envidar hasta la falta!... Yo no agarraba, porque nunca me gustó revolcarme en la ceniza... pero tuve tentaciones... caramba si las tuve!... Y pa qué lo v'y á negar?... Si me quedé con el punto no fué por irme á la pesca, sino por no traicionarme. Como pa escuchar chiflidos andaba yo en ese entonces con aquella campanita que hast'aura me toca á fuego!... Amigo con la Enriqueta, que me supo cortar grande!... Bueno; pero también hay que convenir en qu'era d'esas mujeres que no conocen el yelo, no digo ya ni pintao, sino vivito y coliando!... Qué ojos y qué boquita y qué cuerpo... Si era un verso caminando y creo que hasta difunto me ha de seguir su cadencia... a'nque ella l'aiga olvidao!... Y es cochino el Ruperto hasta darle con un palo! Nunca me olvidaré de la mañana en que fuí á verlo después de mi quie-

bra y cuando ya'abía puesto su Ropería del Carretel... Ni bien le hablé de mi estao, me comenzó á sermoniar y conforme me descuidé me largó como por un tubo, pataliando y sin darme calce... Bueno!... Y á mí que me va ni que me viene con que Ruperto dé bailes ó dé velorios?... Qué m'importa, vamos á ver?... Acaso yo m'indino por mí, tampoco?... Si me da rabia es que soy argentino, criollo d'esta ciudá y que me revientan las confusiones y las mescolanzas!... Aura'ndamos aquí como cajón de turco y ya la gente ni se conoce... Hombres como yo, que son hijos de buena familia y qu'en su tiempo han sabido dragoniar á lo mejorcito que pisaba la cancha, andan rajuñando en las veredas pa ver si agarran un pan y si se descuidan los revienta el coche de alguno que fué su pión... A mí?... Sí!... Lindo lo va'poner la suerte al que me quiere empardar... Yo no soy d'esos mansitos que los ensilla cualquiera y ya salen al galope... Yo'e corcobiar el día que muerda el freno, como se lo dije ayer á mi compadre García en su misma oficina... Ve?... Ahí está otro pa'yuntarlo con Ruperto... Un cualquiera,

nieto de un gringo zapatero que ganó unos pesos pa que los bambolleros de los hijos se metieran á gente, sin fijarse que andan jediendo á cerote!




DESPUÉS DEL
RECIBO





EJAM'HIJITA!...— exclamaba doña Prudencia, de pie en los últimos peldaños de los treinta que formaban la escalera de la casa de su sobrina. — No me hablés... que vengo con la garganta seca y n'oigo ni una palabra!... Dios me livr'y me guarde de volver á semejante visita... Se fueron báules, che, y han vuelto petacas!... Con esto te digo todo!

— Pero mi tía... si yo no sé ni de dónde viene!... Esperesé!... Saquesé la gorra...

— No hijita, dejame así no más!... Mirá... Haceme servir más bien una tacit'e caldo, si tenés á mano... ó mejor un matecito, che!... Qué cosa bárbara las tales Pitaguascas!... Pa

qué me habré metido á visitarlas?... Aura, m'hijita, después de lo que me ha pasao, les hago una cruz á todas las que vuelven de Uropa, ni a'n'que les pongan noticias en los diarios y digan que han visitao á las reinas y á las princesas!... Querés crer que Ramona me acompañó hasta la puert'e la sala y allí m'hizo una reverencia como si yo fuese alguna condesa qu'iba á visitarla y me largó á pata... con este romatismo y sin decirme ni siquiera el trangüe que tenía que tomar?...

— Bueno, mi tía... pero usted ha hecho mal también en irse á meter de visita en lo de Misia Ramona...

— Mal?... Y por qué?... No las he visitao siempre hasta que se fueron pa Uropa y no me trataban antes como me correspondía no solamente por mis años sino por ser la viuda del hermano de su marido?... Bastantes tortas de tape nos hemos comido con mate, sentadas frente á la puert'e la cocina!... A'n'de se ha visto que porque haigan estao dos meses en París, ya se van á olvidar hast'é la parentela?... Mirá que antes m'ib'a dejar salir Ramona sin darme siquiera p'al trangüe y sin

convidarme a'n'que fuese con un matecito!... Estas de aura, son cosas de las muchachas, que l'han trastornao con sus lujos y con sus modas, che... Mocosas atrevidas!... La muert'el



padre no les ha servido sino pa que agarren al destajo los pesitos que les juntó y todavía las he de ver arriand'ovejas en algún puesto é mala muerte, como la he visto tantas veces á su madre... porque Ramona, m'hijita, a'nque la veás aura con tanto ringorrango, montaba hecha hombre en cualquier mancarrón y se largaba por esos campos con la pollera como chiripá... Y aura quien la ve metida á pelo colorao, cuando tiene las cerdas como cepillo... y con el pescuezo, qu'era una cola'sada

por lo negro y por lo seco, pintao de blanco y hasta con venas azules!...

— Pero que le han hecho, mi tía... qu'está tan enojada?

— Enojada no, che!... Lo qu'estoy es resentida como argentina, con todas esas mamarrachas que siempre se han llenao la barriga con galleta y mate amargo... y eso cuando tenían... y que aura no toman sino té con bizcochitos de ala é mosca... Fijate!... Llego á la casa y m'entro sin golpiar, como siempr'he tenido por costumbre; pero cuando subo, me topo arriba é la escalera con un gringuito todo afeitao, qu'estaba é centinela y que pela una bandejita de oro y me la mete por las narices pa qu'echara la tarjeta... Mirá yo con tarjetas, che!... And'e estaremos?... Le dije despacito, porque noté que había gent'en la sala y no quería hacer ruido, que yo ib'a pasar al comedor y que cuando saliese Ramona le avisara... Si vieses la cara que puso y los ojos conque me miró!... Parecía que le hubiese propuesto ir á robar el Cristo é la Catedral, che!... En eso veo que se levantan dos paquetonas de las qu'estaban de visita y

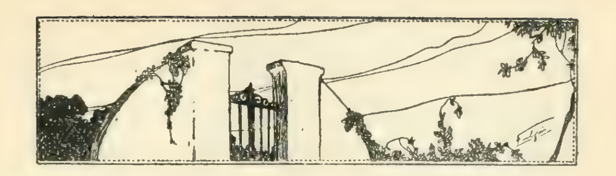
qu'eran nada menos que las hijas de don Pepín, aquel verdulero del mercao Comercio que m'hizo que le sacase un hijo é la pila, allá p'al tiempo en que mi marido era ispetor y que son unas gringuitas conocidísimas!... Claro!... Quise saludarlas pero no tuve tiempo porque parándose frente á la escalera se hicieron unas cortesías con Ramona y las hijas, dando como unas sentaditas sobre los garrones y largandosé la cola pa lucirla, haciéndose las que la dejaban p'agarrarse de la baranda salieron muy orondas... Ni me miraron, che, y pasaron por junto á mí embebidas en los trapos... La saludo á Ramona y á las muchachas, que me recibieron, no como antes, con aquellas esclamaciones y aquellos agasajos de la gente criolla, sino con una sonrisa con mostrada é colmillo y un apretón de manos con el brazo tieso como pa ensartarte si acaso querías besarlas... y ya me dió un sofocón, che... No sabiendo que decirles después de los saludos me acordé de las gringuitas de don Pepín que aura andan tan alcotanas y que yo había conocido roñosas, comiendo los desperdicios del mercao... y no me contestaron

ni una palabra, che!... Aquello no era una visita sino baño helao y me salí ligerito no fuera que me agarrasen á escobazos...

— Hizo mal, mi tía, en ir á decirles esas cosas, también!... Para que andar así... recordando la vida pasada?...

— De gusto!... P'hacerlas rabiar y morderse la cola, por mamarrachas y por sonsas!... Quisiera que levantase la cabeza mi cuñao, pa que viera en un recibo la familia'e su apellido... él qu'era tan criollazo!... Nunca me olvidaré del reto que le pegó á Ramona, una vez, por meterse a'ndar hablando con dicionario y queriéndolo'bligar á qu'hiciera lo mismo... Estábamos en rueda y él contaba que por no haber pagao un compadre suyo la sepultura é la mujer, cuando se le venció el plazo, echaron los güesos al osario... Si vieras la cara é Ramona cuando le oyó decir osario con toda aquella boca que le había dao Dios al pobre... y la de él, cuando ella, con su vocesita é flauta, le dijo haciéndose la fina: "No es osario, Miguel... sino Osorio!... Tené cuidao... pa no pasar por lo que no sos!..."


¡VIVA CHILE... Y
SIGA EL BAILE!



A chancha y pa puerca, che, la suerte mia!... Mire qu'irsemé los chilenos nada menos que cuando se vienen los fríos y dejandomé á la intemperie!... Si parece una maldición, amigo!...

— Per'hombre!... Esto sí qu'es lindo!... Si quedrás que los güespedes se quedaran hast'el día 'el juicio final?

— Y cómo no?... Gente tan buena y tan simpática!... Yo ya'bía'prendido á decir "puj'hombre", "al tiro" y "donde Concha"... como si fuese oriundo de las orillas del Mapocho y les había entrao, hast'el estremo de que Vergara me decía las otras noches "vengasé conmigo, cabaiero Rodríguez Ese" — pues yo,

para chilenarme mejor, me agregué la inicial de Salsicha, qu'es el apellido é mi madre — "y haremos una vist'a la tierra"!... Es una verdadera lástima que nos hay'abandonao esta gente y no m'explico porque no se ha pedido á la delegación que se quede siquiera un mes!... Qué banquetones, che, todas las noches!... Y después los habanos y los licores y la charla!... Te aseguro que yo he'ngordao... y del ñato Tripita no te digo nada!



—Qué me contás?... Con razón me dijieron que no se te veía por el jujao hacía como diez días y que á tu cuarto ni pisabas...

— Pues hubies'estado lindo que me costeara hast'allá, teniend'un espléndido alojamiento en el Royal... hasta con ropa para mudarme! Y después no nos daban alce los güéspedes, che!... No ves que dragoniábamos de periodistas, d'estancieros, de rentistas y teníamos que andar por allí no más?

— ¿Y ustedes de qué dragoniaban?

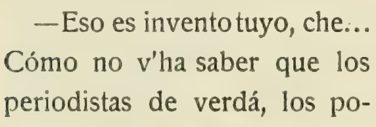
— Yo de chileno criao aquí y Tripita de redator político... pero había muchísimos otros...

— Y cómo fueron á colarse en la comitiva, che?... La gran perra, si yo l'hubiese sabido!...



— Ahí tenés!... Fuimos á la intendencia á pedir dos entradas p'al puerto el día de la receción y uno de los empliaos oyendo á Tripita qu'es medio gangoso p'hablar, lo tomó por chileno y le preguntó si éramos recién

llegaos. Fijate que bolada, che!... Claro! Ahí no más nos dieron un palco de honor haciendo arriar á la policía por mistificadores á dos chilenos verdaderos!... Si era de perecer de risa, lo mismo que cuando en el baile del Jockey, un senador, pa mostrarme su viveza é criollo diablo, hizo echar á la calle á un pobre reporter qu'iba con invitación de su diario á ganarse la vida y á mí me acompañó hast'el comedor, diciéndome con su vocesita é nervioso: "Mire, la facha del periodista... sin frac! Es un escándalo lo que sucede con los colados, chileno amigo!"



—Eso es invento tuyo, che... Cómo no v'ha saber que los periodistas de verdá, los pobres bichos que honradamente cambian su salú por el mendrugo miserable, no tienen el aspecto rozagante y florecido de los que viven del cuento?... Eso es macana!

— Qué v'a saber hombre?... Si él á fuerza de cernirs'en las nubes ya no se acuerda de lo

qu'es la tierra! Mirá!... No hay bicho más cruel con sus semejantes qu'el hombre que l'ha calzao!... Nosotros éramos como treinta, que andábamos con fraques alquilados y si vieras cómo nos trataban nada más que por la colita é pato! Todos se desvivían por agasajarnos y á pesar de sospechar qu'éramos casi zanagorias, nos obsequiaban y convidaban á cuerpo é rey... Cuando entrábamos á una mesa é lunch hacíamos repeluz de lo que caía y si vieras como nos trataban los mozos y los capataces porque rompíamos copas con el apuro y tirábamos al suelo hasta las fuentes de masas... Por poco no nos abrazaban de contentos lo que les agrandábamos las cuentas y les dábamos ocasión para salarlas!... P'andar bien con ellos, hay que hacer eso y ni escupir en los restaurantes donde se banquetea en detalle... Tan sonsos que son los empresarios!



— Y entonces toda esa gente que se veía

en los teatros siguiendo á los chilenos, eran puritos com'ustedes?...

— Y si no... Habí'algunos del sonsaje, que caían á visitarlos por curiosidá, pero no podían con nosotros que ya éramos de confianza... y lo sacábamos peinando!... Una tarde llegaron unos cuantos periodistas de verdá y nosotros apenas los saludamos con la cabeza... así... como á inferiores. Cuando se fueron, Tripita tuvo la osadía de decirles á los chilenos qu'eran pinches de los diarios que venían quizás á ver si les hacían algún regalito!... Mirá, hermano! Sabés que me he convencido de que aquí no hay nadie que pueda más de lo que puede un cola é pato? Yo conforme tenga unos pesos, me le afirmo á uno de moda y dejo é ser ave negra!... Quién sabe si todavía no me ves de personaje!...

— Sí, che!... Pero si lo lográs, no vayas a'cer conmigo alguna barbaridá porque me veás de saquito...

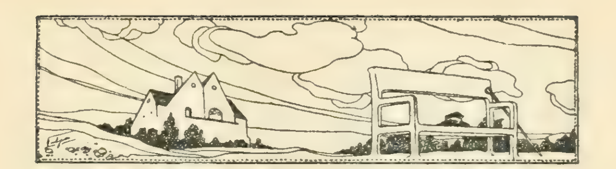
— Conque te gusta ser gente, no?... Bueno! Entonces trasformate, hermano... y seguí la corriente... Si no servís para otra cosa, servirás para comparsa... Comprate un frá y unos guantes y ponete en condiciones...

— Lo que dudo, che... es que vuelv'a presentarse otra bolada como esta...

— Ah! Tenelo por seguro... Ya como ésta, ni pintada... pero el asunto é la confraternitá es cosa que v'a durar. No ves que el comercio y los empliaos ya le han tomao el gustito y an'que las otras naciones no se comparen con Chile, las tenemos que osequiar?... Lo qu'es yo, v'y a'prender para oriental y un poco pa paraguayo y vas á ver qué papel cuando llegue la ocasión!




EL CAZADOR
DE TIGRES





ME lo habían señalado como tipo digno de estudio, pero diversas circunstancias habían obstaculizado una entrevista durante el verano y, al llegar el invierno, se ausentó de la ciudad, quizás á alguna cacería de tigres, de aquellas que formaban su especialidad. Una tarde me avisaron su regreso y fuí á buscarlo en la confitería que frecuentaba con regularidad casi cronométrica.

— Buenos días, amigo...

— Buenos... dijo el hombre, alzando la cabeza más cómicamente calva que he visto en mi vida y mostrándome el chirlo rojo que le cruzaba la frente y del cual me había ha-

blado mi informante diciéndome que era el zarpazo de un felino.

— Me dijo mi amigo Gutiérrez, que usted era cazador de tigres...

— ¡Perfectamente!... ¿Y qué hay con eso?... Y se sonrió sin la menor vanidad por su belleza personal, pues de haberla tenido, no hubiese exhibido con tanta franqueza una dentadura asaz maltratada por el uso.

— Nada!... Quería conocerlo... hablar con usted!... Quiere que tomemos alguna cosa?

— Permítame, señor!... ¿Usted se llama García?

— Yo? No, señor... á menos que no lo sepa... Yo soy Pérez... el periodista Pérez!

Y nos sentamos en un rincón, echando al medio una botella de vermouth, pues el hombre, aunque cazador de tigres, era temeroso del cognac y de la ginebra. Supe de sus labios, curiosísimos detalles á propósito de su especialidad y, entre otros, que las autoridades de la comarca que acababa de recorrer, le habían prohibido el ejercicio de su habilidad, porque no le había querido regalar al comisario de policía del partido el caballito que montaba.

— Pero eso no ha de ser así, amigo?...

— Y por qué no ha de ser, señor? Acaso no sucede siempre lo mismo?... Nombran un comisario nuevo para cualquier partido y cuando más pobre llega, más pronto sale á hacer su recorrida para conocer el pago...



Va de estancia en estancia y de rancho en rancho y aquí le gusta un caballito por la parada de las orejas cuando ladran los perros, allí una yunta de bueyes, por el modo de mugir ó porque tienen las astas blancas, y más allá un carnero ó unas ovejitas ó un gallo, según la pinta de la gente con quien tiene que tratar... Ya ve, pues, que de esto, á tener

un plantelito de estancia, no hay ni media pulgada.

— Y usted sabía que había tigres por allí...

— ¿Qué iba á saber, amigo? No le digo que era la primera vez que pisaba en el partido?... Andaba buscando no más!... La gran perra con el tal comisario... Me ha hecho perder la bolada de probar ante propios y extraños, como lo he sostenido siempre, que el tigre le dispara al hombre en lugar de atropellarlo... Vea!... Al tigre, que es flojo pero atrevido, no hay como ganarle el tirón!...

— Lo creo... pero el miedo no es zonzo... ni convida á bailes, amigo!

— Qué me va á decir á mí señor Pérez, sobre el miedo, cuando lo tengo más estudiado que la cartilla!... Mire! Eso de los hombres que no tienen miedo, es una macana vivita... El miedo, no necesita que lo llamen para venirse sobre uno en los momentos de peligro y lo mismo le cae á un blanco que á un negro... Sabe la única diferencia que hay entre los flojos y los guapos?... Que los primeros no se saben tragar su miedo como los segundos!... Si yo no hubiese tenido la desgracia

de que el tal comisario se llamara García, á esta hora andaría mi nombre volando por toda la República en alas de un hecho incontrovertible, probatorio de este aserto atrevido...

—¡Hombre!... Sabe que no veo bien la concomitancia que puede haber entre su cacería de tigres y el hecho de que el comisario se llamara García?...

— Claro!... Qué va á ver?... Para ser ciego y sordo con perfección en este país, no hay como ser periodista... Mire! A mí los García me tienen reventado y cada vez que me topo con uno, es casi á la fija que me ocurre una desgracia: por dolorosa experiencia sé que es inútil que les haga la cruz ni que toque fierro!... Dígame... Ha pensado usted alguna vez en contar los García que hay en Buenos Aires? Bueno! Yo lo he hecho, porque ellos son mi desventura y he querido conocerla en toda su extensión... Tome nota!... Hay nueve mil veintitrés García, y de éstos son hombres cinco mil doscientos once, contando como entero á un sastre cojo y manco, que vive en la calle de Balcarce al

llegar á Brasil, de cuya exigua persona no quedan sino retazos y que se completa con un hijo que tiene seis dedos, y tres mil ochocientas doce mujeres. Setecientos veintidós son almaceneros, doscientos cincuenta y un corredores, ciento tres abogados, cuarenta y tres médicos, doscientos cincuenta y un militares, entre los cuales hay un general; un comodoro y doce coroneles, veintiocho clérigos y el resto pertenecen á profesiones varias, teniendo teléfono solamente diecinueve, pues es la gente más refractaria al progreso y al gasto de dinero en superfluidades.

— Demonio!... Sabe que es curiosa su estadística?

— Ya lo creo!... La he hecho como un cálculo de probabilidades contra la desgracia, pero no me ha servido de un comino y por lo que le he contado del maldito comisario, ya puede ver de lo que son capaces los Garcías cuando se le atraviesan á un hombre... Puede tener la seguridad absoluta de que la sola presencia del más insignificante de ellos, basta para desbaratar el proyecto mejor elaborado!...

— Bueno! Perfectamente!... Pero cuántos tigres lleva usted despachurrados hasta la fecha, á pesar de la siniestra influencia de los García?

— Yo?... Pero ni uno, amigo!.. No le he dicho que lo que ando buscando todavía, sin poder conseguirlo, es tener la ocasión de probar que el miedo es común á todos los hombres y que los más guapos son solamente los que se lo tragan mejor?

— Pero, entonces, cómo tiene usted tanta fama de cazador de tigres?...

— Ahí verá lo que son las famas!...

— Sabe que es curioso el asunto? Y el chirlo ese que tiene en la frente, no es un zarpazo de felino, entonces?

— No, hombre... qué va á ser! Este es un arañón que me pegué con unos vidrios de botella cuando era chico.

— Me ha embromado Gutiérrez con sus informes... La gran perra que es mentirosa la gente!...

— No crea!... Es que la vida es así no más, mi querido señor Pérez, y que en este país como es nuevo, tenemos que inventarnos

todo para poder vivir á la europa... Qué sería de nosotros si no tuviéramos historiadores, militares, artistas, políticos clarovidentes, periodistas, comerciantes, literatos, autores dramáticos, cantores y hasta cazadores de tigres?... Una miserable toldería con indios de levita.




NOBLEZA DEL
PAGO





Lo encontré al tío viejo en su rancho y comenzamos así la conferencia... Atendé!

— Usté no lé la vida social de los diarios, mi tío?

— ¿Yo?... Poco sé ler, che!... Nunca he sido aficionao á la letura y aura, con los años, mucho menos... Lo que me gustab'antes, ¿sabés?... cuando recién me pobl'en La Colorada, era ver las figuras del Correo de Ultramar, que solía trair cosas lindas. Entonces me conocí casi todos los reyes y sus familias y también ví unas cabras que diz que servían pa lecheras y unos yuyos rarísimos, que comían carne...

— Bueno... mire!... Como aura los diarios han puesto de moda que las familias bien, desciendan de condes ó de marqueses ó de personas de quienes se haig'hablao en la antigüedá, nosotros necesitamos en casa saber algo de los viejos... Y yo venía por eso... A preguntarle lo que usté supiese d'ellos...

— Ah!... D'eso se bastante, che!...

— Qué suerte!... Bien lo decía yo á Mauricia qu'era imposible que usté no supiese alguna cosa...

— Pues bueno fuera que no... Si ha'bido gente de quien se haig'hablao es de la nuestra!... Mucho habrá sido calumnia... Pero algo ha de haber habido de verdá... ¿no te parece?...

— Ya lo creo!... Y después... tenga en cuenta lo qu'es la envidia de la plebe contra los nobles...

— Yo no sé, che, si eran nobles, pero sé que les caían y que con algunos hasta tuvo que ver l'autoridá, como le pasó á tu tío Ramón, que al fin se quedó en la calle, y á tu tía Robustiana, mal casada con un inglés que tenía el finao mi padre de puestero y que lo

pilló cerdiandolé las yeguas á medias con el juez de paz...

— Bueno!... Pero de dond'era nuestro abuelo paterno?... El que nos dió l'apellido de García...



— Es'era santiagueñ'ó cordobés... Hombre bueno y de acción, según decía mi padre...

— Y nuestra'buela de dónd'era?...

— Vay'a saber uno!... De por ahí... del campo no más...

— Pero no dicen qu'era vasca española?...

— Tal vez... pero lo dudo! Más bien tirab'a pampa ó á correntina por l'habla... Si era bosalísima!... El viejo parece que se juntó con ella cuando andaba'é picador de carros, p'allá, pa la cost'el Salao, que fué de an'de comenzó á internarse pa l'Azul...

— Y de dónde sacó su apellido de Barroso, entonces?

— Y qué sé yo?... Quizás del charc'ó del jagüel en que lavaba sus pilchas... A ella, antes, la conocían en el pago por doña Pepa la mocha, porqu'era del rancho é Los Mochos, como le llamaban á la estancia'el viejo, que casi nadie sabía que fuese tal García...

— ¿Los Mochos?... Parece algo así como los Medichi... Sería lindo que resultásemos también como los Demarchi.

Y me contó lo siguiente, que es toda nuestra ejecutoria, Mauricia!

— Cuando el finao mi padre, qu'era hombre gaucho pero bien intencionao, se alzó con mama qu'era jovencita y codiciada en el pago, ganó campo afuera y fué á levantar su rancho casi entre los mismos toldos de un indio ca-

pitanejo, que decían las malas lenguas que venía á ser su cuñao... Y ahí vivieron, medio á lo cimarrón, hasta que un buen día los indios se fueron, corridos por los cristianos que empezaban á poblarse y cayó á Los Mochos un señor de Buenos Aires, que diz que había comprao los campos y venía á recorrerlos... Claro!... Habló con mi padre una noche que se quedó en el rancho y á la cuenta le gustó la gente, porque antes de despedirse le dijo:

— Quiere quedarse aquí, mi amigo?... Yo le doy mil vacas pa que las cuide al tercio... y pa que corra con el campo...

— Cómo no, señor... ¡Ya lo creo!

— Bueno!... Entonces... ¡vea!... Le v'y á dar dos mil vacas al tercio y los mochos á medias...

— Los mochos á medias?... No diga, señor!...

— Sí, señor! Los mochos no serán muchos... pero pa empezar...

— Qué no han de ser, señor!... Si es una fortuna!... Vea, señor... ust'es amigo'el gobierno?...

— Cómo no!... El gobernador es mi primo y el ministro es mi cuñao... conque figuresé!

— Qué me dice!... Y el comandante militar de aquí, no será también pariente?...

— No... pero es amigo y además lo puedo hacer recomendar por la gente de arriba...

Y así pasaron tres años hasta que un día el patrón volvió á su campo y se halló con una fortuna... Dicen que estaban sentaos cerca del rancho para ver desfilar los rodeos con toda comodidá:

— Amigo! Sabe qu'esto h'andao lindo?... Novillada flor... Y qué torada!

— Y, cómo no, señor!... Estas son las cuatro mil del tercio...

— Cuatro mil, eh? Y aquella polvareda que se ve allá?

— Son los mochos, señor...

— Los mochos?... No puede ser, hombre!

—Sí, señor... Parecen muchos pero no son tantos... Apenas habrá unos catorce mil...

— ¿Catorce mil?... Pero no puede ser, che... Has d'estar borracho!... Si estoy viend'un mont'e guampas!...

— Así es, señor... Gracias á su recomen-

dación el comandante ha cerrao los ojos y yo no he dejao ternero en el vecindario que no haiga llevao la marca...

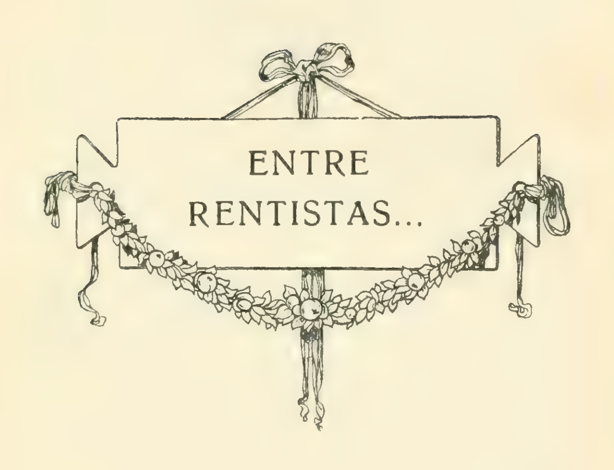
— Jesús!... Dios mío!... Pero qu'es esto?...

Y el hombre se persignaba viendo desfilar el vacaje y mirando la guampería'é los mochos, que relumbraba. Claro!... Liquidaron la sociedá, pero el viejo se quedó con ocho mil vaquitas, compró campo y s'hizo hombre... Ves?... Ese's el origen de la fortuna é los García, tan mentada, y la gente'l pago, sabiendo la historia y d'envidiosa... le chantó el apodo al viejo...

— Ave María, mi tío!... Es decir que de nobles no nos quedan ni las ganas?...

— Yo no he dicho eso!... Conform'el viejo le cerró el lazo al terneraje orejano... cierrenselón ustedes al primer apellido que les guste y... hagansén los chanchos rengos... como tantos!




ENTRE
RENTISTAS...




o no alquilo, che, sino muy ligadito... Tres meses adelantaos y garantía personal á satisfacción y no hay tutía... Eso de gente bien y personas distinguidas... pa los pavos! No se hace puchero con pergaminos... ¿no te parece?

— Si yo hago igual, che... pero á veces se atraviesan cosas qu'embroman y no tenés más que dejarte cinchar... Fijate sino lo que me pasó con la propiedá'é la call'é Lavalle, en que se metió el doctor Fritanga y me partió como á queso... ¿quién lo iba á decir?...

— Pero cualquiera... che!... Si la cosa s'estaba cayendo'é madura... Cres que nadies t'iba'lquilar semejante atorradero por doscien-

tos pesos con intención de pagarlos?... Es preciso no dejars'enceguecer por la codicia, y saber con claridá lo que vale cada finca... Pa qué cargar la romana sabiendo que se ha'é romper? El rentista ha'é ser como el hombre é mundo cuando trata con mujeres... No ha'é pedir sino lo que pueden darle!... No te debés olvidar, hijo, me solía decir mi padre, que la codicia en negocios es como la glotonería... El día menos pensao te deja mostrando el sebo!...

— Pues yo caí como un chorlito!... Y... á propósito... vos conocés un italiano corredor que se llama Bellagamba?... Uno bajito, medio tuerto, que siempre anda como estornudando pero que no estornuda nada.

— Buena persona!... Es amigo mío... Si vieras que modo'é tocar la flauta el de ese corredor, che!... Mirá... Es agarrar su instrumento y comenzar á sentir vos como que te alzan del pelo...

— No digo d'eso, che... digo p'al pago... Me anda por alquilar...

— Ah!... D'eso no sé... pero atento á que somos como chanchos te haré un cuentito,

¿sabés?, y vos sacá la consecuencia si conseguís atar cabos... A mí no me gusta desacreditar y menos á Bellagamba qu'es persona de mi aprecio... Ya sabés que yo no soy sino hombre de afectos y que poco me ha gustado andar metiéndome en canalladas ni difamando á la gente...



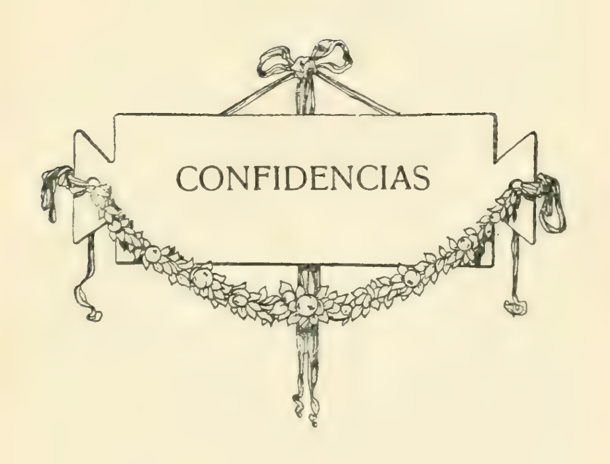
-- Dejat'é bordoneos, hermano... Ya sabés que secreto qu'echás en mí es como si se cayese al río... No lo pescás ni con ré!...

— El hombre's bueno, ¿sabés?, pero juega y á veces le falt'alpiste y d'eso es que le dimana...

— Ah! Ah!... Conque juega, no?... Mirá que ganga!... Bueno!... Y cuál es el cuento?

— Vez pasada, vivía con su familia en la call'e Chile y me llevó pa mostrarme su colección de orquídeas — porqu'es coleccionista — y cuando pasamos por junto d'unas gallinas que andaban en el fondo, noté que los animalitos conforme me miraban se tiraban al suelo y juntaban las patitas... Claro!... Me llamó l'atención la cosa y se lo hice notar, contestándome con la mayor frescura... ¿A qué no sabés qué?... — Mire, me dijo, es que lo han tomao por empresario é mudanzas y como están acostumbradas á que las aten pa trasportarlas, cada vez que cambiamos de casa, ya se l'echan no más... Por el hilo podés sacar el ovillo, si la cosa t'interesa... pero, ya sabés... yo no desacredito á nadies y menos á mis amigos.




CONFIDENCIAS





u padre no cre nada, che, sino que sos sonso... Y la gracia es que hasta yo me voy convenciendo de lo mismo!... Mire que se necesita ser pavo pa preferir andar de atorrante á estar en la estancia cómodamente, trabajando en tus cosas y dandolé gusto al viejo, que lo que quiere es tu bien y nada más... qué diablos!... A qué demonios te has ido á meter en puebladas, exponiéndote á que te dejen seco de un palo?... Qué te va ni qué te viene en que Roca lo achure á Pellegrini ayudao por don Bartolo, ó en que don Bartolo lo estire á Roca, ó en que los tres se hagan tiras dejando güérfano al país, aunque sea

por diez minutos?... Acaso vos vas á ser el tutor?...

— Dejat'é macanas, Santiago, y no te metás en lo que no entendés ni entenderá mi padre tampoco... Qué saben ustedes, pobres bichos, de ciertas cosas que ni sospechan que esisten?... Ustedes han nacido pa comer á gusto, che, pa trabajar á sus anchas, pa vivir sin pensar ni sentir, esperando que los negocios vayan adelante y que Dios les dé salud... Los dos son viejísimos, che, aunque no lo echen de ver y yo sería un loco, si me metiese á convencerlos... Decime... Vos jugarías plat'a mis manos si me vieras tráir un mancarrón de la estancia, cuidarlo como á potrillo y anotarlo p'al premio grande?...

— Che... che... che! Al fin veo la pata de que rengueás!... Vos estás enamorao com'un pichicho y sos romántico y te has llegao á convencer de que sos el único en el mundo que sabe lo qu'es querer... Pa que te ponés colorao?... No seas pipiolo, hombre, y canta claro... Mirá... Yo soy tu tío, pero soy muy macho, che... y aunque vos lo dudés tengo más música en l'alma de la que tal vez nece-

sito... A ver, desembuchá!... Te has de estar atorando con alguna semillita que se te ha de hacer carozo...

— No arrugués que no hay quien planche!... P'cha que sos diablo... Por qué no te metés á divino?...



— Mirá, chiquilín... Esto va en serio... Es una macana lo que hacés de alzarte contra tu padre y resistir su mandao... Cres que por eso va á ser más grande tu amor ni tampoco el que te tengan?...

— Pero si todo es una locura, Santiago!... Si yo mismo ni sé lo que ando queriendo!... Figurate que estoy enamorao... así... como se dice... de un sueño... Si ella no sabe nada...

— Pero por qué no se lo decís?... Mirá!... En estas cosas hay que ser práctico, che, y lo primero es lo primero...

— La facilidá!... Si yo lo único que hago es

irme frente á su casa para verla cuando sale y no me animo ni á seguirla! Si cuando la veo, che, hasta las piernas me flaquean y... que me caiga muerto si miento!... hasta me dan ganas de irme por miedo de que vaya á conocerme el juego y se me ría en las narices...

— No digás?... Pero vos no sos sonso, entonces, sino sonso y medio?... De qué nido te habrás caido, sobrino?...

— Y qué querés, Santiago?... Así es la cosa... Y por eso no me animaba á decirte... Ves?... Aura resulta que no m'entendés y que te burlás de mí y me vas á echar al medio...

— No, hombre!... Dejat'é macanas... Si yo sé lo qué es cantar sin tener quien acompañe... Mirá... A tus años se le perdona á cualquiera que pegue un tropezón y se rompa cualquier cosa... pero á la mía... ¿qué me decís? Y si vieras como ando yo, che!... Ni veo, ni oigo, y el día menos pensao hago una barbaridá... Te garanto que vos estás á dos dedos de hallarte con una tía qu'es una divinidad!... Casi, casi, estoy por decirte que serás sobrino'el cielo, che!... Bueno, pues...

y aura que ya nos hemos entendido, escuchá lo que te digo... No te metás en política y adelante con los faroles!...

— Qué política ni qué diablos, che!... Pero... te cres que teniendo como tengo un jardín dentro'el alma, me v'y á ocupar en ir á cavar sepulturas... Y... decime... Cres aura que me puedo ir á la estancia y dejar así, mis asuntos, para atender los del viejo?...

— Mirá, m'hijito... Entr'el corazón y el bolsillo cabe una conciliación... No muñequíes... El sistema ya está viejo y no hay que hacerse boliar cuando uno anda en libertá!




LA ECONOMÍA ES LA MADRE
DE LA RIQUEZA





ERA en aquellos tiempos del Buenos Aires pendenciero y levantisco, en que crudos y cocidos y pandilleros y chupandinos ensangrentaban las calles á cada triquitraque y en que no había ciudadano, por modesto que fuese, que no creyera que los destinos de la patria los llevaba cada cual en la punta de su cuchillo.

Los hombres vivían más en la plaza pública que en su propio hogar y como su existencia trascurría de club en club y de manifestación en manifestación y los servicios de fondas y restaurants andaban tan escasos como caros, abundaban los negros pasteleros, que eran la providencia de los estómagos famélicos, así

como la confección de los pasteles que vendían, lo era también de más de una casa de familia, que no solamente costeaba con su producto los gastos ordinarios de su presupuesto, sino que aun proyectaba en el futuro siluetas de millonarios y potentados. Los días de agitación política, las fiestas patrias, el carnaval; durante el cual no era prudente aventurarse así no más en busca de provisiones, y, sobre todo la semana santa, en cuyos términos no se hacía matanza en los corrales ni se expendía carne en los mercados, eran los grandes días de la industria casera.

Fué al aproximarse uno de esos períodos y en época de gran carestía de provisiones en la ciudad, por hallarse ésta bajo sitio y con todas sus comunicaciones interrumpidas, que hicieron su aparición en las plazas y en las calles los pasteles de Misiá Paca, que vendidos á precios increíbles por su baratura y rellenados con generosa liberalidad, desalojaron á sus rivales en el comercio menudo y mataron toda competencia, produciendo una crisis espantosa en la antes boyante industria pastelera.

Y las aceradas lenguas criollas, que cortan como tijeras de sastre, y las mentes activas y cavilosas, se echaron á buscar, desesperadas, el secreto profesional de la victoriosa pastelera Misiá Paca:

—Si nunca hizo ni tortas fritas, che!... Y, después; eso se ve clarito... Los pasteles son



de morondanga y sólo sirven pa los que se cáian de pobres!...

— Yo... lo que no me explico, ¿saben?... es el precio!... Si es una barbaridá con los artículos como están!

Y las comadres llegaron á propalar que los pasteles de Misiá Paca se hacían con carne, no de mula ni de caballo, que al fin hubiera

sido una nimiedad, sino con carne humana. Hasta se habló de varios ingleses sin familia que habían desaparecido y se afirmó que un carrero de la Aduana se había atorado con un huesito el cual examinado, había resultado ser un pedazo de dedo chico... hasta con uña.

— Ya veremos!... Dejen que venga semana santa... Entonces será la buena!... El pescado no tiene más que un precio... y no es inglés sin familia!

Y vino la esperada semana y Misiá Paca vendió sus pasteles como siempre, baratos y tan bien rellenos, que su jugo "chorreaba por los enemigos", como decía la clientela, aludiendo á que al primer mordisco cuando estaban calientes, saltaba la salsa apetitosa mojando los carrillos...

Entretanto Misiá Paca estaba radiante y su triunfo la embriagaba, quitando de sus labios hasta las palabras de piedad, que otrora supo reclamar para los desheredados...

— Se han fundido porque son haraganas y ambiciosas, y quieren ganar platales como Anchorena... Que trabajen y se contenten con poco, como yo... y ya verán.

Y el reinado de Misiá Paca fué real y positivo, extendiéndose su influencia por toda la ciudad, llegando sus pasteles á todos los estómagos, pues no quedó negro vendedor que quisiera otra factura que aquella sin rival.

Ya no había competencia. Descartada la insidiosa calumnia de la carne de inglés y la malévola especie de que los tales pasteles no podían encontrarlos buenos sino las personas sin estómago, se acallaron las protestas y los labios enmudecieron confundidas las mentes cavilosas por la evidencia de los hechos, siendo aclamada Misiá Paca é inscripto su nombre en la lista de oro de las grandes damas caritativas de la ciudad y disputándoselo las asociaciones de beneficencia para encabezar los consejos directivos... Hasta su esposo, que era un triste capitán, ascendió en el ejército, llegando á jefe de batallón, debido al influjo de los pasteles, que siempre en esta tierra se vieron cosas de tal jaez y ya no llaman la atención de nadie: los poetas no ganan posiciones escribiendo versos sino enseñando matemáticas: los abogados curando enfermos ó proyectando ferrocarriles; los médicos tra-

mitando testamentarías: los ingenieros pleiteando en los estrados y los militares... hasta vendiendo postales de confección casera, escribiendo artículos de diario ó mezclándose á las turbias corrientes de la política.

Una noche había reunión en una noble sociedad caritativa, presidida por la radiante Misiá Paca y se atendía el pedido de una pobre mujer cargada de hijos, viuda reciente de un viejo soldado.

— Bueno!... decía Misiá Paca, dirigiéndose á la pobre postulante y manteniendo una atención aduladora, de parte de sus consocias, ust'és pobre porque quiere... Trabaje y economice... La economía es la madre de la riqueza.

— Sí, señora...

— Yo también soy esposa de soldado y... ¡ya ve! adonde he llegado haciendo pasteles...

— Cómo no, señora!... Pero para eso ya'stoy vieja y muy llena d'hijos...

— Eso qu'importa... ¡No se'haragana!

— Si no es por haraganería... Sino que yo no voy a'llar sino alguno de tropa que me quiera... Y casarme, así... usté ve!

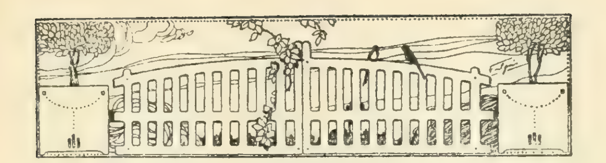
— Acaso yo le aconsejo eso?...

— Ya sé que no... pero si no me caso con un oficial que me mande las economías del batallón... la leña, la carne, la grasa, la harina... ¡que son tan caras!... ¿cómo voy á fabricar pasteles baratos, señora?

El argumento fué contundente y al explicarse de manera tan sencilla como inesperada el secreto profesional de Misiá Paca, acabó su reinado, basado solamente en la economía... del cuerpo que mandaba su esposo y que resultaba ser la madre de la riqueza, como ella lo pregonaba...




MI PRIMO
SEBASTIÁN





Las personas que no tengan entre sus parientes un ejemplar como mi primo Sebastián, no mirarán seguramente, los tramways eléctricos ni los automóviles con la fruición que yo los miro, ni leerán las noticias referentes á choques y colisiones, con mi impaciencia, golosa, sobre todo al recorrer anhelante la lista de las desgraciadas víctimas. Anteayer acababa de desayunarme en el club y leía los periódicos, cuando se me presentó mi pariente:

— No salgás todavía, che! Tengo que hablarte seriamente de un asunto importante, que te interesa como primo y como argentino...

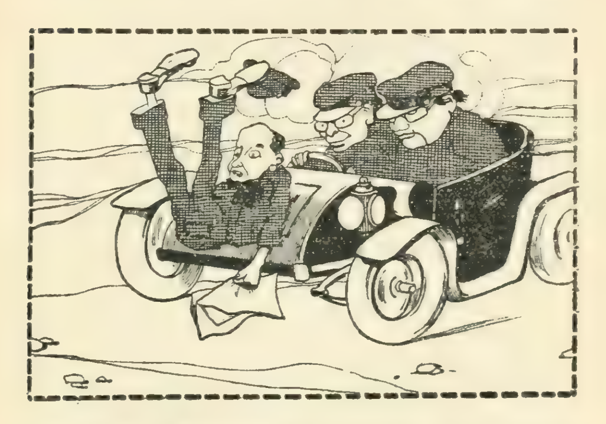
Y tomando asiento, con ese desparpajo fanfarrón, propio solamente de los hombres necesitados de entereza y que ocupados en fingirla no ven el ridículo que les hace señas, llamó al mozo encargándole uno de sus tantos brevajes favoritos, y encarándose conmigo, me dijo á quemarropa:

— Decime, che... vos ya te has afiliao á alguno de los partidos en lucha?... Qué sos en l'atualidá?... Y mi primo Sebastián revolvía nerviosamente su vaso, sin mirarme.

— Yo?... Y qué quieres que sea, Sebastián?

— Cómo que quiero que seas?... Yo no quiero nada!... El que debe querer sos vos, que no podés permanecer indiferente cuando ya están hirviendo las parroquias, olvidándote de que tenés aun nombre tradicional en nuestras luchas eletorales y parientes, como yo, que solamente esperan tu palabra pa pararse!... Anoche, no más, les decía á los muchachos de casa, que comentaban tu indiferencia: "Vean!... A ese dejenmelón á mi que yo lo v'y á templar!.. " Y aquí me tenés á tu lao, dispuesto á todo!... Vos sabés que yo soy el último Ferro que queda en la familia y que

tengo de mi padre, entre muchas cosas buenas, la condición de ser desinteresado y decidido, como era él, que aunque hijo de italiano, no tuvo nunca nadie que decirle que no fuese un criollo cuadrao!... Yo, ¿sabés?, estoy



dispuesto á transigir con todo, menos con verte alejao del puesto que te corresponde y he tenido mucha rabia al no hallarte entre los notables que forman la convención!... ¿Qué se piensa Roca de nosotros, che?... Ya sería tiempo'é saberlo pa tomar un rumbo fijo y enseñarle á respetar... ¿Qué te ha dicho Pellegrini?...

— A mí?... Nada!

— Aura salimos con esa?... El gringo ha de estar creyendo que se la lleva de arriba!... Bueno! Mirá!... Lo primero que hay que hacer es cambiar de tática y formar un clusito independiente pero maniobrero, algo así livianito; que podamos manejarlo como queramos... Sería una vergüenza pa vos y pa todos los amigos, che..; que dejaran á un hombre como yo que dentrara á transar por el puchero, nada menos que con esos usurpadores envalentonaos... Entonces quedamos en que vos lo que querés es dentrar entre los notables?...

— Yo?...

— Perfectamente!... No hay ni que hablar!... Che!... Mozo!... Oiga! Traigasé una botellita é coñaque del mejor que tenga... que vamos á festejar una alianza que será famosa... Ese hombre tiene una suerte!...

— Sebastián!... Yo no te he dicho nada ni quiero nada!... No me mezclo en política, ni quiero saber de notables ni de convenciones!

— Qué no vas á querer, hipócrita del demonio?... Lo que hay es que ya estás creyendo que yo te me voy á dejar cair con un par de á quinientos y m'estás sacando el cuerpo!...

No creás, hermano!... Aura, desde que dejé mis viejos vicios, ó mejor dicho, desde que ellos me dejaron á mí, se acabó el Sebastián de antes, aquel pasiandero y divertido que tanto les dió que hacer...

— Yo no te digo nada, Sebastián... pero no me meto en política ni quiero oir hablar de asuntos semejantes!...

— Qué no te metés?... Eso será lo que tase un sastre!... Y con que derecho me querés cortar mi carrera, arrancándome de las manos nada menos que la bandera de la regeneración? No, che!... Vos tenés una tradición de familia que no es de tu sola propiedá y yo no v'y á consentir que te den una bofetada y te quedés como si tal cosa!... No, m'hijito!... El honor y la dinidá no se valoran con plata, entendelo bien... y pensá que si vos sos rico en cambio te falta sangre en las venas y que yo tengo pa los dos...

— Bebete tu copa, Sebastián, y dejémonos de zonceras...

— Zonceras la dinidá?... Zonceras el orgullo y la altivez?... Es decir, que porque á vos se te antoje dejarte aporriar con Roca y

con Pellegrini, nosotros nos tenemos que aguantar... Hombre!... Ni que fueras don Bartolo, pa disponer así de nuestra voluntá!... No, che, vos no te pertenecés y perdoná que te lo diga, ni tenés derecho pa condenarte á vivir como estoy viviendo yo, por conservar con honor el apellido...

— Y qué sé yo de lo que vives, ni lo que haces?...

— Ah!... No sabés de lo que vivo?... Bueno... Vas á saberlo y entonces comprenderás de lo qu'es capaz el último de los Ferro de la familia, pa no desmentir la cría... Asombrate! Yo exploto el apellido, haciendoló servir pa encabezar banquetes en los hoteles y restaurants, pues yo soy nada menos que promotor de despedidas de la vida de soltero y felicitaciones por haber concluído la carrera!... Y sabés cual es mi suerte?... Bueno!... El llamarme Ferro!... Si me llamase Martínez, Velázquez, Alvarez ó Fernández, no tendría ni siquiera ese miserable recurso de la comisión que me pagan los hoteleros como promotor!... Quién diablo s'iba á dejar promover nada, con un individuo llamado así? Quién iba á crer

que un criollo ó un gallego podían andar pagando banquetes á cada triquitraque ni festejando estudiantes?... Y aura que conocés el misterio, decime si cres que yo puedo mirar



con indiferencia tu alejamiento egoísta de la política, que me quita hasta la posibilidá de poder lograrme un calce?

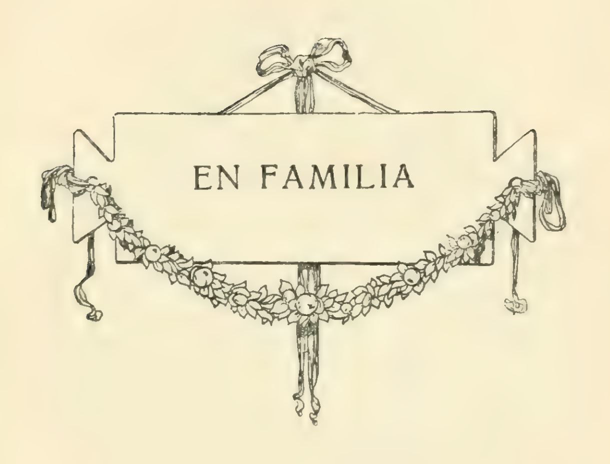
— Qué Sebastián este!... Entonces cres de veras que yo tengo la obligación de meterme en lo que no quiero, nada más que por solidaridad de familia?

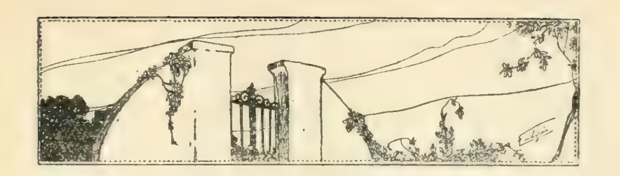
— Claro! Los antecedentes atan, che, y obligan!... Vos jujandomé por las historias

de mi juventud de antes, te negás á ponerte en condiciones de ayudarme y preferís tu tranquilidá al honor, y yo, ni la familia, te lo podemos consentir!... Vos sos un personaje y tenés obligación de proceder como tal, con altura y dinidá... Yo te lo confieso con franqueza, me veré obligao á hacerte dentrar entre los notables y á ponerte en condiciones, proclamando tu nombre en todos los banquetes que promuevo, porque me faltan unos doscientos pesos pa plantear mi clusito man'obrero.

— Y yo te digo redondamente, Sebastián, que no te doy ni un centavo y que te prohibo hasta acordarte de mí!

— Cómo no!... Esta misma noche comienzo la proclamación y mañana vuela tu candidatura presidencial de boca en boca... Pues estaría lindo que rehusaras á ser nada menos que personaje en esos momentos solenes... Ya verás de lo que yo soy capaz por honor de la familia y por no dejar un güeco nada menos qu'en la historia eletoral de nuestra patria!


EN FAMILIA





irá mamá querida... todas esas cosas que me decís, yo las sé, pero no me sirven de nada, porque con ellas no adelanto ni pizca... Mi situación es d'empantanamiento clavao y no tiene vuelta!... Fijensé!... No he podido n'ingresar en el nuevo partido, pa ver si siendo de los primeros me liga alguna cosita, porque ustedes me tienen en una categoría que... ¡francamente!... da vergüenza.

— Y acaso yo te privo?... No es verdad, Marí'Elenita que yo no le privo nada?

— Y qué le vas á privar?... Mirá semejante nene para'cer caso de lo que le digan!...

— Yo sé que no me privan... pero... y con qué hago la parada?... Aquí no cai pesito que

vos no te lo tragués con tus modas y á mí me tenés reventao!... No tengo ni ranglar siquiera y le sacudo al over-coat hasta de tarde... ariejo de que me tomen por cobrador... Está bueno, che... que uno vaya pasando á fuerza de hacerse el loco y el mozo diablo... pero no hay que ser tan calvo que se vean hasta los sesos!

— Y por qué no lo ves á tu sastre?... Qué nos venís á nosotras con semejantes historias... pedazo de sonso?

— Ves á tu sastre?... Y te cres que yo tengo eso, che... ni que porque yo lo vea ya me v'a largar un ranglar?... No seas pava... hijita... Tengo que llevarle veinte pesos y sino no hay tutía.

— Y como tenés para llevarlas á palco y nada menos que al Odeón... á las lombrices de Misiá Pepa?...

— Mirá, Marí'Elenita.., no me saqués los cueros al sol, porque no se va a'sollar solos, eh?

— Bueno!... Déjense d'eso... y vamos á ver como arreglamos para que te hagás tu sobretodo...

— Acordate, mamá, qu'este mes hay que pagar los réditos y que se precisan los cincuenta pesos para el bordador de tu capa... Vos no podés seguir con la que tenés... Es un verdadero asesinato!



— Dejal'mamá, che... qu'ella sabrá lo que v'a'cer... No la mariés con tus esageraciones...

— Vos cres que son esageraciones?... A este paso nos vamos á quedar en la calle! Mejor sería qu'en lugar de andar de tiatro en tiatro, te ocupases de alguna cosa...

— Pero vos cres que yo gasto un centavo

en tiatros?... Y de dónde v'y á sacar?... No sos vos la que la metés á mamá en los gastos de dar recibos, para que no venga nadie... pues no lo quiero contar al desgraciao de Pambazo?...

— Bueno!... Sosieguensén y vamos á reglar el asunto...

— Si yo hago más que contestarle á esta... mamá!... Figurate que yo tengo que tomar mi café con el Dientudo chico que me lo paga pa que lo acompañe á pasar por una casa de la calle de Artes...

— Eso no es el tiatro... che!... Yo te hablaba de las lombrices de Misiá Pepa... no te hagás el sonso!...

— Y sabés por qué voy con ellas?... Porque son portuguesas... y yo las acompaño...

— Qué Pepa es portuguesa, decís? Pero estás loco?... Si hemos andao juntas en l'escuela Misia Pamela y nos conocemos desde chicas... El padre'ra un chino gordo...

— No, mamá... Si no es portuguesa de nacionalidá sino de oficio... En los tiatros les llaman así, ¿sabés?, á las familias que sirven p'al relleno é la sala no más... Cuando se da

una función y no va gente, la empresa comienza á mandar los palcos y las lunetas, conforme nota que no se van á vender, á las casas que ya se tienen en lista... Todas esas familias qu'entran tarde a la función son generalmente del gremio...

— Qué nos contás, hijito?

— Como lo oyen! Misiá Pepa es muy amiga del empresario y es la segund'e la lista... A las ocho, ya se visten las muchachas y se ponen los sombreros y esperamos, jugando á la baraja, hasta que llega el zanagoria con las localidades... Ves... Vos, che... Es'es el secreto que tengo para ir casi todas las noches y si no fueses tan criticona yo ya te hubiese convidao, porque las muchachas...

— A mí?... No faltaba más!... Mirá quien, che... para andar de portuguesa en ninguna parte!... Y yo que creía que esas que llegan tarde á la función lo hacían por darse corte!...

— Portuguesísimo corrido, m'hijita!... Nosotros ya conocemos todo eso y no nos llama la atención... Bueno!... Vaya, hermanita querida, en cambio de la lección que l'he dao,

eche una manito á ver si arreglamos lo del ranglar... ¿Cómo hago?...

—Mi consejo es que hagás como hacen muchos... Que veás si también hay portugueses en las sastrerías y te hagás poner en lista!




CALLEJERA





ONQUE resulta, entonces, que vos no sos colla sino una miserable falsificación?... La gran perra!... Y pague uno impuestos y sacrifiquesé trabajando, pa que le sucedan estas cosas nada menos qu'en una ciudá civilizada... Querés ver de que llamo el vigilante?...

— Orst... Y sabe que es ocurrencia?... Acaso yo l'he dicho que soy colla ni que no soy?... Usté me ha llamao pa que le venda polvitos p'al amor y l'he dicho que no tengo sino bálsamo católico, habas tongas y pepitas de quina-quina... Qué más quiere?

— Hijo'é perra!... Aura me venís con esas,

no?... Esperate... Ya te v'y a'cer ver que aquí no'stás entre gringos...

— Pero, digamé, señor...

— Nada!... A ver?... A'nde tenés la patente?...

— Patent'é colla... Esto sí qu'es lindo... Mirá... en la que m'he metido!... Vea... señor!... Atienda! Yo soy criollo de aquí, ¿sabe?... M'he criao en casa'é los Palmarini, en la call'e San José y siempr'he sabido trabajar d'elemento eletoral!... así... pa'sistir á las manifestaciones ó pa fundar algunos clus... pero aur'ha cambiao la cosa y pa ver de remediarme le pedí el traje á un amigo que ha dentrao al cajoncito y aquí me tiene rodando...

— Que ha dentrao al cajoncito, tu amigo?... Y qué diablos es eso, che?... Sabés que m'interesás?

— No sabe?... Pucha... ¿ve?... Eso sí que no lo creo... Si ustedes son más corsarios los de la municipalidá, que no se les va ni el aire sin que le metan el sello!... Mire!... Mi amigo ha dentrao de turco y anda con el cajoncito vendiendo la merchería...

— Ah! Ah!... Es decir que aura hasta los turcos son criollos y que ustedes se le agachan á lo que caiga?



— Y sino, señor?... Antes, siquiera los pobres teníamos algún recurso con el cuento'é las eleciones y á veces hasta nos caían con alguna comilona... pero, aura, Roca no pre-

cisa de nadies pa fabricar los pasteles y hasta se chupa los dedos pa no perder la grasita...

— A ver... che... bajá la prima y no te vas á pasar... Mirá que soy del partido...

— Orst!... Y yo?... Se cre que a'nque ande de colla no he sabido hacerme ver?... Mire!... Busqu'en la lista'el comercio que le osequió una medalla cuando subió á presidente y, allá así como á la mitá, v'hallar que Antonio Carreño, que soy yo para servirle, figura con cinco pesos...

— Pucha qu'eras entusiasta...

— Yo?... Ya lo creo!... Me recuerdo que una noche aquel doctor Igarzábal que formaba el comité, pues yo entonces me ocupaba de ausiliar de zanagoria, me mandó buscar al circo y alcanzándome un pesito, me dijo: "pa que bebás una copa y sepás que figurás en clase de comerciante..." Claro... Ya se pued'imaginar el viva que largaría...

— Y nunca vas á lo'é Roca?... Por qué no te le acercás?... Mirá!... Si yo no fuese inspector, ¿sabés?, y me hallas'en tu pellejo... yo le hacía un'atropellada...

— Sabe que tiene razón? Mañana me voy á verlo!... Tal vez que si necesita, me haga colla verdadero, ¿no le parece, señor?... Quien diablos v'a'cer aquí las cosas qu'el sabe hacer... así.... sin rairse y mirando, como quien mira p'al cielo?




EL CAFÉ DE
LA RECOVA





ombre!... Me venís como á un veintiocho un tres, jugando á la treinta y una... exclamó mi pariente don Emeterio al verme entrar al clásico café de la Recova, en que hacen su tertulia desde 1874, varios criollos amigos, que después de darse una vuelta por la casa de gobierno y por la aduana, en busca de mentiras y de embrollas, ó por el palacio del congreso, donde se saturan de oratoria parlamentaria, acostumbran echar su truquito, levemente interesado con un modesto coñac... Casualmente les estaba queriendo probar á éstos, aura que no hay sesión en diputados por la consabida falta de número, que á est'italiano Barzini que nos ha pegao una felpiada

desde su tierra, disparandosé de aquí como perro que ha robao sebo, le debíamos levantar un'estatua ó mandarle una pensión... ¿Qué te parece á vos... com'hombre del oficio?

— Eso no es argumentar, che... El señor, que puede ser muy buena persona...

— Permitime, che... El señor es sobrino mío... hijo de mi prima Margarita, ¿te acordás?... que supo vivir frente á tu casa, en la plaza Monserrá...

— Perfectamente!... El señor, como decía, puede ser muy buena persona y más sobrino tuyo que los hijos de tu hermano, pero eso no quiere decir que ese gringuito, esté autorizado pa cairnos como a'jenos, cuando ni siquiera nos conoce... No le parece, amigo?... Pues linda estaría la patria, si cada vapor que llegase nos trajese güespes d'esa clase, que sin saber bien ni ande tienen las narices nos agarrasen á guascazo... Qué dirían en Italia si el señor... pinto el caso... llegase una mañana y á la tarde los pusiera mormosos al rey, al papa y á todos los jueces y magistraos?... No dirían en italiano lo que nos-

otros decimos en criollo?... Es un macaniador que no tiene madre viva?... Oh!... Lo qu'es razón es razón... che... y no tiene vuelta!

— Ve?... Por la tuya, cualquiera conoce la figura de todos los criollos, con mil demo-



nios!... Pura espuma como el chajá! Me vas á decir que aquí tenemos justicia, ni administración, ni nada que valga un pito?... No embromés, hombre, y acordate de que todos nos conocemos... Mirá... La verdá no tiene patria, ¿sabés?... y todo eso que dicen de

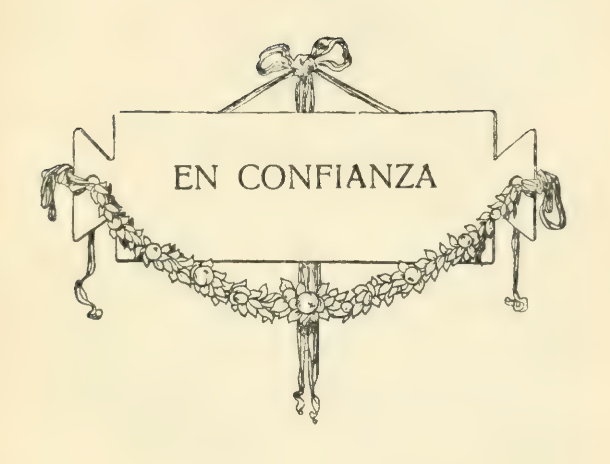
nosotros es verdá... ni a'nque te pique!... Y aura venime con tu divorcio y tus leyes contra el juego... Purito papel pintao!

— Y también vas a'tacar el divorcio y el proyecto de Varela?... Bueno!... ¿sabés?... A'nque seás el tío del señor y todo lo que querás, yo te digo que tenés una lengua viperina y que si te mordés comiendo, van á cantar las lechuzas sobr'el techo de tu casa!

— Y quiénes son esos legisladores, que no han estudiao en ninguna parte, pa meters'en tales honduras, che?... Claro que los v'y a'tacar!... Lo que quieren es nombrarlo tutor de los matrimonios y hasta de los gustos de uno, al presidente'e la república... La gran perra!... Aura v'a resultar que uno ya no v'ha poder ni peliarse con la mujer si no es del partido é Roca y que pa jugar sus pesos v'haber que sacar permiso quizás en papel sellao y con firma de abogado... La pucha con la libertá, que se nos va enflaqueciendo, che!... Vos cres; tal vez, que las leyes se pueden andar haciendo como se hacen pelotillas... así no más... por afición? Mirá divorcio en esta tierra, a'nde á las doce del día lo agarran á Juan

Demetrio Piñero en la misma esquina de Artes y Cangallo y le quitan la cartera y eso con ser qu'es nada menos qu'el hermano del médico é don Bartolo!... No m'embromés, che!... Mejor sería que arreglasen la policía, ¿sabés?, y qu'hiciesenlo que pudieran por la riña, pa que los patos chilenos no nos limpien el comedero, ni los ladrones se metan á las iglesias á robarse hasta las velas...

— Pucha que sos arruinao, che!... Conque aura querés que la policía conozc'a los ladrones de las iglesias, cuando ni los mismos santos han podido conocerlos?... Por qué no pedís también que te nombren senador en lugar de don Bartolo ó que te manden á Roma en vez de mandarlo á Wilde p'acerlo rabiar al papa y que el General Roca se tenga por mozo diablo?... Vea, amigo, su parient'es como las butifarras, que cuanti más viejas son, van siendo más indigestas... Cuidenlón si lo quieren conservar y digalé á la familia que y'ha perdido la fuerza hasta para envidar el resto y que lo encierren porque tal vez le haga daño salir con tanta humedá!


EN CONFIANZA





STUVE á visitarl'á mi sobrina Sofía, que acab'e llegar d'Europa, y de allí me vine á verte, aunque sabía que recibís los viernes y corría el riejo de chasquiarme...

— Los viernes no son pa vos, che... que sos de confianza... sino par'esas relaciones de compromiso, ¿sabés?... como las de Rodríguez, que son las del compañero de oficina que tiene Pedro ó Misiá Robustiana, la señora de su jefe... ¿Y cómo llegó tu sobrina?

— ¡Lo más bien, che!... Han andao por todo y trai unos cuentos, la pobrecita, qu'es

tan diabla, que son de perecers'e risa... Una se pasa las horas oyendolé los apuros en que anduvieron con la lengua... Así le decía yo: "Bien hecho... porque no estudiastes cuando andabas en la escuela..."

— Es lo mismo que yo le repito á mi Rosita todos los días... Lé tus libros... Estudiá... que uno no sabe sino después lo que le v'a suceder!...

— Me han dicho que se casa Rosita?... Así se acordaron el otro día las de Tripasini en el atrio de San Inacio...

— Callate, hija!... Si hemos estao con el Jesús en la boca con semejante casamiento... Figurate que desde el corso é las flores nos la visita un subteniente de artillería, pero de donde va y se les antoj'á los generales del congreso, presentar una ley prohibiendo á los oficiales que se casen, á pretesto de que si se morían les dejaban una pensión á las mujeres...

— Mir'eso!... ¿Y qué querían que les dejasen entonces?

— ¡Ahí verás!... Eso mismo decíamos nosotros, pensando en qu'el noviasco se nos

iba'cer piedra quién sabe por cuantos años!... Y, después, qué ventaja hay para una madr'en casar su hija con un militar y verla sufriendo toda la vida con sus ausencias y con ese caráter que saben tener y qu'es del oficio, si no le qued'a una ni siquiera la esperanza de la pensión?... ¡Claro!... Nos dimos un susto bárbaro, hasta que pasó todo y quedaron las cosas como antes...



— Sin embargo, che... no se fien y apurensén... Esos del congreso cuando empiezan á temar con algo son como los locos y se van de un hilito como lista é poncho... Fijate sino lo que han hecho con las vírgenes milagrosas. Han sacao la tarantela de no dejar pasar año sin darle un'alguna provincia... Esta vez le ha tocao á Salta...

— Han de ser puros pretestos para llevarles la plata haciendo que les dan limosna... Si esos provincianos son como rastrillos, che!...

— ¡Eso digo yo!... Cómo antes, cuando

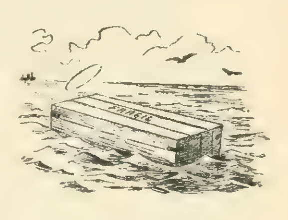
las iglesias eran pobres, no había más virgen que Nuestra Señora de Luján y aura empiezan a'parecer estas otras... Dicen que la qu'está de moda, vino acompañada del Señor de los Milagros, entre un cajón que atravesó boyando por todo el mar y que fué á llegar á Salta y se acabaron las secas y los temblores de tierra...

— ¿Qué me contás?... Pero tendrán el diablo en el cuerpo esos descomulgaos para inventar semejantes picardías?... ¿Cómo van a'ber llegao nadando á Salta qu'es una ciudá que no tiene ni siquiera río en la orilla, como nos lo ha dicho el suteniente que la festej'a Rosita, qu'es precisamente de allí?

— Ah! Es salteño el novio?... Mirá qué suerte!... El marido de mi sobrina Sofía, qu'es un verdadero santo, es también de allí y no se ha visto hombre más bueno... A mí me ha hecho traer un viso de seda, che... que se para solo!... Pues volviendo al asunto de las vírgenes, m'esplicaba un mocito el otro día en casa de Misiá Paquita, que como Nuestra Señora de Luján se quedó en el paraje donde se halla el Santuario, negándose á se-

guir viaje para Córdoba en el carro en que la llevaban, los cordobeses de puro vengativos le han urdido esta novela.

— Con razón la tierra se nos v'a volviendo un bochinche, si ya no se respeta ni á las vírgenes y lo que van á sacar los tales cordobeses es que nos van á trair alguna desgracia tremenda por andar mezclando á los santos en sus intrigas!... Esos envenenamientos de La Plata y esos huracanes horribles que han ocasionado tantas muertes, no pueden ser sino castigo del cielo!...



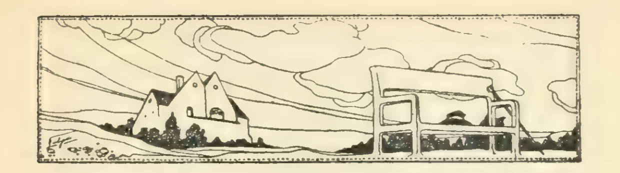
— Y ya lo creo!... Y todo es el afán del lujo, che, y el deseo de aparentar y de lucir... El domingo fuí á la calle Florida á la hora del desfile y todavía no vuelvo de mi asombro al ver aquellos millones de coches atestados de muchachas y de señoras qu'eran una luz por los brillantes que llevaban... Y qué vestidos, che!... No veías sino seda y encaje d'Inglaterra!... Sabés, sin ir más lejos, con quienes m'encontré?... Con las de Cantero

que y'andan sangoloteandosé por todas partes y desparramando la herencia que les dejó su padre... Si vieras el saludo que m'hicieron!... Apenas fruncieron las narices y ni movieron la cabeza... quizás por no ajar los trapos que llevaban... Eran un mostrador de mercería!

— Has de haber ido á pie ó en algún coche de morondanga... A mí me ha sucedido lo mismo con las de Tableta... aquellas muchachas que vivían antes aquí al lado... Como aura las ponen en la vida social, les parece deshonroso saludar á la plebe y se olvidan de que su padre no salía de la confitería de la bocacalle... á pesar de ser comandante!...

— Si lo he conocido mucho, che!... A la hermana le llamaban El Ombú de San Nicolás, porque en su casa se guarecían todos los pájaros de la parroquia... Vos lo has de haber conocido al padre también!... Era un colchonero tuerto de la calle de Artes, que nunca pudo bastiar derecho ningún colchón... No me hablés de él, que hast'aura me duelen las costillas nada más que de recordarlo y si las viese á las nietas metidas á gente, creo, que me darían hasta calambres!...


MILICO VIEJO



o embrome, amigo, dijo el capitán Churrasco atusándose con aire marcial el canoso bigote... Esto de aura no es kepí, ni es morrión, ni es nada! Todito es papel pintao y redoble de tambor...!

— Yo no le digo que no, mi capitán... pero ya se acabaron también aquellos oficialitos de kepí sobre la oreja, jineteando sobre la chasca enaceitada y de botita bordada con las armas de la patria... Eso no puede negarse tampoco, porqu'es claro como la luz!... Los oficiales de hoy parecen europeos y cuand'uno los ve, no tiembl'é que lo rajen de un hachazo ó le rebajen las narices de un tiro,

como en aquellos tiempos de Maldonado y de Ederra...

— Y pa qué se va tan lejos, che?... Acérquese más al fogón y verá las cosas claras!... Acaso yo le defiendo los milicos del Paraguay ni de la guerra é los indios?... Esos, che, no necesitan de que les hagan estatuas ni les recuerden el nombre!... No ve qu'eran criollos guasos, que a'nque peliaran como héroes cuando les llegab'el turno, no sabían ni siquiera acetar acensos si no los habían ganado con la espada y la conciencia? No, che... Esos ya tienen su pago con los sueldos que les han dao y con la gloria é saber que agrandaron la patria... ¿Qué bárbaros, no?... A'n'de quiera que cayó una gota de su sangre ó quedaron sus güesos blanquiando, ha brotao un pueblito ó un'estancia... pero eso lo hacía cualquiera en aquellos tiempos... y lo hacía de yapa no más!... Mirá los de aura qu'iban a'cer semejante barbaridá, ni peliar hasta morir, pa dejar asentao el nombre a'nque fuera entre los indios!... Ellos han aprendido en la escuela materias muy diferentes y á nosotros que fuimos tan inorantes, no nos

queda más recurso que mascar el freno con fuerza y retorcernos d'envidia! Vea... Una pirueta del más ruin de los bailarines que haig'aura en un batallón... vale más que diez campañas... y es muy justo! Ellos, los guasos, sabían pelear á bola y lanza, porque no



tenían munición y había que defender el cuero en las soledades de la Pampa... pero lo hacían así, á la bruta no más... De a'n'de iban á ser capaces de presentarse en un circo pa'cerle competencia á los pruebistas, revoliand'una cañita pintad'é color de fierro...

— No me saque la cuestión de su terreno,

amigo teniente, hagam'el favor! El soldao era'ntes un animal de carga que no tenía ni derecho ni propiedades y que si le arrimaban una paliza ó lo hacían trinar en las estacas, tenía que conformarse y aguantar, porque para eso era tropa... Aura, mire qué soldaos los que tenemos!... Una muchachada linda, culta, conocedora de sus deberes y que sabe que al vestir el uniforme que le da la patria, no lo hace para deprimirlo sino para enaltecerlo!... Hoy es un honor ser soldao y antes era una desgracia!

— ¡Cómo no! Si en vez de andarles prendiendo luces á los chilenos, tuviéramos que prenderles bala... ya verían la diferencia!... Cada milico de aura sería un general que dispondría batallas montando en pingo con la colita de un dedo y adornao con cintitas como pichicho faldero y cuando lo mandaran á peliar, sacaría bien la cuenta y vería antes de obedecer si no ib'aser un sacrificio al ñudo que le metieran un tiro... Vea, amigo!... A mí, a'nque yo sea de los de antes, me gusta ver á los modernos y en el desfile del Campo é Mayo, delant'e los chilenos me apronto pa

gozar lo que no puede figurarse... Mirá, qu'en tiempo é nosotros ib'haber ningún ministro é la guerra capaz de hacer hast'é trompa de órdenes pa que se salvara una evolución de los cuerpos!... Cómo no!... El ministro sabía'nde estaban los cuarteles, pa mandar á los jefes de arrestaos en tropilla, pero no se ocupaba en enseñarles ni en andarles haciendo su papel!... Hubiera querido verlo á Alsina, á Roca, á Luis María Campos, á Victorica, á Lavalle ó á Racedo, molineteando con la espada y corriendo como ayudantes pa quedar bien con los mirones haciéndoles gozar de un desfile como tabla... qu'en idioma militar es como decir balurdo!



— Y usté cre que no vale la pena dejar á un lao la fachenda y la prosopopeya de un ministro para hacer qu'el ejército haga una linda figura?

— Cómo no!... Pa que se luciese más,

hasta se podían formar escuadrones de ministros de la guerra mandaos por presidentes de la república y enseñarles á bailar lanceros en caballos maistros y á cantar el himno nacional pa que de paso se recriaran los aficionaos á la música!... Mire, amigo... ¿sabe una cosa?... Si estos chilenos que nos han visitao, son hombres de juicio y que saben lo qu'es ejército y milicia, se deben estar riendo de nosotros á mandíbula batiente... y pensando que como bailarines, nuestros milicos son un desastre y como milicos... no te digo nada por no darte que sentir.

— Pero, amigo!... Quiere espectáculo más bonito que el juego del zendado que hizo la caballería en el carrousel organizado por la Sociedad Hípica y cuadros más novedosos que las evoluciones del Campo é Mayo, en que desfilarán con ropa nuevita, escuadrones de coroneles, de comandantes, de mayores, de capitanes, de tenientes, de alféreces y luego de tropa por orden de jerarquía?... Eso es una invención de nosotros que no se le habría ocurrido ni al mismo Napoleón! A qu'eso no lo han visto los chilenos ni en Europa?

— Sabe, amigo, lo que á mí me da rabia?... La diferencia que hay entr'el ejército y l'armada!... Los marinos no han bailao ni siquiera un schotis con quebrada!... Es una iniquidá mostrar un adelanto tan grande en el ejército y un atraso tan monumental en la marina y m'extraña qu'el presidente no adote alguna medida pa que no vuelva á ocurrir semejante barbaridá... Los marinos debieron por lo menos bailar una mazurquita en algún tiatro como el Politeama pa que los viera más gente y la mejor sociedá!...

— Pero sabe que son mordaces los milicos del tiempo viejo, aunque no sean bailarines ni pruebistas, amigo capitán?

— No crea, amigo!... Lo que hay es que nos duele mirar tan por el suelo la gloria de nuestro tiempo y que no haiga nadie que la salg'á levantar... de miedo é pasar por guaso!...




ROBUSTIANO
QUIÑONES





Mi amigo exclamó exasperado mirando las botellas que traía el mozo del café:

— Que se vayan al diablo todos los falsificadores y con ellos el ministro de hacienda y el presidente de la república... oye... Esto se lo dice Robustiano Quiñones, que no tiene pelos en la lengua y que gracias á Dios se precia de saber hacer un San Martín como la gente y de no beber estos brebajes infames conque ahora se envenena al público á mansalva!

Y luego bajando el tono, como arrepentido de sus excesos oratorios, agregó:

— La ginebrita no parece mala... pero mezclada con ese bitter plebeyo, debe resul-

tar una verdadera canallada... una cañifla infame!

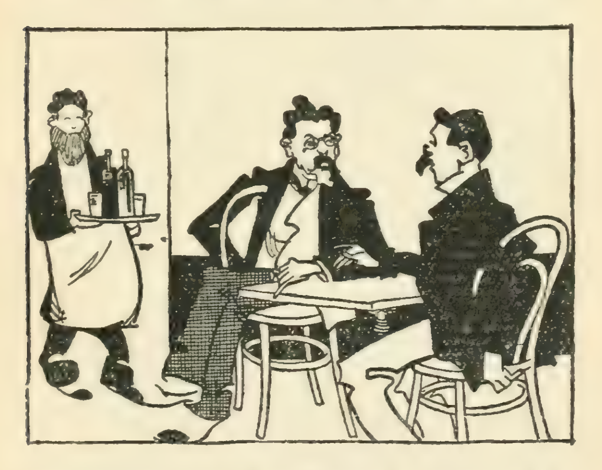
— Tómela sola, entonces, compañero...

— ¿Yo?... Pues no faltaría más... Nosotros, los de mi casa, no tomamos jamás la ginebra sola, compañero, porque nos han dicho que es mala para el reumatismo!... Vea!... che... mozo! Hagamé el San Martín á la portuguesa... ¿sabe?... Bueno!... Yo lo voy á dirigir... Eche la ginebra!... Siga no más... siga sin miedo hasta que se llene el vaso... Bueno! Venga ahora el aperital y echelé despacito cinco gotas chicas y dos más grandes... Eso es!

Cuando concluyó don Robustiano la delicada operación que dirigía y que no era otra que prepararse disimuladamente un medio litro de ginebra, me dijo chasqueando la lengua:

— Qué hombres los portugueses, amigo! Ellos, con cinco gotitas de bitter, le preparan á usted un verdadero néctar, delicioso y económico!... A mí me enseñó la receta el jefe de mi oficina, cuando estaba empleado en el correo... Ese era hombre tigre, che, y que

sabía vivir, como decía mi mujer... Cuando vinieron los brasileros, ¿se acuerda?, me propuso á mí que diéramos un baile en casa para festejarlos y con veinticinco pesos que sacamos de subscrición entre varios amigos y su ingenio puso una mesa en que no faltaba el



marrasquino para las señoras de paladar delicado... Los brasileros no concurrieron á la fiesta porque tuvieron que asistir al baile del Jockey Club, pero nosotros pasamos una noche de esas que no se empardan... y sé que cuando volvieron á Río era el haber faltado uno de los pesares que llevaban!... Y... á pro-

pósito... Sabe que vienen los chilenos á visitarnos? El país argentino, mi amigo, les debe demostrar que los sentimientos de fraternidad y de compañerismo, no son entre nuestro pueblo pura faramalla y papel pintado, como ocurre entre la gente de gobierno. Yo, por mi parte, he resuelto darles una fiesta en casa, como la que habrá en lo de Unzué y en lo de Luis María Campos... ¿Qué le parece la idea?... Mozo!... Vea!... El San Martincito este, se está poniendo picantito... agréguele un poco más de la maldita ginebrita esa!... Bueno!... Y qué me dice del proyecto, compañero?...

— Me parece bien...

— Yo ya he hablado con varios amigos y es con ellos que hemos resuelto invitarlo á formar el comité de festejos... Están apalabrados el tuerto García, el ñato Miguelín, Pituco y ese mozo oriental que va todas las noches á la confitería de la esquina de su casa y que hace maravillas en el billar... uno bajito, medio tartamudo...

— Lo conozco!... Pero es el caso, compañero, que yo estoy con enfermos en casa y que el asunto es para largo...

— Y eso qué tiene?... Contribuya con su cuota de diez pesos y cumpla con la patria, amigo, como le corresponde! Aquí, en estos casos, es cuando se ven los hombres de entrañas y de hígado, che... que aman la tierra en que nacieron!... No se me niegue á la subscripción, hágame el favor!... Mire que me va á dar vergüenza de comunicarle al comité que nada menos que un criollo de su laya se ha hecho el sordo á la voz del patriotismo!



—Pero la cuota es muy alta, don Robustiano!...

— Alta? Y con qué quiere hacer cantar un ciego entonces?... No ve que hay que poner una mesa y comprar un juego de sala y otras chucherías?... Yo doy la casa, pero no los implementos de que carezco... Después... hay que poner coches, porque los chilenos no van á ir á pie hasta la calle Castro Barros... En fin, la cosa se hace bien ó no se hace!...

— Yo, amigo don Robustiano... lo tengo que pensar! Vez pasada entré también en la subscripción aquella del baile de los brasile-

ros de que me habló, ¿se acuerda?... Entonces compramos también un jueguito de muebles y...

— Ahora salimos con esas?... Y cree que los muebles van á durar toda la vida...

— No digo eso... pero me acordé no más!

— A mí no me venga con agachadas, compañeros!... Los muebles ahí están en casa, todos comidos por la polilla, y sería una vergüenza presentarlos en el salón cuando vayan los ilustres huéspedes... Es por eso y para cumplir como la gente, que ahora ando viendo á los amigos honorables y patriotas que se quieren hacer ver y para los cuales no sea un par de miserables pesos, asunto tan esencial como el hígado ó las tripas... Dejémonos de roñas cuando se habla de la patria.

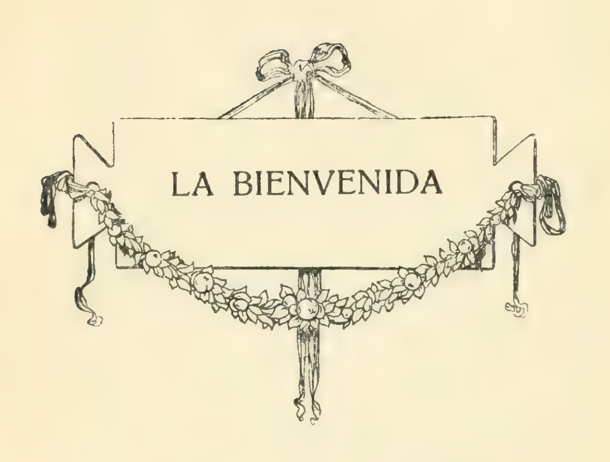
— No digo que no, don Robustiano... pero cuando el hombre no puede...

— Ah! no puede!... Bueno!... Vea!... Esta venida de los chilenos me va á servir para liquidar muchas amistades que no sirven ni para escupirlas... Vaya á juntarse con Roca, con Pellegrini, con Tornquist, con Basualdo y con toda la caterva de acopiadores de cen-

tavos que reniegan del nombre de argentinos cuando llaman á formar en nombre de los más caros intereses de la patria, y olvidese de su amigo Robustiano Quiñones que felizmente no es de su casta ni de su laya!

Y salió el patriota como si le hubiesen puesto un cohete en los talones... probándome que de todos los brebajes que venden en la confitería, era el más económico el San Martín á la portuguesa, como él lo preparaba y lo bebía!




LA BIENVENIDA



íjese, viejo... pero hagasé el que no mira, pa que no coceen... Ha é ser triste la llegada á tierra extraña, sentir que lo están filiando, no?... Y de ande vendrán todos estos?

— Parecen italianos por la cachorrada y los paraguas... Ha visto? Un italiano podrá llegar sin saco ú tal vez sin sombrero, pero de fijo trai su paragüita abajo el brazo... A la cuenta cren que aquí no vivimos sino mojaos y se vienen prevenidos...

— Ese friolento, medio recortao, que está'hi junto á las canastras ha é ser el marido d'esa grandota con trazas de capataza... ¿Qué quiere apostar á qu'ese tiene almacén p'al año

que viene?... Vealó: tiene ojos de codicioso y de aporriao por la mujer... Mire, amigo... Sabe por qué se hacen ricos estos bichos?... Pues es porque les obedecen á las mujeres, que no saben sino juntar pesos y criar muchachos... Cuando acuerdan son cincuenta los que tiran p'al montón...

— Qué me va'decir, amigo! Vea. Vez pasada dentré á trabajar en el rejuardo y conocí en la fonda ande almorzaba un muchacho lavaplatos qu'era la roña andando... ¿Quiere crer que un buen día, ansí en silencio no más y casi hasta sin lavarse la cara, salió comprando la casa?... Qué le parece?

— Sería ligero p'al cuchillo el hombre y encontraría carne blanda...

— No, señor! Era superior el muchacho... Lo que hay es que había tenido un enjambre d'hermanos y que á la madre le gustó la bolada y los metió á toditos en el asunto...

— Y decir, amigo, que nosotros los criollos que nos creemos tan vivos y tan civilizaos no vamos sino reculando, no? Porque, mire, cada barco d'estos que llega al puerto trai de todo: ahí vienen maridos pa las hijas de fami-

lias ricas, patrones pa las casas de comercio, estancieros que no sabrán lo qu'es un pingo pero que harán galopiar la pionada, y sin fin de pajarracos desplumaos que pronto se pondrán desconocidos!...



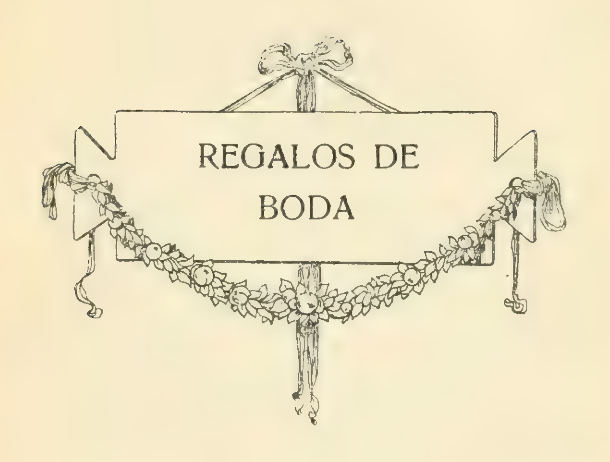
— Sin ir más lejos ahí tiene al finao mi abuelo que dicen que era genovés. El hombre llegó con lo puesto y se metió de albañil ó qué sé yo, el hecho es que dejó platita, casas, terrenos y el diablo también, porque lo dejó á mi padre que á los cinco años andaba poco menos que atorrando, asigún me ha contao mi madre... Yo he observao, amigo

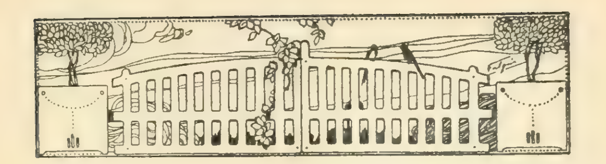
qu'estos vienen y amontonan y se apuran, pero después cain los hijos que se ocupan en desparramar como con rabia...

— ¡Claro! Ahí tiene al de las canastras que usté dijo, fijesé con los ojos que mira á la ciudá... Parece que anduviese buscando las casas que va'comprar y ya verá como las halla y como todos esos pergenios que trai criando lo ayudan á'montonar... Pero después va'ser el baile que no veremos ni usté ni yo.

— Quién sabe!... Acuérdese de que los criollos somos como los duraznos: nos conservamos en caña. Creamé lo que le ví'a decir, aunque parezca macana... Yo era más viejo hace diez años que aura y más sonso también. Me sabía venir aquí al puerto, ¿sabe á qué?... á insultar á los inmigrantes que llegaban y ellos como no m'entendían le jugaban risa. Después dentré á trabajar en la descarga y poco á poco les fuí tomando cariño, porque cuanto más llegaban más pesitos embolsicábamos nosotros y hasta llegué a'cordarme de que mi abuelo también había sido d'ellos...

— Y ansina no más es la cosa, pues! El hombre, amigo, juja de la vida asigún está de comida... ¿no le parece?


REGALOS DE
BODA





IRE, che — me decía la otra noche el comandante González, durante la fiesta conque celebrábamos la boda de parientes comunes — su primo Nemesio es hombre de puntería... Fíjese qué gentecita la que se ha traído á presenciar su casamiento!... No se ven sino entorchados, congresales y banqueros y los parientes de él ó de la novia, como usted y como yo, resultamos unos verdaderos porotos, caídos como por casualidad en esta olla brillante en que se cocina la dicha de un nuevo hogar argentino, como le dije anoche á la pareja en el brindis que le eché... ¿se acuerda?

— Cómo no, comandante amigo!... Tengo en el oído sus palabras tan sentidas y, anoche, cuando me estaba acostando, se las repetía á mi mujer diciéndole precisamente que no había conocido un militar que calzara más altos puntos que usted como orador y que me extrañaba que ya no ocupara una banca en el congreso...

— Hombre!... Nada tendría de particular y le prevengo que aunque usted lo diga por broma, hay más de cuatro que dicen lo mismo con verdadera seriedad... Dígame... Lo conoce al doctor Garrapata?... Bueno! Ese es uno de ellos!... El domingo, sin ir más lejos, estuvo á visitarme, pues Garrapata y yo somos como chanchos desde chiquitos, habiendo nacido casi el mismo día, nada menos que en abril del 56...

— Cómo del 56?... Tenía el pálpito de que usted era de los del 69 y hasta me parecía haberlo leído así en aquella su autobiografía que comenzaba con el párrafo magistral: "Mi cuna no se meció bajo el techo de palacios artesonados, sino en la modesta chacra de mi abuelo, sexagenario á la sazón, á pesar de lla-

marse Juan Bautista y ser hijo de un honrado matrimonio oriundo de Santander".

— La gran perra con el memorión!... Pero esta vez está equivocado, compañero, y confunde la fecha de mi nacimiento con la de mi



entrada al ejército, á los trece años de edad, hecho al cual atribuyo todas mis desventuras en la carrera, pues el trece nunca me ha sido propicio... Siempre me han tenido estancado, ya sea porque los ministros de la guerra me han juzgao elemento peligroso, como ocurre ahora con Riccheri, que me está sentando el

nombre en la lista de ascensos que prepara, ó ya por razones puramente literarias, como lo declaró el general Victorica, que ahora forma parte de la convención que organiza Roca por debajo de cuerdas para lavarse las manos como Pilatos en el amasijo presidencial, según la frase del coronel Descalzo, persona de muy buen sentido, aunque de humildísimo origen pues la madre fué cocinera de don Ergusto Rodríguez, aquel tendero viejo de la esquina de Perú y Venezuela, frente por frente de lo del finao Peroso, que murió cuando la fiebre amarilla y á quien, con el apuro lo enterraron medio vivo; según las crónicas de entonces, hecho que desmintió Héctor Varela en una publicación, motivada por ciertos cargos velados contra la Comisión Popular...

— Vea, mi comandante... abandonemos la historia y piano piano vámonos hasta aquella salita donde se hallan los regalos... Me han dicho entre la familia que Nicasio se ha hecho ver.

— Déjeme, amigo, de regalos y de vanidades tontas!... Yo no soy de los que me extasío delante de una vidriera mirando piedras

como le sucedió á la hija del general Cascabolas, á quien se le cayó la dentadura á fuerza de abrir la boca, delante de una joyería de la calle Florida, teniendo después que ir á reclamarla en la policía, pues parece que la recogió uno de los transeuntes, según lo declaró el señor Cabello, que es un corredor rengo, casado casualmente con una sobrina...

— Es que estos regalos debemos verlos, mi comandante, siquiera para hablar de ellos en familia, después!... Usted como tío de la novia no se puede quedar así...

— Qué tío ni qué berengenas compañero... La novia es sobrina tercera de la prima de una cuñada de mi sobrina Carmencita, y si yo he venido á la fiesta ha sido sencillamente por ver si me lo pescaba á Roca ó á Pellegrini, pues me sospechaba que su primo Nemesio, se los hubiese enganchado como á tanto alarife... Quería ver si les hablaba sin hablarles de la que me está tramando el Ministro Riccheri, contra quien los militares andamos alborotadísimos... Lo que es yo no hablo mal todavía porque no sé si voy ó no voy en las listas, pero si me llega á echar al bombo, le

garanto que va á ser de alquilar balcones para oirme, porque yo, como me dijo el doctor Garrapata, tengo más sangre de polemista que de soldado y…

— Y por qué se anda por las ramas?… Váyasele á Roca directamente, hombre... y háblele sin hablarle... con toda claridad! Por ahora es mejor que pensemos en los regalos...

— Le prevengo que me los conozco de memoria...

— Sabe que no me parecen muy católicos?... Mucha caja y mucha etiqueta... pero latita corrida no más!...

— No se aflija!... Ya verá en los diarios, mañana, las listas interminables de los obsequios, adornados con los títulos más rimbombantes... Vea!... Esos candeleros de bronce que están en aquel estuche, se los regalé yo en 1890 á mi compadre Pérez cuando se casó, ¿se acuerda?... Bueno!... Desde entonces andan viajando de mano en mano y casi no ha habido matrimonio en Buenos Aires que no los haya recibido y se haya apresurado á deshacerse de ellos, pasándoselos á otro... Para qué diablos sirven ahora los candeleros con

el gas y la lúz eléctrica, sino para estorbo?... Mire!... Lo que es eso, estoy seguro de que me conocen y ni siquiera me les acerco de miedo que me saluden ó me reprochen sus andanzas... Ya los he hallado como diez veces en la vida! Hay regalos de estos, que andan en circulación desde hace veinticinco años y me contó una señora de mi amistad, que conocía cierta viuda á quien, en sus terceras nupcias, le regalaron unos floreros con los cuales ella había obsequiado á una amiga mucho antes de celebrar su primera boda, que fué precisamente con el mayor Rivademar, hijo de Misia Petronita Bocafría, prima hermana del dueño.

— Sabe, amigo comandante, que sería una novedad un libro escrito por usted con el cúmulo de noticias que conoce?... Le daría la masita al mejor cinematógrafo.

— Como para libros ando yo, amigo... con las cosas que nos suceden á los miembros de la benemérita familia militar... Que no ve que hasta hombres callados, como yo, se desbordan y charlan hasta por los codos? Y cree que lo hacemos por gusto ó por un prurito de

malevolencia?... No crea!... Lo hacemos por hacer algo no más y para aliviarnos un poco del fuego que nos devora... Vea! Yo me he refugiado en los recuerdos históricos y con ellos lo cañoneo al mundo á mi placer y aun me parece poco... Lo lindo va á ser ahora, cuando me convenza de que no voy en la lista!... Entonces sí, compañero, que voy á trabajar para conquistarme la fama imperecedera de malhablado y peor pensado!... Le garanto que no me he de ocupar de los regalos que se pasan de mano en mano en los casamientos y que he de afilar la espada...

— Se hará microbio patógeno... entonces?

— El pato es bicho inofensivo, á menos que uno no lo coma medio crudo... Yo necesito ser algo que no erre, amigo!... Una cosa así como el microbio de la bubónica ó del cólera, que no deje títere con cabeza.

— Hágase motorman de tramway eléctrico, entonces!... Con ese oficio y un poco de conversación, mi comandante, se deja usted peticitas las siete plagas de Egipto!

ÍNDICE

PÁGS.






UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 01 02 005 6